

53
07/15

AÑO I

VALLADOLID, JUNIO Y JULIO DE 1918

N.ºs 6 y 7

REVISTA HISTÓRICA

INVESTIGACIONES, BIBLIOGRAFÍA,
METODOLOGÍA Y ENSEÑANZA DE LA HISTORIA

LAS ÚLTIMAS INVESTIGACIONES ARQUEOLÓGICAS EN EL BAJO ARAGÓN Y LOS PROBLEMAS IBÉRICOS DEL EBRO Y DE CELTIBERIA

El conocimiento de la civilización ibérica ha progresado mucho, y hoy pueden plantearse en un terreno rigurosamente científico muchos de sus problemas para cuya resolución había que acudir hace diez años a las hipótesis. Comenzamos a poder operar con material procedente de excavaciones metódicas, y con él puede seguirse, en sus líneas generales y con una cierta precisión, el desarrollo de la mencionada cultura, y sobre todo puede obtenerse para sus distintas fases una cronología exacta.

En el estado actual de las investigaciones, puede comprobarse que la civilización ibérica, desde sus comienzos, se desarrolla con una gran variedad de manifestaciones locales, que dan a sus principales regiones un carácter personalísimo. Estas regiones: el S. E. y la costa oriental de la península, Andalucía, la cuenca del Ebro y Castilla, ofrecen variantes notables, no sólo en cuanto a los tipos de sus ciudades, de sus sepulcros y de su material, sino que tienen en distintos momentos su apogeo y su decadencia ⁽¹⁾.

De tales regiones, la de la cuenca del Ebro permite un estudio detenido de sus distintas fases, por haberse excavado en

(1) Véase: P. Bosch Gimpera, *El Problema de la Cerámica Ibérica*. (Memorias de la Comisión de Investigaciones paleontológicas y prehistóricas —Madrid, 1915) en donde se intentó señalar, a base de la cerámica, las principales regiones de la cultura ibérica y las líneas generales de su cronología. Además, P. Bosch Gimpera, *La cultura ibérica*, conferencia publicada en los *Quaderns d'Estudi* (Noviembre y Diciembre de 1917) en donde se estudian en conjunto los principales fenómenos de la civilización ibérica de las distintas regiones y se da la bibliografía esencial,

BIB. MUNPAL. CASA JOSE ZORRILLA



1386494

H. 053 (05)



ella varios poblados y sepulturas que pertenecen a distintos momentos de aquéllas, con lo cual podemos seguir el desarrollo de la cultura desde el siglo V hasta la romanización del Ebro. Los poblados ibéricos de esta región fueron, en general, habitados en un espacio de tiempo relativamente corto, pudiéndose decir que entre su construcción y su abandono apenas si transcurrió una centuria, siendo ello la causa de que sean tan numerosos y al mismo tiempo de que su material ofrezca diferencias notables. Estas diferencias y la presencia en algunos de tipos de armas y adornos del círculo de cultura de La Tène y de objetos de importación helenística, permiten establecer con seguridad las bases de su cronología.

El «Institut d'Estudis Catalans» ha emprendido en los últimos años una investigación sistemática de la cultura ibérica en el Bajo Aragón, en donde anteriormente había practicado algunos trabajos bajo la dirección de D. José Pijoán ⁽¹⁾, siguiendo los de D. Juan Cabré, que con sus descubrimientos en el poblado del Monte de San Antonio, de Calaceite, inició el estudio sistemático de las antigüedades ibéricas de la cuenca del Ebro ⁽²⁾.

En los últimos trabajos del «Institut», dirigidos por el que suscribe, y en los que han colaborado D. Lorenzo Pérez, D. José Colominas y D. Agustín Durán, se han excavado los siguientes poblados: «Las Escodinas Altas», «Las Escodinas Bajas», «San Cristóbal» y «El Piuró del Barranc Fondo», de Mazaleón (provincia de Teruel); «El Vilallons», el «Tossal Redó» y «San Antonio», de Calaceite (provincia de Teruel) y «La Gessera», de Caseras, en la parte de la provincia de Tarragona, vecina a la de Teruel. Además, han sido excavados unos cincuenta sepulcros de los términos de Calaceite, Mazaleón y otros inmediatos.

De los resultados de esas investigaciones se han publicado algunas noticias provisionales, cuyo contenido esencial nos proponemos consignar en las siguientes líneas ⁽³⁾, comparando-

(1) J. Pijoán. *La cerámica ibérica a l'Aragó* (Anuari del Institut d'Estudis Catalans II, 1908, p. 240 y sig.)

(2) Santiago Vidiella, *Estaciones prehistóricas*, y J. Cabré y Aguiló, *Hallazgo arqueológico* (*Boletín de Historia y Geografía del Bajo Aragón*, 1908, pág. 201 y sig., y 214 y sig., respectivamente). Una relación más extensa de las excavaciones del señor Cabré, en San Antonio, se halla inédita en su *Catálogo monumental de la provincia de Teruel*.

(3) De la primera campaña de excavaciones en 1914, P. Bosch Gimpera: *Campaya arqueològica del Institut d'Estudis Catalans al límit de Catalunya i Aragó* (Casares, Calaceit i Maçalió) (*Anuari del Institut de E. C. V.*, 1915-14, p. 819, *Crónica*).

De las campañas de 1915 y 1916, P. Bosch Gimpera; *La Campanya arqueològica de*



los con los de investigaciones practicadas en otras regiones, particularmente en Castilla.

Un primer grupo de poblados nos ofrece una cultura relativamente primitiva. Son poblados pequeños con casas formadas por paredes construídas sin mortero, de aparejo irregular, alternando los grandes bloques con las piedras pequeñas y sin tallar. El trazado de las paredes es incorrecto, disponiéndose las casas una junto a otra (Las Escodinas Bajas de Mazaleón) o agrupándose en desorden (Las Escodinas Altas y San Cristóbal, de Mazaleón, el Vilallonc, de Calaceite).

De todos los poblados del grupo son indudablemente los más antiguos los de Mazaleón, excavados por el celoso colaborador del «Institut» D. Lorenzo Pérez Temprado. Su material consiste principalmente en cerámica hecha a mano y con decoraciones consistentes en cordones de barro aplicados al cuello del vaso, sobre los cuales se han practicado incisiones o bien impresiones digitales. En un vaso de San Cristóbal, de Mazaleón, los cordones incisos se disponen formando meandros (Lám. I. a).

Comienzan en este grupo de poblados los pesos de telar que en las estaciones de época más avanzada han de tener a veces bellas decoraciones incisas. En los poblados de Mazaleón consisten en bolas de barro bastante grosero con uno o dos agujeros para ser suspendidos (Lám. I. b).

No se ha encontrado metal en los tres poblados de Mazaleón, pero de su uso dan testimonio moldes de hachas de Las Escodinas Altas (Lám. I. c.). Los útiles con ellos fabricados debían ser de bronce, pues la forma que ofrece el molde es la misma de un hacha de bronce encontrada en el Vilallonc de Calaceite ⁽¹⁾, poblado que nos ofrece un cuadro de cultura parecidísimo al de los poblados de Mazaleón y del que procede el vaso de la lám. I, d, con la sola novedad de aparecer en él ya la cerámica ibérica a torno, pero sin las bellas decoraciones pintadas del tiempo de los grandes poblados.

l'Institut d'Estudis Catalans a Calacçit (La Veu de Catalunya, 29 de Noviembre de 1915) y La cultura ibérica a la ratlla d'Aragó (La Veu de Catalunya, 19 de Febrero y 5 de Marzo de 1917).

(1) Excavado por D. José Colominas y D. Agustín Durán,

La gran semejanza entre el material de las estaciones de Mazaleón y el del Vilallonc de Calaceite, obliga a suponer que la fecha de los primeros no está muy lejos de la del segundo. Por otra parte, la fecha del Vilallonc ha de ser inmediata a la del Tossal Redó de Calaceite, el poblado que representa el apogeo de la cultura que comienza con la Escodina de Mazaleón y en el que comenzamos a encontrar objetos susceptibles de una cronología. Por esta razón hay que guardarse de atribuir a Las Escodinas y a San Cristóbal una antigüedad demasiado grande a base de lo primitivo de su material y de la falta en ellos de objetos de hierro. Esta falta se debió seguramente tan sólo a pobreza y no a desconocimiento de su uso.

El Tossal Redó, excavado en los dos últimos veranos por el que firma el presente artículo ⁽¹⁾, nos ofrece grandes progresos.

En él tenemos ya una verdadera urbanización, con casas dispuestas regularmente a ambos lados de una calle que atraviesa el poblado en sentido longitudinal. Las paredes, aunque de aparejo irregular, están mejor trazadas y su construcción es más cuidada. Una muralla hecha con grandes bloques de piedra, rodea este poblado.

Su material más abundante es también la cerámica. En ella, en gran parte hecha a mano, aparecen las mismas decoraciones de cordones de relieve, con incisiones o impresiones digitales, algunos formando zig-zag o meandros, como en San Cristóbal o El Vilallonc, pero aquí hace su aparición por primera vez la pintura. Del Tossal Redó procede un curioso vaso (Lám. I, e.) hecho a mano, de cerámica amarillenta-rojiza y de superficie pulimentada que afecta una forma algo ovóidea, teniendo a manera de asa la cabeza y la cola de un animal cornúpeto; su superficie está decorada con ornamentos geométricos: zig-zag y rombos dispuestos en zonas y pintados en rojo. Son ya regulares en el Tossal Redó los vasos a torno, sobre todo grandes jarras con decoraciones sencillísimas pintadas, que se reducen a simples líneas rojas.

Abundan en este poblado los objetos de metal: azadones y numerosos restos de hierro (Lám. III, f.), botones, (Lám. IV, d.), brazaletes (Lám. III, h.) fibulas de bronce son los principales.

(1) Sobre el Tossal Redó (resultado de una excavación de prueba practicada en 1914) véase Bosch, lugar citado del Anuario V, 1913-14, p. 829 y siguientes. De su completa excavación en 1916 y 1917 no se ha publicado todavía más noticia que la del artículo citado, «La cultura ibérica a la ratlla d'Aragó» (*La Veu de Catalunya*, 1917).

Nada tenemos del período II de La Tène, ni tampoco la cerámica helenística, hallazgos de época más avanzada, como en San Antonio; pero en cambio las fíbulas nos dan tipos que en España pertenecen a la transición de la cultura de Hallstatt a la de La Tène II, con lo cual tenemos un indicio de que el Tossal Redó debió habitarse hacia el fin del siglo V y principios del IV, fecha que además parece probable si se tiene en cuenta lo que debió durar la evolución hacia el tiempo de los grandes poblados del siglo III, que podemos observar en La Gessera de Caseras, El Piuró de Mazaleón y otras estaciones de que hablaremos en seguida.

Con los poblados de este primer período se agrupan los sepulcros que abundan en todo el Bajo Aragón, penetrando en la zona limítrofe de la provincia de Tarragona: en Caseras. Generalmente han sido violados, pero aun se han podido excavar unos cincuenta de los términos de Calaceite, Cretas y Mazaleón, produciendo material suficiente para su integración en el cuadro general de la cultura ibérica. Ofrecen dos tipos: el primero es una cista de unos $1,50 \times 1, - + 1,20$ m. (altura) de piedra, con túmulo de piedra (Lám. I, f), el segundo, de técnica más perfecta, consta de una cámara, algo más pequeña por lo general que las cistas, pero hecha de piedras que forman pared como la de los poblados, también provista de túmulo de piedra y de técnica algo más cuidada que la de las cistas. Son sepulcros de incineración y contienen generalmente un vaso con los huesos quemados, a veces otros para las ofrendas, y objetos de adorno, como brazaletes, fíbulas, etc. La cerámica y los objetos de bronce, son idénticos al material de las estaciones de Las Escodinas, el Vilallonc, el Tossal Redó, etc., pudiéndose suponer que los sepulcros de cámara hecha con pared semejante a la de los poblados representan el momento más avanzado de este período o sea el del Vilallonc y del Tossal Redó. (1)

(1) Véase en Bosch, *Campaña arqueológica del Institut d'Estudis Catalans al límit de Catalunya i Aragó (Caseras, Calaceit, i Macalio)* (Anuari, V, 1913-14, *Crónica*, p. 822 y sig.) una noticia de los sepulcros conocidos antes de las excavaciones de 1915. En tal noticia se atribuyen equivocadamente al principio de la Edad del Bronce por la semejanza de las cistas a las de la cultura del Argar, que representa los comienzos de la Edad del Bronce en la provincia de Almería y por el hallazgo de una sepultura (no cista) con un vaso de tipo argárico en Mazaleón. La cerámica pintada hallada en una cista de este pueblo y que con tales sepulcros se suponía en el lugar citado también de la Edad de Bronce, es indudablemente ibérico, como lo han demostrado las excavaciones de 1915 y 1916.

Estos son, por ahora, los únicos sepulcros ibéricos hallados en el Bajo Aragón. Del tiempo de los grandes poblados no tenemos todavía las formas sepulcrales.

Un nuevo grado de la cultura ibérica es el representado por algunos pequeños poblados como «La Gessera» de Caseras, el «Piuró del Barranc Fondo» de Mazaleón y probablemente también por «Les Ombríes» de Calaceite. De ellos han sido excavados completamente solo «La Gessera» y en parte el «Piuro» y «Les Ombríes». (1)

El plano de «La Gessera» es en lo esencial muy parecido al del «Tossal Redó», una calle con casas a ambos lados, cerrado todo ello por un muro de defensa (Lám. V, b). De los demás poblados no podemos conocer todavía la disposición general de las construcciones.

En estos poblados va perdiéndose la cerámica a mano, ornamentada; tan sólo se hallan algunos vasos con cordones e impresiones digitales, pero sin formar los bellos motivos de la cerámica de los poblados anteriores; predomina ya la cerámica hecha a torno, aunque con decoración todavía pobre: sin embargo, aparecen entre sus motivos ya los círculos concéntricos y las líneas onduladas propias de toda la cerámica ibérica pintada, siendo también las formas más parecidas a las de la cultura ibérica de la costa y también a las que dominaran en los grandes poblados del siglo III: la *oinochoe*, los platos, las tapaderas, el ánfora de panza esférica.

También los pesos de telar en «Les Ombríes», y el «Piuró» son más perfectos (Lám. III, g) (en la Gessera faltan), están mejor cocidas y afectan una forma regular prismática a veces con ornamentos incisos.

El material metálico encontrado hasta ahora, es escaso; se reduce a unas puntas de hierro y a un cierre de cinturón de bronce de La Gessera (Lám. III, d).

De «Les Ombríes» tenemos un interesante dato cronológico; un fragmento de cerámica griega. Desgraciadamente es muy pequeño, y el dibujo se ha conservado mal, no pudiendo determinarse exactamente a qué momento de la evolución del estilo de figuras rojas pertenece.

(1) Sobre la «Gessera», el «Piuro» y «Les Ombríes», véase Bosch, *Campanya arqueològica etc.* (Anuari V. 1913-14, p. 851 y sig.)

Un nuevo período, el de mayor florecimiento de la cultura ibérica del Ebro, perfectamente fechado por los objetos del comercio helenístico que se encuentran en casi todos los poblados, es el representado por la estación de San Antonio de Calaceite y otras que abundan en los términos de Cretas, Alcañiz, Caspe, La Zaida, etc.

De ellas ha sido excavada metódicamente la de San Antonio de Calaceite. Empezada su exploración por don Juan Cabré, practicáronse luego otros trabajos por don José Pijoán, comisionado por el «Institut d'Estudis Catalans» y por el P. Furgus, el conocido investigador de las necrópolis argáricas e ibéricas de Orihuela. En 1915 el autor del presente artículo dirigió los trabajos de la campaña que bajo los auspicios del «Institut d'Estudis Catalans» (al que cedió generosamente el señor Cabré el permiso que tenía de la Junta de excavaciones) descubrió por completo el poblado del que los trabajos anteriores habían explorado próximamente una cuarta parte.

San Antonio, como los poblados de Caspe, Alcañiz y La Zaida es una verdadera ciudad con fortificaciones construidas con mucha habilidad y con detalles arquitectónicos que denotan un gran progreso técnico.

El poblado se extiende por la doble plataforma de la cima del monte. La parte superior parece ser el primitivo núcleo y nos da un tipo de urbanización casi idéntico al del «Tossal Redó» y de la «Gessera», o sea la calle central y las casas a los dos lados (Lám. II, a, b). Hasta la técnica constructiva de las paredes de esa parte superior, se parece algo a la del Tossal Redó y contrasta con la perfección de las paredes de la parte baja.

Ésta, que se une a la superior por medio de una rampa, tiene una sola fila de casas (Lám. II, c), cuyas entradas se abren en una calle que termina en la puerta del poblado (Lám. II, d), de la que parte una muralla que rodea la parte baja y que cerca de la puerta forma un saliente curvo en forma de torre (Lám. IV, a).

La parte baja es en general mejor construida, las piedras son bien talladas y aunque forman aparejo irregular uniéndose, sin mortero, encajan perfectamente. De su talla con hachas quedan señales perfectamente visibles. Los desniveles del terreno se salvan con escaleras hechas tallando a veces los pedregales en la roca o con grandes bloques prismáticos de piedra. Estas escaleras conducen desde la puerta de las casas hasta las habitaciones más bajas inmediatas a la muralla. En dos

casas se encontraron unos departamentos con una especie de bancos de arcilla con hoyos en los que todavía existían los fondos de grandes ánforas de panza esférica; seguramente se trataba de almacenes de provisiones. En la calle de la parte más alta del poblado se notan, junto a las casas, unos bancos a manera de aceras (Lám. II, a y b). Esta parte superior estaba encerrada también por una muralla.

Este poblado está situado en una posición sumamente estratégica, pues desde él se domina un extenso territorio. Para su vigilancia en la parte S., se talló en las rocas un puesto de observación al que se va por unos peldaños tallados también en la roca.

En todo el poblado se notan señales evidentes de incendio; las paredes están ahumadas y las habitaciones ofrecen su material en completo desorden entre los encombros que las llenan formados por las techumbres y las paredes caídas. Generalmente esos escombros forman una masa rojiza de tierra con piedras y arcilla de los adobes con que también se hacían las paredes.

Por restos encontrados en San Antonio y parecidos a otros análogos de «La Gessera», «Las Escodinas» y de otros poblados, sabemos que los techos se hacían cubriendo las habitaciones con vigas de madera y formando encima una densa capa de arcilla.

El material de San Antonio es muy avanzado. Tenemos ahora pesos de telar de cerámica fina de forma regular y a veces decorados con incisiones, entre las que figuran las asiáticas (Lám. IV, d). Con ellas suelen encontrarse fusajolas, prueba de una industria textil muy desarrollada.

Abundan los objetos de hierro (aunque todavía se hallan puntas de flecha de bronce), espadas de diferentes tipos como *la falcata* o sable curvo y la espada de La Tène II (Lám. IV, b y c) y útiles de labranza, como hachas, rejas, etc.

Los objetos de adorno abundan también, sobresaliendo entre ellos las fibulas de La Tène II y los cierres de cinturón de bronce, algunos de los cuales tienen hermosos ornamentos grabados (Lám. IV, e, e', f y f').

Pero el material más abundante y en el que se ve perfectamente la evolución desde los tiempos anteriores, es la cerámica; la fabricada a mano, aunque no desaparece por completo pierde importancia, no encontrándose en ella las hermosas decoraciones de meandros y zig-zags en relieve como las de San

Cristóbal y del «Tossal Redó»; hasta desaparecen las impresiones digitales, siendo generalmente esta cerámica sin decoración.

En cambio entonces florece la cerámica a torno pintada que

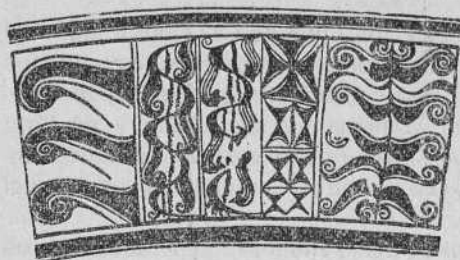


Figura 1

pen el eríodo anterior era escasa y de decoración pobre. Ahora sus ornamentos tienen verdadera importancia artística, siendo una interesante variedad regional de la gran familia de la cerámica ibérica.

El arte decorativo de la cerámica de San Antonio de Calaceite está muy emparentado con el del material de otros poblados de la cuenca del Ebro, como el de La Zaida ⁽¹⁾ y el del «Tossal de les Tenelles» de Sidamunt (prov. de Lérida) ⁽²⁾. Se caracteriza por sus ornamentos geométricos y florales estilizados, que se combinan elegantemente, llevando toda la superficie del vaso, siendo notables las combinaciones de espirales. De todos modos, la cerámica de San Antonio de Calaceite parece algo más pobre que la de La Zaida y de Sidamunt, en donde además de las decoraciones geométricas y florales estilizadas aparecen animales (pájaros de La Zaida y Sidamunt, bueyes de la Zaida) y hasta seres humanos (La Zaida) (fig. 1 y 2).

Al lado de este material indígena y de los tipos de La Tène II, generalizados en toda la península y que constituyen una base para la cronología, abundan las pruebas de un activo comercio con la costa: la cerámica, que desde las colonias griegas, en particular desde Ampurias,

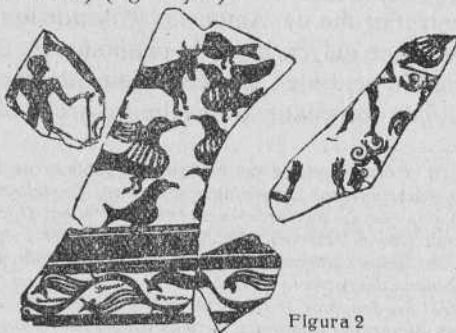


Figura 2

penetró en todos los rincones de la cuenca del Ebro, llegando hasta Castilla, en plena Celtiberia.

(1) Véase P. Bosch Gimpera, *El problema de la cerámica ibérica*, p. 26 y sig.

(2) Excavado por D. José Colominas para el «Insítut d'Estudis Catalans» (Inédito).

En San Antonio, como en la mayor parte de los poblados del Bajo Aragón, abundan los fragmentos de vasos helenísticos: platos con palmetas estampadas en el fondo y pequeñas crateras helenísticas (Lám. IV, g) son los tipos más corrientes.

La cerámica helenística y los tipos de La Tène II nos dan exactamente la fecha de San Antonio y de los grandes poblados de Aragón: el siglo III. En esta centuria florecieron también los poblados de Sidamunt, en la provincia de Lérida y de Puig Castellar ⁽¹⁾ junto a Santa Coloma de Gramanet en la de Barcelona, cuyo material ofrece grandes semejanzas con el del Bajo Aragón.

El poblado del «Tossal de Les Tenalles», de Sidamunt, nos muestra una cultura idéntica a la de San Antonio, La Zaida, etcétera, con los mismos tipos de espada de La Tène II, los mismos cierres de cinturón y la cerámica con bellas decoraciones geométricas de Calaceite y las florales estilizadas y animales de La Zaida, además encontramos una gran variedad de tipos de cerámica helenística. Este es el mismo cuadro de cultura de Puig Castellar y hasta de la necrópolis de Cabrera, de Mataró (prov. de Barcelona) ⁽²⁾ (Lám. V, a), faltando, sin embargo, en ambas estaciones la bella cerámica ibérica pintada.

Estos paralelos nos indican que el siglo III es el punto culminante de la cultura ibérica del interior de la cuenca del Ebro, mientras que en la costa el florecimiento de la civilización indígena es algo anterior. Este hecho lo conocemos además por la estratigrafía de Ampurias ⁽³⁾ y por los datos cronológicos que tenemos del S. E. de la península ⁽⁴⁾. Efectivamente, en Ampurias la cerámica ibérica bellamente decorada con el mismo estilo de los vasos de Elche y Archena, aparece en las capas

(1) Cortas noticias del material del poblado de Puig Castellar en F. de Segarra: *Descubrimientos arqueológicos de Puig Castellar (Boletín de la R. Academia de Buenas Letras de Barcelona, 1906)* y J. Pijoán: *Una estación pre-romana en Cataluña. (Hojas Selectas, Barcelona, 1906, pág. 485 y sig.)*

(2) Sobre Cabrera de Mataró: Rubio de la Serna, *Noticia de una necrópolis antero-mana descubierta en Cabrera de Mataró (Barcelona) en 1881. (Memorias de la Real Academia de la Historia, 1899.*—Joulin, en la *Revue Archeologique* 1910, II p. 198. *Anuari del «Institut d'Estudis Catalans» (Crónica)* I, 1907, p. 472.—H Sandars. *The Weapons of the Iberians (Archeologia* LXIV, 1913), p. 52 y sig.

(3) Sobre la estratigrafía de Ampurias: Bosch. *El problema de la cerámica ibérica.* p. 42.—M. Cazorro y E. Gandía, *La estratificación de la cerámica en Ampurias y la época de sus restos. Anuari del «Institut d'Estudis Catalans»* V, 1913-14, p. 687 y sig.

(4) Para la cronología del S. E. de la península véase Bosch. *El problema de la cerámica ibérica,* pág. 41 y sig.

griegas del siglo v al iv a. de J. C., tornándose pobre en las capas helenísticas. En Villaricos (Almería) aparece la cerámica ibérica del propio estilo en sepulcros junto con cráteras griegas del siglo v al iv a. de J. C. y los fragmentos griegos hallados con cerámica ibérica en los grandes poblados del reino de Murcia, como por ejemplo el de Amarejo cerca de Bonete (Albacete), son fragmentos del estilo de figuras rojas sobre fondo negro. Además los grandes fenómenos de la cultura ibérica del Sud Este, por ejemplo las esculturas del Cerro de los Santos y la Dama de Elche, muestran la influencia del arte griego de la mejor época arcaica y del siglo v avanzado. Una cosa parecida sucede en Andalucía con las esculturas de Osuna y los bronceos de los Santuarios (1).

El hecho de que el apogeo de la cultura ibérica del Ebro tenga lugar en el siglo iii, mientras que el de la civilización de la costa hay que colocarlo en las centurias anteriores, que puede comprobarse con los resultados de las excavaciones y con el estudio del material, permite deducir que la cuna originaria de la civilización ibérica no es el interior de España, sino la costa, el país visitado por los colonizadores griegos y fenicios. Esta afirmación no es una novedad: siempre, al buscar los orígenes de la civilización ibérica, se postulaban la costa y aquellas colonizaciones; pero después del más exacto conocimiento de las diversas regiones ibéricas obtenido con excavaciones metódicas practicadas en todas ellas, dichas hipótesis se convierten en realidades y adquirimos además una firme base de materiales y datos cronológicos.

Así sabemos hoy que cuando comenzaba a decaer la cultura ibérica de la costa, comenzaba en cambio el florecimiento del Ebro, y hasta podemos decir que tenemos el mismo fenómeno en Castilla.

* * *

En «El problema de la cerámica ibérica» (2), al tratar de las especies castellanas, se indicó ya que las decoraciones ibéricas de los vasos de Luzaga y Molino de Benjamín representaban la primera penetración de la cultura ibérica en el Centro de Es-

(1) Esto parece comprobar también la estratigrafía de las excavaciones del Santuario del Collado de Jardines en Santa Elena (Despeñaperros, Jaén), excavado por los señores Calvo y Cabré. Sobre este Santuario véase J. Calvo y J. Cabré. *Excavaciones en la cueva y collado de los Jardines, Santa Elena (Jaén) (Memorias de la Junta superior de excavaciones y antigüedades, 1917.)*

Además, en Andalucía, la cerámica griega se encuentra también con la mejor cerámica ibérica (véase Bosch) *El problema de la cerámica ibérica*, pág. 44.

(2) Pág. 33 y sig. y 48.

pañá, formulando la hipótesis de que el florecimiento de Numancia tiene lugar sobre todo desde fines del siglo III al siglo II y que estos hechos venían a comprobar el resultado de la revisión de los textos antiguos, referentes a los pueblos del centro de la península, hecha por el profesor Schulten y desarrollada ampliamente en el primer volumen de la publicación de sus trabajos en la región de Numancia (1).

Hoy todo ello puede afirmarse como una realidad probada, puesto que la Arqueología y la interpretación de los textos nos dan resultados concordantes.

Efectivamente, Schulten nota que en los textos de los siglos VI-IV (desde Hecateo y Herodoto, hasta Aristóteles y Éforo), se habla de distintas tribus ibéricas en las costas, citando en cambio las tres grandes tribus célticas de los *Sæfes Cempsí* y *Berybiaces* en el interior de España y en el occidente de la península o sea en Portugal. Entonces no se habla para nada de los celtíberos, los carpetanos, oretanos, vacceos, etc. En cambio, desde la segunda mitad del siglo III los textos (Eratóstenes, Timeo), nos dicen que viven en el interior y en el Occidente aquellas mismas tribus ibéricas que luego conocen los romanos en sus guerras. Esto nos indica que la población del interior ha cambiado y que en el siglo III ha tenido lugar desde el Ebro un movimiento de avance de los pueblos ibéricos que llegan entonces a ocupar casi toda la península, dejando a los celtas arrinconados en las regiones extremas o en parajes montañosos (los *celtici* de Galicia y Algarve, los *berones* y *germani* del N. E. y S. E. de la meseta central) o absorbiéndolos en otras regiones en donde aparecen luego pueblos ibéricos mezclados con elementos célticos: tal es el caso de los celtíberos que son citados por primera vez por el Timeo en el siglo III.

La arqueología nos comprueba perfectamente esos movimientos de pueblos y esas fechas.

Antes del siglo III, tenemos en el territorio celtibérico explorado hasta ahora, necrópolis que nos ofrecen una civilización netamente céltica (2), que no es otra cosa que una continua-

(1) A Schulten: *Numantia, Ergebniss der Ausgrabungen, I Die Keltiberer und ihre Kriege mit Rom.* (Munich, Bruckmann, 1914). También Schulten *Hispania (Realencyclopädie der klassischen Altertumswissenschaft de Pauly-Wissowa)*. De las páginas referentes a la Etnografía ibérica del primer libro, véase un resumen en la crónica del *Anuari del Institut d'Estudis Catalans* V 1915-14 p. 949 y sig. y en *Estudio IX*, 1915, pág. 242 y sig. Además, un resumen portugués por Vergilio Correia en *At. Iántida*, II, 1917, pág. 1024 y sig.

(2) También señalé este hecho en el *Problema de la cerámica ibérica* (lugares citados) contra la atribución corriente de las necrópolis en cuestión a los celtíberos, por

ción de los tipos hallstáticos traídos a España por los celtas en el siglo VI a. de J. C. y que han seguido evolucionando independientemente de los principales centros de la cultura céltica de Europa en donde entonces se formaba la civilización de La Tène. La necrópolis representativa de esta continuación de la cultura hallstática en España después del año 500 a. de J. C., o sea en plena época de La Tène I es la de Aguilar de Anguita (provincia de Guadalajara). En ella seguimos perfectamente la evolución del puñal de antenas desde el tipo perfecto todo de hierro hasta el tipo de antenas atrofiadas y convertidas en dos bolas que salen de la parte superior de la empuñadura: el llamado puñal doble globular (figura 5). En Aguilar de Anguita faltan los tipos del primer período de La Tène, siendo escasos los del segundo (1).

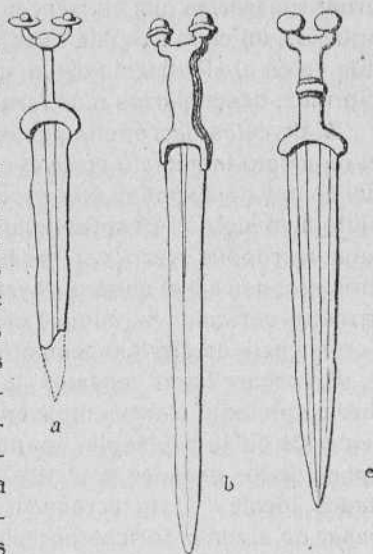


Figura 5

En cambio, las necrópolis de Luzaga, Arcóbriga, Molino de Benjamín y otras muchas exploradas por el marqués de Cerralbo en las provincias de Soria y Guadalajara y en las de Osma y Gormaz (provincia de Soria), exploradas por don Ricardo Morenas de Tejada y cuyo material ha sido adquirido por los Museos de Madrid y Barcelona, tenemos junto a la última evo-

el marqués de Cerralbo y hasta por el mismo profesor Schulten. Véase Cerralbo: *Necrópolis ibéricas* (Congrés international d'Anthropologie et d'Archeologie prehistoriques, Genève, 1912, p. 595 y sig.) y *Las Necrópolis ibéricas* (del vol. II del Congreso de Valladolid, 1915, de la Asociación Española para el progreso de las Ciencias). Schulten, *Numantia*, I p. 214 y sig., y *Hispania*.—La opinión de que la civilización de las necrópolis de las provincias de Soria y Guadalajara, que nos ocupa, son celtas y no ibéricas, ha sido expuesta también por H. Sandars: *The weapons of the Iberians* (*Archeologia* LXIV, 1915, p. 22-24 de la tirada aparte).

(1) Un hecho curioso, no estudiado hasta ahora como merece, y sobre el que me reservo insistir en otra ocasión, es el del paralelismo entre esas necrópolis más antiguas de Castilla y la necrópolis de Alcaer de Sal, en Portugal. (Véase Estacio da Veiga, *Antiguidades monumentaes do Algarve IV*. (Lisboa, 1891), lám. XXXIII, pág. 268)

Este paralelismo nos demuestra que las consecuencias que del material arqueológico deducimos para Castilla, son ciertas también para Portugal, comprobándose también por este lado la teoría de Schulten, de la ibertización del centro y occidente de la península en el siglo III y de su anterior ocupación por los celtas,

lución del puñal de antenas; el doble *globular* una abundancia extraordinaria de tipos de La Tène II, espadas, *umbos* de escudo, fíbulas, etc., entonces, en el siglo III, es cuando hacen aparición por primera vez los motivos ibéricos pintados en las urnas cinerarias que conservan las formas célticas del período anterior, tal es el caso de Luzaga y Molino de Benjamín anotados ya en el «Problema de la cerámica ibérica» y de Osma y Gormaz, descubiertos más tarde ⁽¹⁾ (Lám. IV, i).

Si de estas necrópolis pasamos a Numancia, encontramos el momento inmediato en la evolución histórica y arqueológica del centro de España, y que podemos fechar desde fines del siglo III al siglo II. Desgraciadamente, para conocerlo no tenemos necrópolis, pero por los hallazgos de Numancia ⁽²⁾ podemos reconstruir el cuadro general de la cultura. Éste ofrece grandes variaciones, aunque ciertos fenómenos hablen de una persistencia de ciertos elementos de la cultura anterior.

En primer lugar tenemos la gran abundancia de cerámica ibérica pintada, claramente emparentada con la de las demás regiones de la península, en particular con la del Ebro de la época de los grandes poblados, a pesar de sus notables variedades locales. Esta cerámica, con su lujo de decoración, a pesar de algunas formas parecidas a las de las necrópolis célticas, es algo perfectamente ibérico y esencialmente distinto de la cultura que tales necrópolis representan.

Algo hay en Numancia, sin embargo, que recuerda las últimas, y esto precisamente nos confirma en primer lugar la teoría de Schulten, de que en Celtiberia tenemos a los iberos que han absorbido elementos de población anterior céltica, y luego que la fecha de Numancia es posterior a la de las necrópolis célticas o por lo menos que no es anterior a las últimas.

Hemos citado formas de cerámica que recuerdan las célticas ⁽³⁾. Recordemos tan sólo las a, b y c de la lámina III ⁽⁴⁾ y las copas con pie alto que tanto abundan en Numancia ⁽⁵⁾.

(1) Para el material de las necrópolis excavadas por el marqués de Cerralbo véanse los trabajos del mismo y de Sandars citados anteriormente; además véanse mis reseñas de las *Necrópolis ibéricas* y del trabajo de Sandars en la *Crónica del Institut d'Estudis Catalans*, V, 1913-14, p. 340 y 345, respectivamente, en donde se insiste en el carácter céltico de dichas necrópolis y se tratan los problemas de cronología de los diversos tipos de los puñales de antenas.

Del material de Osma y de Gormaz no tenemos todavía una publicación suficiente.

(2) Véase *Excavaciones de Numancia* (Memoria presentada al Ministerio de Instrucción pública y Bellas Artes por la Comisión ejecutiva), Madrid, Blass, 1912.

(3) Una comparación detenida de la cerámica de Numancia, en particular de ciertas formas con la de las necrópolis castellanas, ofrecerá seguramente resultados interesantes y una contribución valiosa al problema de la iberización de Celtiberia.

(4) *Excavaciones de Numancia*, lámina XXXI, c. y XXXII a. b.

(5) *Id id.*, láminas XXXIII, a-b, y XXVI, c-e.

Respecto a la fecha inicial de Numancia, en otra ocasión (1) hemos dicho que su material produce el efecto de un todo muy homogéneo y que representa un espacio de tiempo no excesivamente largo, cuya duración acaso no es mucho mayor de un siglo. Podemos añadir que el caso de Numancia parece el mismo que el de los poblados del Bajo Aragón que representan momentos aislados de la evolución de la cultura que sólo conocemos de una manera completa a través de una serie de estaciones.

Además, los objetos de bronce y de hierro que se hallan en Numancia junto con la cerámica, confirman lo dicho en el párrafo anterior: las fibulas que abundan más son las de La Tène II, tipo que dura desde el siglo III hasta bien entrado el II, y por otra parte abunda el tipo de puñal que reproducimos en la lámina IV, h (2), que es precisamente el que comienza en las últimas necrópolis célticas y viene a representar el último grado de la evolución tipológica del puñal de antenas, en el que se ha perdido todo rastro de éstas.

Parece, pues, que Numancia representa la cultura ibérica sustituyendo a la céltica y adoptando algunos de sus elementos.

Y así, la investigación arqueológica viene a confirmar los resultados de la revisión de los textos por Schulten, ilustrándonos los movimientos de pueblos de la península en el siglo III antes de J. C

* * *

Hemos visto cómo en el Ebro y en Celtiberia florece la cultura ibérica con una evolución propia y con diferencias explicables seguramente por causas históricas relacionadas con las grandes emigraciones de los pueblos peninsulares.

En el Ebro parece comprobada la población ibérica desde el siglo V, o sea casi en la misma fecha que en la costa Oriental. Esta población desarrolla una civilización que tan sólo hacia el siglo IV se asimila los progresos de la cultura de la costa. El apogeo del Ebro tiene lugar precisamente en el siglo III cuando empieza a decaer el E. y el S. de la península y cuando los primeros gérmenes de la cultura ibérica penetran en el ambiente céltico del centro. Después del siglo III empieza la romanización de la costa y del Ebro, mientras en Celtiberia florece su civilización peculiar.

(1) *El problema de la cerámica ibérica*, p. 47.

(2) *Excavaciones de Numancia*, lám. I, VI.

Este conjunto de fenómenos culturales, traducido al lenguaje de la historia política significa sencillamente: la dominación cartaginesa, los movimientos galos de Francia, las guerras púnicas y la conquista romana.

Hasta el siglo III las ciudades ibéricas del E. y del S. de España habían vivido tranquilas, desarrollándose en ellas la riqueza y la cultura en pacíficas relaciones con las colonias griegas del E. y las cartaginesas del S. El mismo Mediodía de Francia es penetrado por la civilización ibérica ⁽¹⁾ Entretanto, el Ebro es un territorio rural en donde sólo lentamente penetran las influencias de la costa.

En el siglo III tienen lugar notables cambios.

Los movimientos galos en el S. de Francia obligan a replegarse a las tribus ibéricas más acá de los Pirineos, y esto es la señal para la penetración de los iberos en la meseta y en general en toda la península. Entretanto, Andalucía y el S. E. se transforman en el imperio colonial de Cartago, gracias a la política de los bárquidas, que buscan en España la compensación del que su patria ha perdido, en Sicilia, con el término desfavorable de la primera guerra púnica. Muy pronto tales zonas de expansión cartaginesa se convierten en el teatro de la lucha con Roma. Los ejércitos de ambos combatientes agotan el país durante la segunda guerra púnica y las tribus ibéricas sufren las consecuencias de la lucha siendo romanizadas a su término.

En cambio el Ebro permanece tranquilo hasta 206 antes de Jesucristo, en que empieza la sumisión.

Hacia esa fecha o poco después, cuando Catón emprende sus expediciones contra las tribus de Aragón, podemos colocar el fin de nuestros poblados aragoneses.

El centro de España, y sobre todo Celtiberia, permanece independiente hasta más tarde, desarrollando su cultura indígena, siendo su sumisión a Roma sólo nominal hasta el término de las guerras celtibéricas con la destrucción de Numancia en 133 a. de J. C.

DR. P. BOSCH GIMPERA

Catedrático de la Universidad de Barcelona

(1) Véanse en el *Problema de la cerámica ibérica* (p. 20) las noticias bibliográficas de las estaciones francesas. Últimamente una importante necrópolis descubierta cerca de Beziers, *Ensérune*, ha aportado nuevos y valiosos datos para el conocimiento de la cultura ibérica en Francia. Véase Moret-Pollier Reinach, *Ensérune. (Comptes rendus de l'Académie des Inscriptions et Belles Lettres, 1917).*

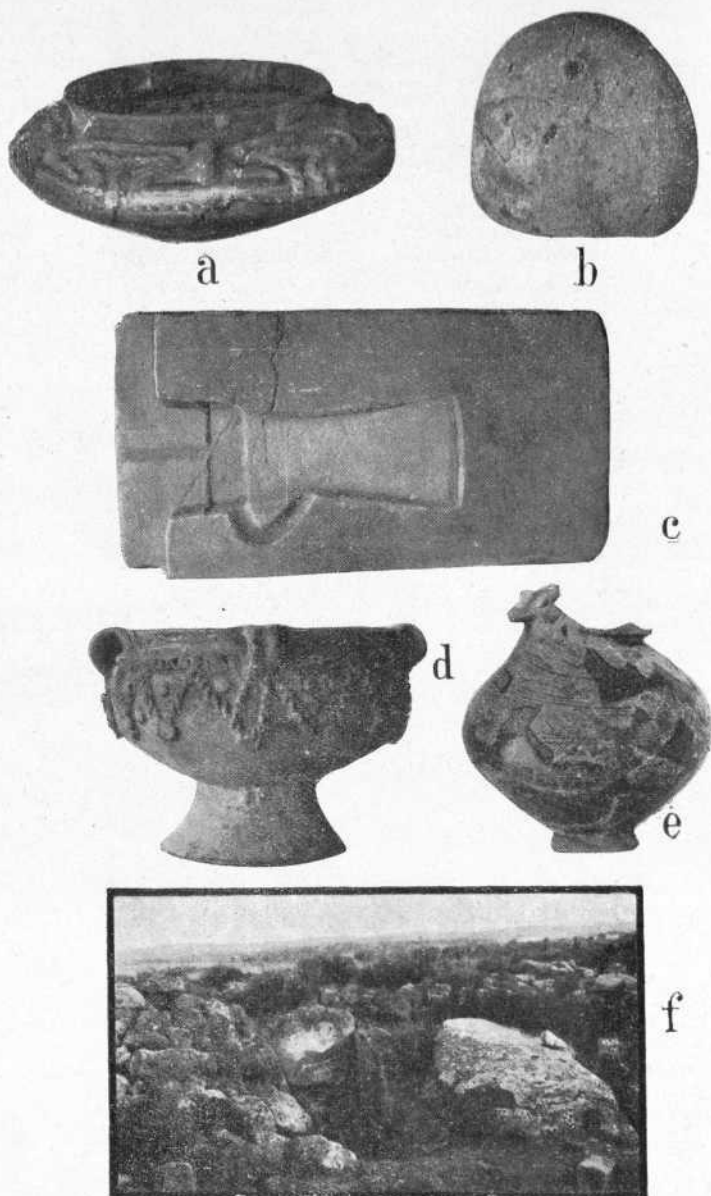
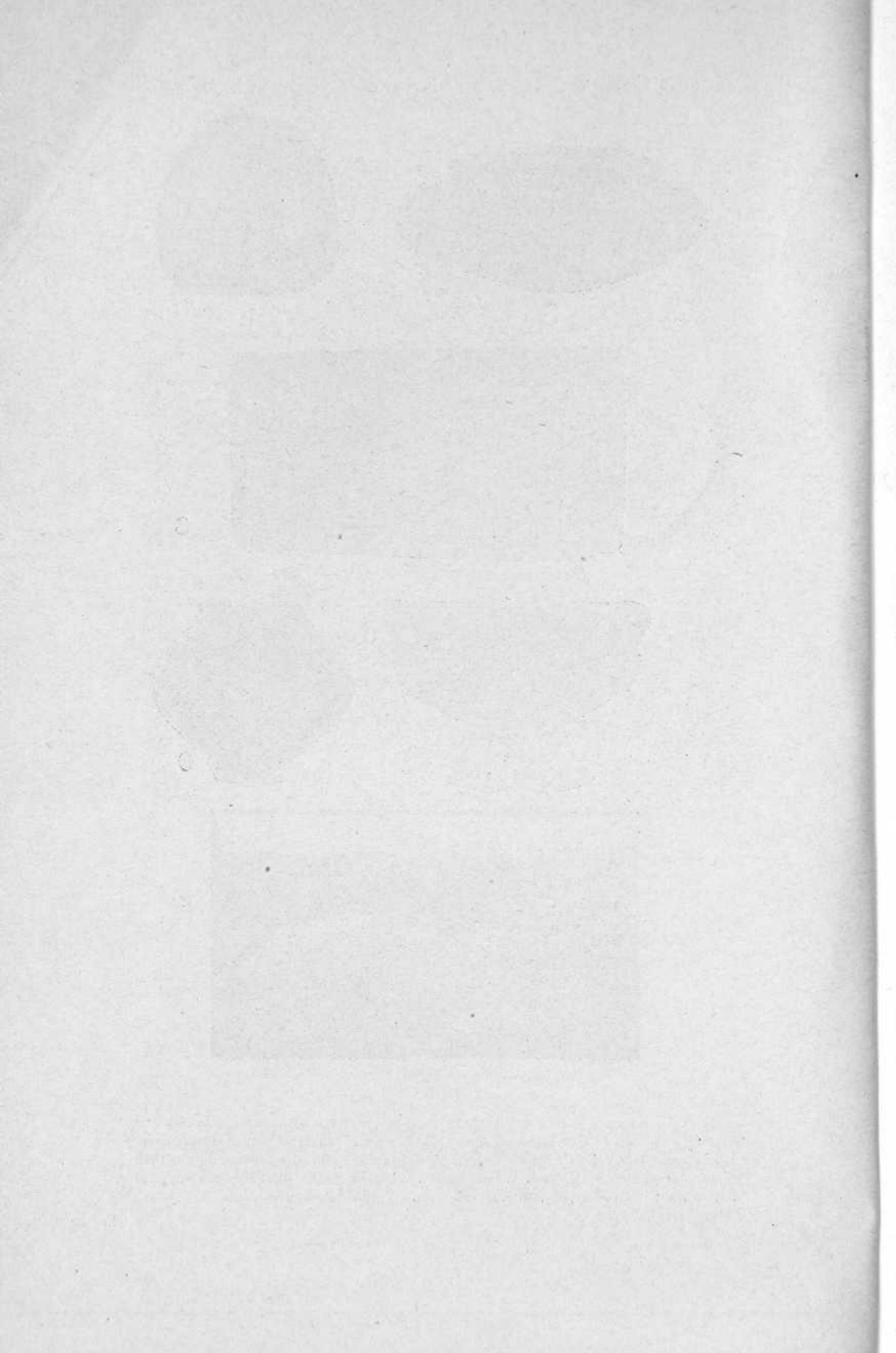


LÁMINA I

a) Vaso hecho a mano, del poblado de San Cristóbal (Mazaleón).—b) Peso de telar del poblado de Las Escodinas Altas (Mazaleón).—c) Molde de piedra para hachas, de Las Escodinas Altas de Mazaleón.—d) Vaso hecho a mano, del poblado de Vila'lonc (Calaceite); (*Clichés del Inst. d'Est. Cats.*).—e) Vaso hecho a mano y pintado, del Tossal Redó (Calaceite); (*Cl. Mus. Barcelona*).—f) Una cista de Calaceite





a



b



c



d

LÁMINA II

a) Vista parcial de la parte alta de San Antonio de Calaceite.—b) La calle de la parte superior del poblado de San Antonio de Calaceite.—c) Vista general de la parte baja de San Antonio de Calaceite.—d) Calaceite. San Antonio. Puerta del Poblado. (Clichés del «Institut d'Estudis Catalans»).

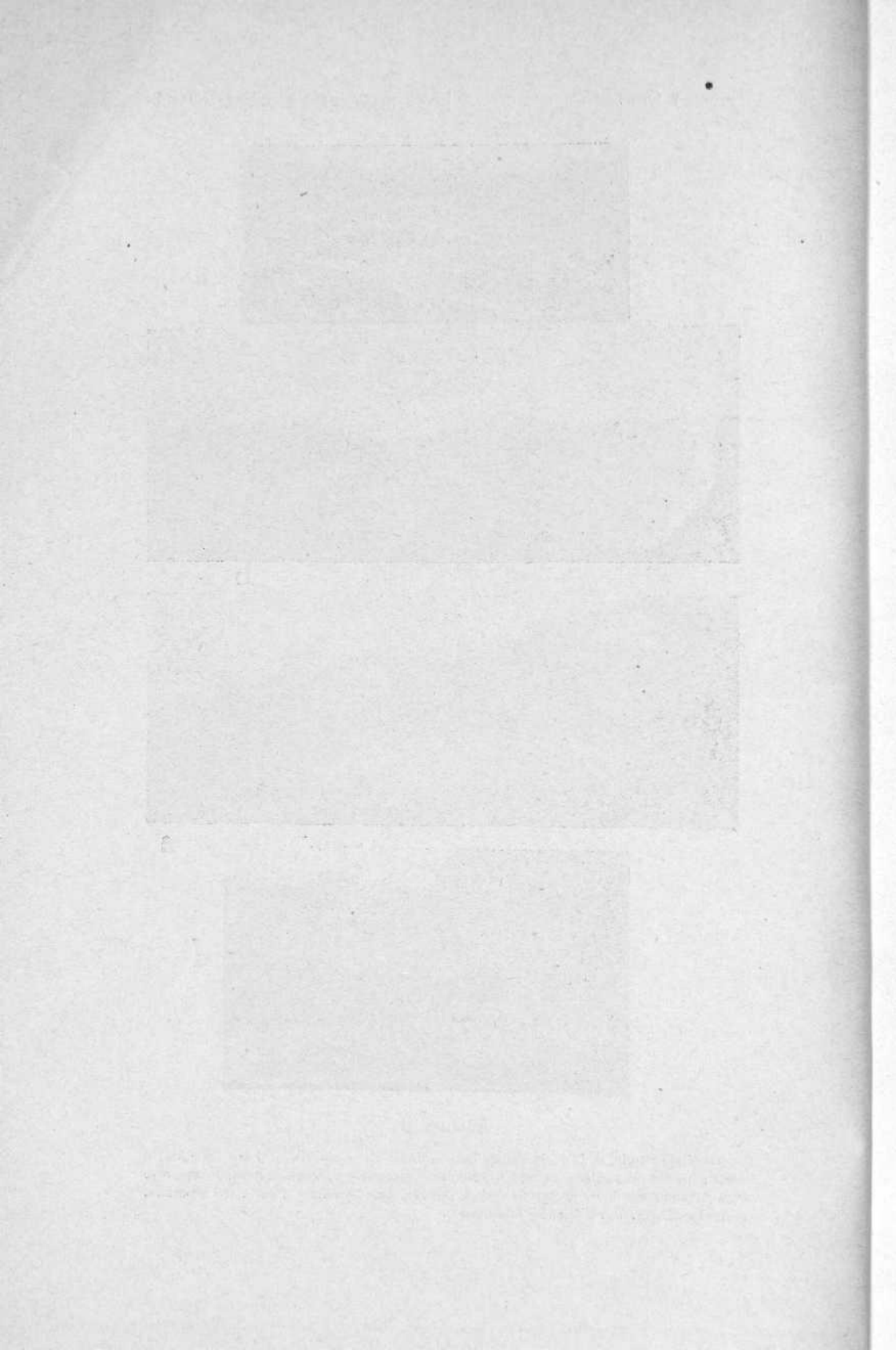




LÁMINA III

a, b y c) Vasos pintados de Numancia (De «Excavaciones de Numancia», Lámina XXXI, c; XXXII, a y b).—*d*) Cierre de cinturón de bronce de «La Gessera» (Caseras); (Cliché del Mus. de Barcelona).—*e*) Cierre de cinturón de bronce del Tossal Redó (Calaceite); (Cl. Mus. Barcelona).—*f*) Botón de bronce del Tossal Redó (Calaceite); (Cl. Mus. Barcelona).—*g*) Peso del telar del «Piuró del Barranc Fondo» (Mazaleón); (Cl. del Inst. d'Est. Cats.).—*h*) Brazaletes de bronce del Tossal Redó (Calaceite) (Cl. Mus. Barcelona).



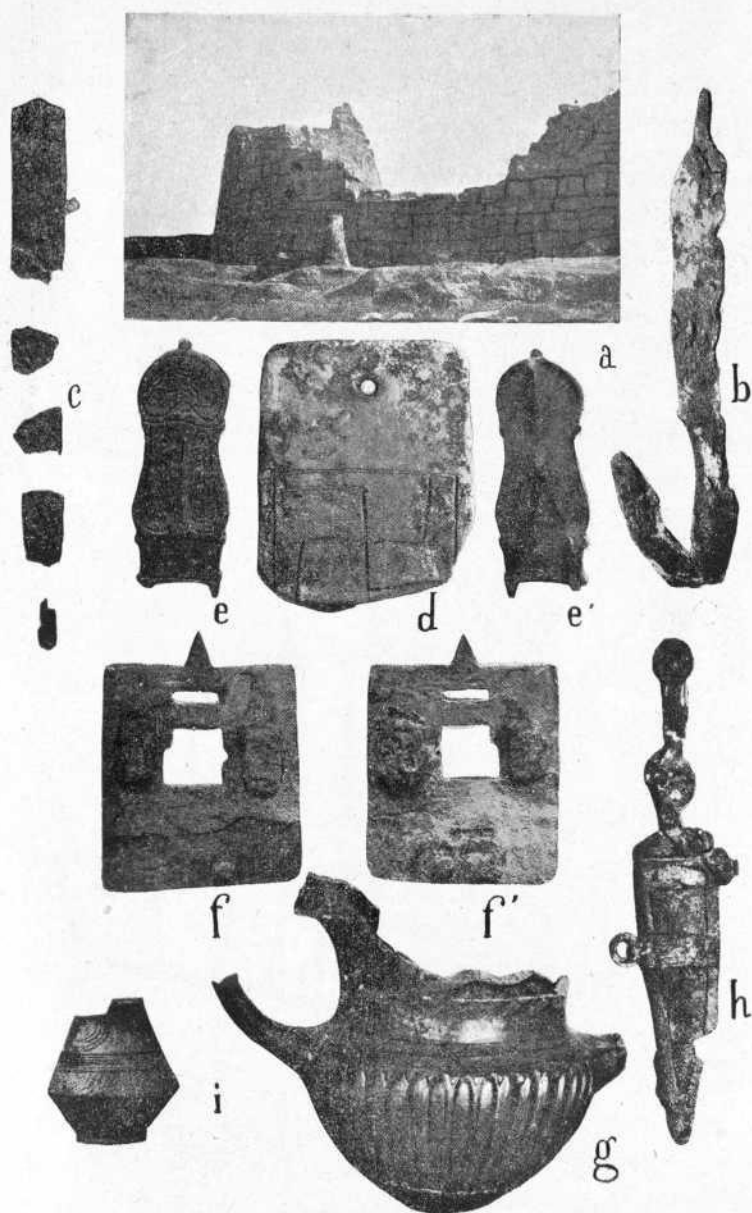


LÁMINA IV

a) Saliente de la muralla de San Antonio de Calaceite (*Cl. del Inst. d'Est. Cats.*).—
 b) Espada de hierro, del tipo de La Tène, de San Antonio de Calaceite (*Cl. del Inst. d'Est. Cats.*).—c) Vaina incompleta de hierro, del tipo de La Tène, de San Antonio de Calaceite (*Cl. del Inst. d'Est. Cats.*).—d) Peso de telar de San Antonio de Calaceite (*Cl. del Inst. d'Est. Cats.*).—e y e') Pieza de un cinturón de San Antonio de Calaceite (*Cl. del Inst. d'Est. Cats.*).—f y f') Cierre de cinturón de San Antonio de Calaceite (*Cl. del Inst. d'Est. Cats.*).—g) Crátera helenística de San Antonio de Calaceite (*Cl. del Inst. d'Est. Cats.*).—h) Puñal de hierro de Numancia (De «Excavaciones de Numancia», Lám. LVI, b).—i) Vaso de la necrópolis de Gormaz con decoraciones (*Mus. Arq. Nacl.*)

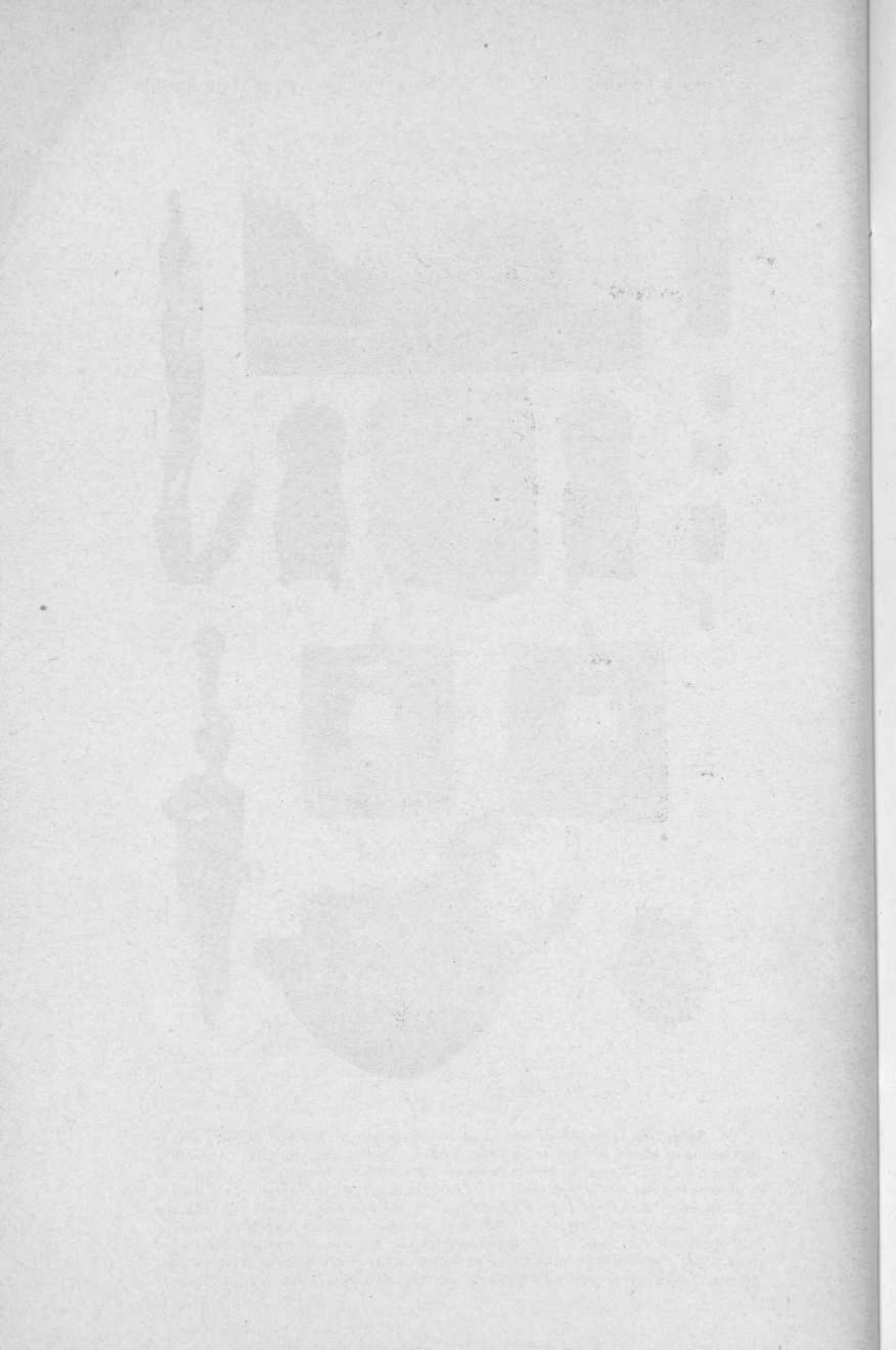




LÁMINA V, a

Cerámica griega y helenística de la necrópolis de Cabrera de Mataró (Barcelona).—
(De Sanders *Weapons of the Iberians*).

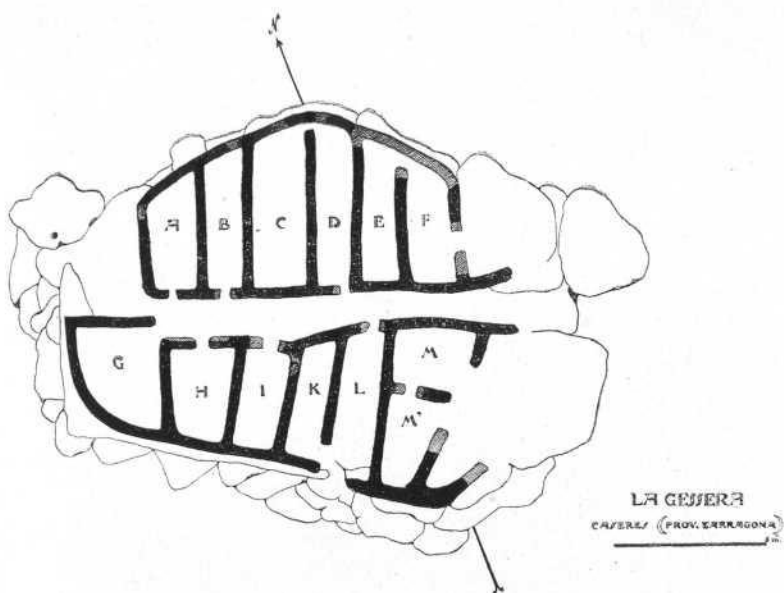
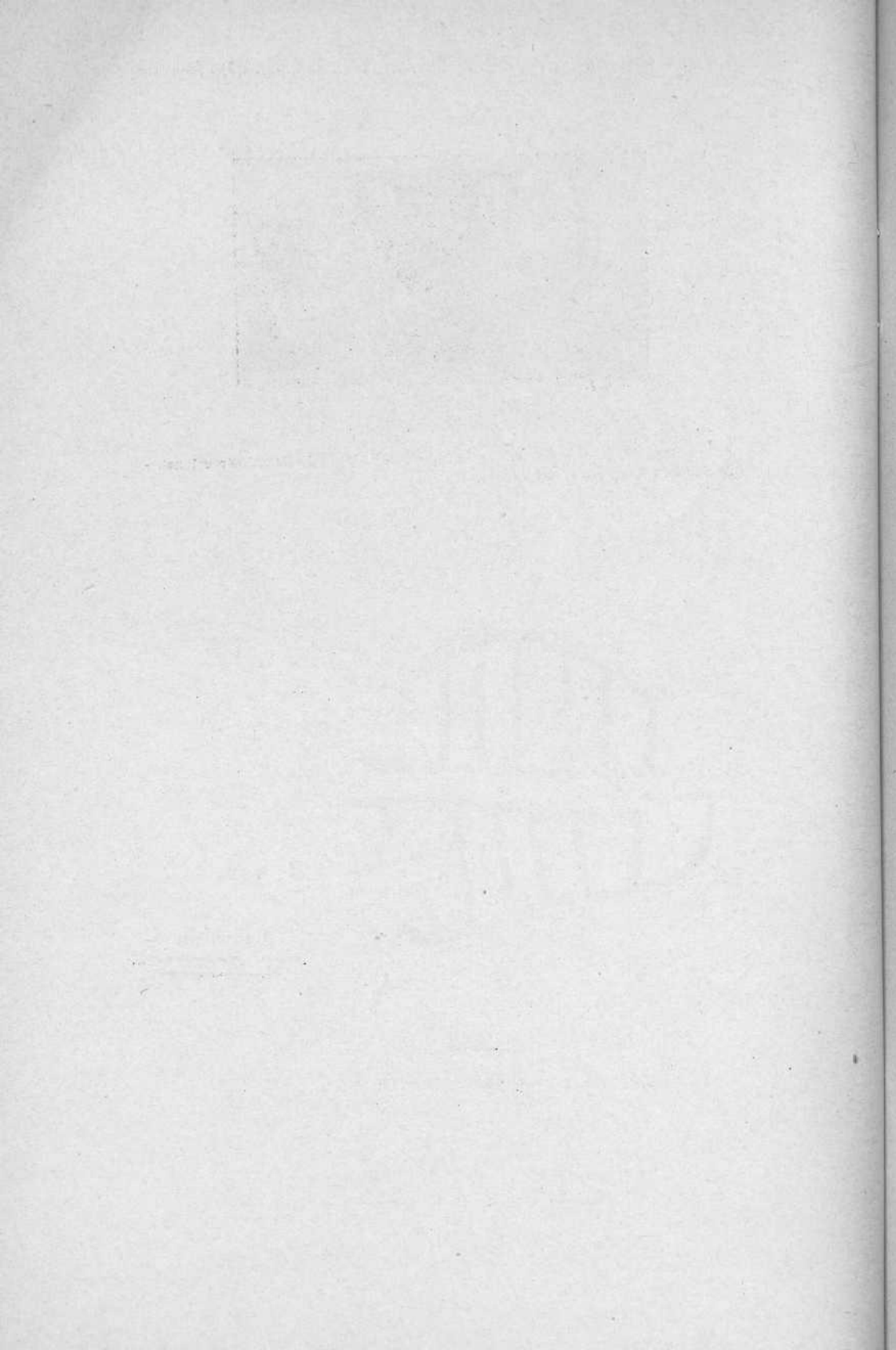


LÁMINA V, b

Plano de La Gessera.

LA GESSERA
CAVIERA (PROV. ARRAGONA)



RELACIONES ECONÓMICAS ENTRE LOS REYES DE ESPAÑA Y CLUNI

(Conclusión)

Puede formarse una idea de lo que representa la munificencia larguísima del rey, teniendo en cuenta una frase de S. Hugo. Determinando éste en unos estatutos, que todavía se conservan, las oraciones, sufragios y limosnas que habían de hacerse por el monarca, dice que la nueva iglesia «BIEN PUEDE CONSIDERARSE COMO EDIFICADA A SUS EXPENSAS» (1). Frase parecida escribe también Pedro el Venerable en una carta suya (2). Edificar y alhajar una tal basílica, aun con concurso de varios príncipes y señores, hace comprender bien lo que por aquellas fechas representaban diez mil talentos.

Rabano Mauro, en su libro «De Universo», lib. XXII (3), distingue tres clases de talentos; el menor de 50 libras, el mediano de 62 y el mayor de 100. Suponiendo que los talentos enviados por Alfonso pertenecieran a la segunda categoría, resultan 620.000 libras.

El documento no dice si la moneda era de oro o de plata; en toda Europa, excepto España, no se acuñaba por entonces en oro, conservándose en circulación el escaso numerario que aún corría de los romanos, o el que batían los bizantinos; por el contrario, en nuestras tierras circulaban abundantes y con una tolerancia amabilísima y muy comprensible los hermosos dinares de los árabes, y más tarde, los áureos morabitanos, progreñie nobilísima de los miserables maravedíes desaparecidos aun hace poco, cuando hubieran debido morir de vergüenza mucho antes.

En gran número de documentos de esta época, se tributan siempre a la libra los más brillantes títulos: *libra áurea, de oro puro, acrisolado, purísimo*; pero en realidad no tenía entre nos-

(1) PL. Migne, t. 149, p. 946.

(2) RCHAC, n.º 4, 185.

(3) PLM. t. 111 pág. 485.

otros moneda alguna que la representase, quedando simplemente como entidad imaginaria.

Mas aun siendo así, al hablar en talentos, su divisor más alto es la libra, y el de ésta, en valores ponderales, la onza, y más comúnmente en valores monetarios, el sueldo, la veinteava parte de la libra. Resultan, pues, para los 10.000 talentos medianos, 1.240.000 sueldos, que si hubieran sido de oro, al reducirlos a plata arrojarían un total de 3.100.000 sueldos, estableciéndose entre ambos metales una relación mínima de $4 = 10$, pues la proporción legal de los antiguos $1 = 10$ era ya una ficción por aquellos tiempos

¡Tres millones de sueldos! Cantidad exorbitante para el estado económico de aquellas épocas. Doscientas mil libras, esto es, cuatro millones de sueldos hubo que pagar años adelante para el rescate de S. Luis, y cuando, después de recoger dinero por todas partes, se comenzó a verificar su entrega, faltaban aún 30.000 libras, que fué menester tomar de las arcas en que los templarios, los grandes banqueros de su época, custodiaban el dinero de sus clientes, y no por cierto al principio sin la oposición del Comendador: «Asses y ot de dures paroles et de felonnesses entre moy et li», dice Joinville, que fué el encargado de agenciar este préstamo ⁽¹⁾.

Sin embargo, conservando al talento ponderal y monetario el valor que le asignan escritores de aquel tiempo y aun dándole la equivalencia media que, en testimonio de S. Isidoro, era la aceptada en España, no resulta ni un sueldo menos, pues no consta tuviera en los reinos españoles la evaluación reducida que le da Gregorio de Tours en su crónica, y algunos otros documentos extranjeros que lo identifican con la libra.

Para tener idea de lo que valía un sueldo, como quiera que ninguna reducción a nuestra actual moneda puede darla exacta, pondré aquí algunos casos que muestren su valor comercial, tomándolos de los numerosos ejemplos que pueden hallarse en antiguos documentos; por ejemplo, en la valiosísima colección publicada por el hoy Rmo. Abad de Silos, en las «Fuentes para la Historia de Castilla».

En 978, el conde Fernán González, al hacer espléndida donación a su hija, monja en Covarrubias, le señala para servicio de mesa 1.500 sueldos, y 1.800 para cálices, cruces y servicio

(1) Vie de saint Louis, ed. de Wailly p. 134.

de la iglesia (Cartul. del Inf. de Cov. n.º 7); en 1014 una tierra se vende por 10 sueldos y un asno es tasado en 30 (Becer. Got. Cardeña n.º 363); tres partijas de campo, se vendían en 1065 por 6 sueldos y en 1064 una suerte de campo por 2 (BGC. n.º 79 y 81); una pareja de bueyes, *blanco el uno y berrendo el otro*, se vendían en 972 por 20 sueldos (BGC. n.º 89)) por 200 sueldos se compra un caballo rucio en 1068 (BGC. n.º 148) y 19 sueldos vale una tierra en 1101; dos panes de dos almudes de trigo, un odre de vino, cinco almudes de cebada, *un buen puerco* y veinticinco gallinas se conmutan en 1222 por 40 sueldos (CIC. n.º 19 y 25).

Recojo ejemplos de años tan distanciados unos de otros, y los apunto, para que se vea que, a pesar de las bruscas oscilaciones del valor monetario de aquellos tiempos, el sueldo daba derecho siempre a una buena adquisición. Creo que por 40 sueldos ya no se puede pedir más de lo que se daba en el último caso citado.

Por eso, refiriéndose a los diez mil talentos del monarca castellano, tenía razón S. Hugo al escribir en los mencionados estatutos: «Tantos y tales favores nos tiene concedidos y continuamente nos concede Alfonso, rey de las Españas, que ni monarca, ni príncipe alguno antiguo o moderno puede comparársele.»

Con todo, era esta ya la última donación de considerable importancia que habían de hacer nuestros reyes a Cluni, y es que si los monarcas de Castilla cambiaban algún tanto de conducta respecto a los cluniacenses, mucho más habían cambiado estos mismos en relación a sus reformadísimos antepasados.

Durante el abadiato de Pons, inmediato sucesor de S. Hugo, y a causa de su gobierno fastuoso y desgarrado, se inicia la decadencia de aquella gran Abadía.

Era caso fuerte ver sentado en la silla que habían ocupado sucesivamente cuatro santos, celosos, activos y humildes, a un abad, hijo como ellos de muy noble familia, pero con más aires de señor feudal que de monje. Si con sus despilfarros ostentosos arrastraba tras sí al populacho, arruinando a la casa, con su propia inobservancia prendió fuego a la disciplina monástica. Todo estuvo a punto de ser pisoteado por su lujosa cabalgata de camino y su corcel de guerra. Sólo los arranques briosos y gran santidad de Pedro el Venerable, que le sucedió en 1122 por renuncia del mismo Pons, pudieron contener por

algún tiempo la ruina en que amenazaba desplomarse aquel ilustre edificio de la congregación cluniacense.

El nuevo abad puso mano primeramente con firmeza y amor, pues amor y firmeza necesitaba, en el restablecimiento de la regular observancia y, más tarde, en el arreglo económico de la casa.

Buena falta hacía que hubiera quien se ocupara de ambos intereses. Muchísimo llegó a conseguir en la reforma de vida, pues la Abadía llegó a florecer con numerosos monjes, ilustres por su santidad y letras; pero los negocios económicos iban de mal en peor, y tuvo el santo abad que derramar toda su industria e inteligente actividad en andar sorteando los apuros.

En 1130 se vió precisado a recurrir a un préstamo de ciento diez onzas de oro, que según la carta-recibo le fueron adelantadas por un año con un interés de treinta y seis sueldos por onza (1). Muy mal debían ir las cosas, cuando un monasterio como el de Cluni necesitaba cargarse con tan onerosos préstamos.

Algo ayudó a levantar la casa el censo anual concedido por Enrique I de Inglaterra en 1131: unos cien marcos próximamente (2); pero las guerras civiles que luego se desataron en la isla, hicieron que el censo llegara con irregularidad, o lo que era más sensible, que de ningún modo llegara.

Escribiendo Pedro el Venerable por el año 1135 a la hermana del rey Enrique, recientemente fallecido, le dice haber enviado ya dos correos para que se enteren de lo que por allí pasa. No sólo el interés por la suerte de aquel reino, sino también los propios intereses de su Abadía, debieron obligarle a tomar tan solícita medida (3).

Así marchaban trampeando los negocios del monasterio cluniacense, cuando en 1141 se decidió el abad visitar los prioratos de la península, como habían hecho sus predecesores, y pulsar por sí mismo el estado de la disciplina monástica.

De seguro que en el camino debió ventrarse al pensamiento más de una vez el arreglo de cierto asunto algo molesto.

El rey de España, el descendiente de aquellos monarcas tan generosos con Cluni, andaba algo remiso en el envío del censo; casi, casi se diría que no lo pagaba.

(1) RCHAC t. V, n.º 4.012.

(2) Ib. n.º 4.016.

(3) PLM. t. 189, epist. 25.

¡Pobres arcas las del rey Alfonso VII! ¡Buenas estaban ellas para sufrir censos tan cuantiosos! Vacías se hallaban cuando subió al trono y vacías continuaron la mayor parte de su reinado.

Apenas algún sueldo caía en ellas, se disipaba en las guerras.

Mal, mal andaba de fondos el gran rey, cuando tuvo que acudir a remedios de una legalidad algo dudosa o laxa, como aquella su emisión de moneda de plata baja, aleada con cobre, del cual, por cierto, tanto cargó la mano, que sus *dineros* más bien son una moneda de valor fiduciario que positivo.

El recurso, pues recurso era, entraba muy anchamente en las reales costumbres de aquel tiempo ⁽¹⁾.

Años antes de venir a España Pedro el Venerable, los apuros pecuniarios del monarca le llevaron a realizar contra Gelmírez, aquel prelado genial, pero inquieto, los excesos que los anales compostelanos refieren con animación colorista y pormenores. «Quisiera, venerable Padre, decía el rey a Gelmírez, allá en la sala del Tesoro compostelano, que así como hasta ahora me has servido y mantenido, acudas en mi ayuda en los momentos presentes en que tan rodeado de graves necesidades, y tan metido en dispendiosos asuntos me hallo» ⁽²⁾. Contestando a esta petición, el *señor de Compostela*, le ofreció una cantidad verdaderamente irrisoria: ¡trescientos *marcos* para tres mil apuros!

Calló Alfonso largo rato, dice el autor de los anales, sin querer contestar palabra alguna, pues la suma ofrecida le parecía y era en realidad verdadera nonada...

Bien sabido es en qué vino a estallar el silencio del Rey.

Así, pues, en tales aprietos, ¿qué mucho se descuidase el monarca de socorrer a los demás, si a él mismo le negaban auxilios necesitándolos como el primero?

Cuando en 1141 llegó Pedro el Venerable a España, los asuntos económicos del rey no habían mejorado gran cosa. La guerra con Alfonso Enríquez, terminada en 1137, no había sido la ocasión más propicia para llenar las arcas del Real Tesoro. Sin embargo, como amaba muy sinceramente al santo abad, y

(1) Más tarde, en 1199, escribiendo Inocencio III a Pedro de Aragón, censura duramente la circulación de moneda fraudulenta por falta de peso y le obliga a recibir del prelado zaragozano la debida penitencia. Véase la carta en Aguirre, t. 3, pág. 422 y en PLM. t. 214, pág. 558.

(2) Hist. Compost, lib. II, c. 87.

éste, además de corresponder con fineza al cariño de Alfonso, se daba también perfecta cuenta de las circunstancias, convinieron los dos en un arreglo respecto al pago del censo. «*A fin de que no parezca que pretendo quedarme con el censo anual debido a Cluni*, dice el rey en su diploma, doy a Pedro, su abad, el Monasterio de Cardeña con todas sus posesiones y la villa de Albellam con sus términos ⁽¹⁾. Añade además una renta de 200 *morabetinos* sobre los baños de Burgos, prohibiendo que se edifiquen otros, y con la expresa condición de entregar al rey o a su vicario lo que exceda de la suma consignada, pues la administración del establecimiento quedaba en manos de los monjes; por último les cede cierto solar dentro de la población burgalesa para que edifiquen una casa con su huerto.

Por esta transacción, el tesoro real no perdía más que los doscientos morabetinos y los tributos de la villa; quien salía perdiendo algún tanto era Cluni, como vamos a verlo.

Aquellas dos mil piezas de oro que pagaba Alfonso VI no eran otras que los *mitcales* árabes, pues hasta los tiempos de Alfonso VIII, aunque el oro circulaba por la península entera, no había sido acuñado por los reyes cristianos; tanto es así, que cuando el de las Navas lo hizo por vez primera, conservó por completo el tipo de la moneda árabe, y aun quiso que la inscripción que en ellas había de estamparse estuviese en caracteres arábigos, remedando en su disposición y dibujo las inscripciones de exergos y *zecas* en las monedas musulmanas; salvo, claro está, el texto de la leyenda y una pequeña cruz que la corona.

Pues bien; aquellos *mitcales* de oro, representaban en un total unos *diez y seis mil* sueldos, (recuérdese lo que podría adquirirse con 40 sueldos); los 200 *morabetinos* que ahora les concede el rey sobre la renta de los baños burgaleses, continúan siendo los *mitcales*, que por entonces recibían también el nombre de *morabotininos*, *morabitanos*, etc.; tenemos, pues, indemnizados de los 16.000 sueldos 1.600; quedan por reintegrar 14.400. ¿Se lograba rescatar por completo esa suma, con el resto de la condonación en solares, tributos y derechos sobre la villa y censo del monasterio? Seguramente que no.

Difícil resulta precisar con entera exactitud la renta que pudiera levantarse de estos bienes, pero téngase en cuenta que un

(1) RCHC, t. n.º 4.072.

monasterio que era entregado por donación a otro, conservaba sus rentas particulares, sin más obligación que la de satisfacer un censo anual y alguna que otra vez, pero raras, soportar un repartimiento que la casa matriz cargaba transitoriamente sobre sus filiaciones. Desconozco el censo impuesto a Cardeña, pues aunque tengo noticia de varios documentos que existen en Francia sobre los censos de los Monasterios españoles, no me es posible consultarlos, y ciertos minuciosos originales sobre la administración económica de algunas casas, de los cuales me he de servir para otro trabajo, no dicen nada del censo de Cardeña; pero en cambio un documento de Cluni que tengo a la vista, englobando el censo total de los 25 prioratos españoles, lo hace subir a 202 libras y algunos sueldos, y aun repartiéndolo la mitad de la carga entre los principales prioratos de los veinticinco, quedan para el de Cardeña 33 libras, esto es, 660 sueldos.

Seguro estoy de que no pagaba tanto; pero en fin, pongámoslos. Pongamos también como rentas que tributara la villa por diversos conceptos, un tanto algo más crecido del que hallo como término medio para otras muchas, registrando documentos, y démosle 1.000 sueldos; con los 20 que rentaba la casa de Burgos años adelante, son en total 1.680 sueldos, que con los 1.600 de los baños, resultan 3.280, es decir, que en la conmutación del censo perdía la casa de Cluni 12.720 sueldos anuales, próximamente.

Mucho debieron sentirlo aquellas tierras; mas Pedro el Venerable, aquel anciano que semejaba un gran príncipe arruinado, supo sacar de su generosidad los recursos que le negaba la fortuna y dedicarlos a una empresa que tanto enaltece sus prendas de carácter y su ciencia; reunió en Toledo varios individuos peritos en la lengua árabe, uno de ellos Pedro Toledano, y a fuerza de dinero, como él mismo dice ⁽¹⁾, y después de registrar y cotejar manuscritos, les encomendó la traducción del Corán al latín; la primera que se hizo. Terminada la obra y revisada por un musulmán, se la envió a S. Bernardo para que impugnase los errores de Mahoma, labor que el mismo Venerable realizó más tarde.

Razón tenía al escribir «Todo lo que en nuestra casa se recoge, a todas partes lo damos. No sólo es Cluni albergue para

(1) *Tractatus contra Sect. Sarracenorum; prolongus.*

todos los huéspedes que llegan y asilo para todos los que allí buscan amparo, sino también el tesoro abierto a toda la cristiandad» (1).

Y ya satisfecho de haber aprovechado su estancia en España, si no de la manera más productiva para su casa, la más noble para él y útil a la Iglesia, tomó el camino para regresar a Francia.

Alguna pena debía causarle, sin embargo, ver cómo el amor aquel hacia Cluni y su reforma, tan encendido años atrás en nuestros Reyes y los españoles todos, se enfriaba poco a poco, mientras iba cobrando más fuerza la simpatía por el Cister.

«Mucho nos ama el Rey de España—escribía después de su viaje a Rogerio de Sicilia—, mucho nos aman también otros, pero si su amor es grande, las pruebas de su amor son nulas. En el amor se parecen a sus antepasados; en la generosidad, no. Por lo que ellos dicen es que no pueden...» (2)

Bien conocía Pedro el Venerable que por muy mal que estuvieran los asuntos financieros de Alfonso (y mal estaban) en tratándose de los cistercienses... se hacía un esfuerzo. Siendo tan profundo conocedor de los clásicos debió recordar aquel verso de Horacio: *Non semper idem floribus est honor*.

Y, cierto, aquel florecer lozano y pujante de Cluni, que arrancaba a nuestros reyes su admiración y simpatía y, en ocasiones, su dinero, se había ya apagado. Con todo, era tan vivo el recuerdo de sus antiguas larguezas que, todavía, al comenzar el siglo XIII, en una crisis apuradísima, la abadía borgoñona, acudió de nuevo y con éxito a los monarcas españoles.

Honorio III, en los últimos años de su pontificado, apremiado por las instancias de Cluni, que padecía por entonces gran penuria, le envió en calidad de préstamo 2.000 marcos de plata. (3)

Pero como los apuros crecían, la ilustre Abadía tuvo que recurrir en 1216 a los templarios. Haimardo, tesorero del Templo, en París, le concedió un anticipo de mil marcos, bajo la fianza de la Condesa de Champagne, y tan sólo por dos meses (4).

(1) Epts. 37, lib. IV.

(2) Epist. 37, lib. IV.

(3) Honorii III reg. I ep. 53; en *Honorii III opera*, t. II, col. 80.

(4) Bien descuidado podía estar el tesorero del Templo respecto al cobro del anticipo, pues, además de la garantía de la Condesa, tenía comisión de Honorio III, para recoger la vigésima sobre las rentas totales de Cluni. *Honorii III opera*; *ibid*).

De esta suerte si, por el momento vencían una dificultad, no tardaban en asomar otras muchas.

Por eso en 1218 el abad Gerundo, decidió acudir a los reyes de España viniendo personalmente a su presencia. Me hace sospechar este su viaje el hecho de que Alfonso IX de León y Fernando III de Castilla, conceden los dos a Cluni y casi en la misma fecha, las dos últimas donaciones en metálico que he podido descubrir.

En 6 de Enero de 1218, Alfonso IX otorga a Cluni un censo anual de veinte marcos de plata sobre el portazgo de Toras y el de Torres; y en 13 del mismo mes, habiendo, sin duda, pasado el abad Gerón de Benavente, donde se hallaba Alfonso, a Burgos, en donde pudo avistarse con el rey Fernando, obtuvo de éste, otro censo anual de trescientos *aureos* sobre ciertas salinas.

Como digo, estas son las últimas rentas concedidas directamente en metálico por nuestros reyes. Y escribo *directamente*, porque, en realidad, las mismas concesiones de monasterios e iglesias suponen también ciertos réditos en numerario; pero éste no salía entonces de las arcas reales.

¿Hasta cuándo continuó pagándose este doble censo? No he podido averiguarlo, pero creo que las rentas más durables que tuvo Cluni en España fueron las que levantaba de los monasterios e iglesias sujetas a su jurisdicción, bajo la cual vivieron hasta que las reformas emprendidas en el estado monástico por don Juan II y, sobre todo, por los Reyes Católicos, les permitieron sacudir aquella dependencia, entonces perjudicial, y que no siempre, ni aun en épocas anteriores, fué del todo beneficiosa para los monasterios españoles.

Pero de esto, acaso me ocuparé (Dios mediante) en otra ocasión estudiando las relaciones económicas y de gobierno que los cluniacenses españoles mantenían con la Abadía central de Borgoña.

FR. RAFAEL ALCOCER

Monje de Silos

LINAS RUINAS INSIGNES

SANTA MARÍA DE MATALLANA

LA IGLESIA

Del gran monasterio cisterciense que se cobijara en el vallecito, tan recogido y quieto, de Matallana, quedan hoy restos dispersos, bien menguados. Y ellos de la iglesia tan sólo. Mas, con levantar las ruinas harlo poco sobre el ras del suelo, créolas lo bastante para autorizar ya una descripción del templo, hipotética en parte, y para formular alguna consideración en torno a la estructura y disposición del monumento (1).

Existen datos documentales sobre el paraje de Matallana, que lo acreditan como lugar propicio a la vida monasterial, toda vez que, mucho antes que los hijos de San Bernardo, buscaron allí refugio y aislamiento otros religiosos. Religiosas, mejor dicho, pues parece que el convento establecido en Matallana, de que se tiene más viejas noticias, fué de monjas.

Quadrado (2) cita esos datos, muy conocidos ya: un privilegio de Sahagún, indicado por Sandoval, y una donación de San Froilán, que trae Lobera en su *Historia de León y vida de San Froilán*. Según el privilegio, en 950 había en Matallana un monasterio consagrado a Santa María; en la donación, fecha a 21 de Diciembre de 1002, habla el santo de «las granjas que fueron de las monjas de Matallana».

Pasó después todo ello a la orden de San Juan, poseedora, con Villalba del Alcor, de grandes pertenencias en aquella comarca, y, con la orden, hizo Alfonso VIII una permuta, cediendo a los hospitalarios Alcubilla y recibiendo a Matallana. En 1173 entrégala el rey, en feudo, a Tello Pérez de Meneses, y éste, con su mujer Gontroda, funda el monasterio de la regla del Cister, pasando los monjes a poseer tierra y convento. Debió adquirir prontamente gran importancia y don Tello añadió a la donación primera otras cuantiosas, como la villa de Ungrillo (3).

(1) El caserío de Matallana, donde estuvo el convento, se halla situado en un valle, cerca de Montealegre y a pocos kilómetros de Villalba de los Alcores (Valladolid). Muy próximo el paraje a la provincia de Palencia, vense desde Matallana el castillo y el caserío de Ampudia que, como Meneses de Campos, villas ambas palentinas, se asientan en la proximidad del antiguo monasterio bernardo.

(2) «Recuerdos...» Tomo «Valladolid, Palencia y Zamora».

(3) Ortega. «Los pueblos de la provincia de Valladolid».

Debieron los frailes servirse, en los primeros años, acaso, de la iglesia que tuviese allí el viejo monasterio de monjas, pues el soberbio templo bernardo de Santa María de Matallana no se comienza hasta el año 1228.

Lo relativo a la fundación y fábrica de la iglesia quedó estampado en la inscripción que en ella había y que, por fortuna, copió y publicó Manrique, y vulgarizó el P Flórez en castellano ⁽¹⁾.

Decía así según la transcripción conocida:

ANNO MILLESIMO DVCENTESIMO
VIGESIMO OCTAVO,
REGINA BEATRIX BONAE MEMORIAE CEPIT AEDIFICARE
ECCLESIAM, ET OBIIT
ERA MILLESIMA DVCENTESIMA SEPTVAGESIMA
TERTIA, ET EX INDE DOMINA
BERENGARIA CEPIT EAM FABRICARE,
ABBAS EGIDIUS.

Poco pudo ver doña Beatriz de la obra, ya que murió siete años después de comenzada. Y pues la continuó la madre de San Fernando, a doña Berenguela se deberá la casi totalidad de la fábrica que empezara su nuera.

He creído conveniente recordar aquí todos estos datos que, no por vulgarizados, huelgan en unas notas consagradas a analizar el monumento cisterciense, bien poco conocido hasta hoy.

En efecto, las noticias que de él teníamos eran harto confusas e incompletas. García Escobar ⁽²⁾, que ya no vió erigido el templo, habla de él por referencia y lo describe en términos que apenas dejan formar una idea imprecisa de la obra. Sólo es concreto el escritor en ciertas medidas. Todo lo describe en pretérito, como no visto por él. De los sepulcros da referencias inexactas, e inexactos son los dibujos que de ellos se han publicado, trazados de pura fantasía.

Hoy, desescombrada toda el área del templo, podemos ya hablar de su planta y estructura. Únicamente resultan hipotéticas—hasta cierto punto—las cubiertas, y dudosos los ingresos, así como la traza de la capilla mayor, parte que se halla sin explorar aún, cuando escribo estas notas.

(1) «Reinas católicas». t. I, p. 447.

(2) «Semanario Pintoresco español».—1852.

Es el templo de Matallana de tres naves y crucero con cinco capillas absidales. La central, probablemente, semicircular; las laterales abiertas en los brazos de la cruz y ocupando toda la longitud de ellos. Al hemiciclo de la central precede un tramo de presbiterio, de la misma profundidad que las capillas absidales inmediatas. Éstas, las cuatro, se hallan cortadas, en su fondo, por un solo muro, seguido. De modo que la cabecera, en planta, da la sensación de un solo ábside, el central, y así resultaría por el exterior, pues las capillas laterales no resaltan sobre la línea del crucero, en planta. En elevación, seguramente, sí; serían más bajas que la bóveda de éste y que la del ábside central. Son, pues, las capillas absidales de planta rectangular.

Las naves tienen cuatro tramos, con el de crucero, que se hallan separados por grandes pilares de núcleo cruciforme: zócalos esquinados de planta octogonal; sobre ellos, haces de columnas, dos por frente y tres en cada uno de los lados oblicuos; basas áticas de toro inferior chato y derramado, con garras de poco relieve; fustes robustos en las columnas de frentes y finos en las acodilladas. Correspondiendo a estos pilares de separación son los adosados a los muros, y del mismo tipo, con las naturales variantes, propias de su función, los apoyos de arcos triunfales.

Por las capillas laterales corre una imposta, y en los ángulos y muros de esos recintos hay columnas para arranque de nervaduras.

No tenía la iglesia puerta en el imafrente, y sí, probablemente, en el brazo Norte del crucero; en el del Sur también, de entrada al claustro.

Las capillas absidales estaban aisladas: sólo se comunicaban, las laterales, por unas ventanitas treboladas, bajas, sin columnas, y decorado el arquillo por una moldura como un caveto fileteado; y el presbiterio central con la capillita inmediata del Evangelio por un arco ojivo, baquetonado, del que quedan la imposta, de moldura, y los arranques.

Como no sabemos aún cuál era la planta del ábside, no cabe hablar de su cubierta. Las de lo desescombrado, todas, volteaban sobre espacios rectangulares, y salvo acaso en los brazos del crucero, fueron de nervadura, que en las capillas absidales debió tener diagonales y espinazos, pues ya dije que en los muros quedan columnas para el arranque de éstos. En las naves, la crucería pudo ser sencilla, propia del estilo de la or-

den. El crucero se cubrió, tal vez, en el centro con crucería, y en los brazos con cañones apuntados.

Los arcos, todos ojivos, y muchos, doblados, porque los apoyos de los pilares están dispuestos para ello.

Y así los ingresos, con los consabidos resabios románicos, tan propios de la tierra y de lo cisterciense. Desde luego, puertas sencillas, de arquivoltas baquetonadas, acaso numerosas, columnas finas y capiteles sobrios, como manda la orden.

Las impostas que restan son del conocido tipo bernardo.

Entre las piedras derribadas quedan restos de nervios, redondos, con filetes, y algún trozo de capitel y clave; el uno vegetal, simple; la clave exornada con flor central, como una pasionaria, y corona de hojas de cardo.

Sobre el ábside central creo que no debe hoy formularse hipótesis, cuando acaso pronto ha de poder conocerse su planta, que nos dará, por lógico proceso, el alzado y cubierta probables.

Las ruinas subsistentes en la iglesia de Matallana alcanzan la altura de unos dos metros por término medio; todo muy deshecho, descompuesto y roído por la humedad. No en balde ha permanecido enterrado bajo los escombros de las partes altas durante cerca de un siglo.

Debió ser esta iglesia un monumento imponente.

En espera de que aparezcan los cimientos del ábside, no he procurado levantar aún la planta del edificio que, una vez descubierta esa parte, se nos revelará completo en su disposición.

De todos modos puede intentarse sobre él una sucinta crítica.

La planta del templo de Matallana es propia de la arquitectura cisterciense. De los dos tipos, Claraval y Citeaux, se adoptó aquí este último, común en los demás monasterios bernardos de la comarca; es decir, carencia de girola, capillas abiertas directamente sobre el crucero. La cabecera de absidiales en torno a una girola, es lo característico del tipo de Claraval.

Todo lo descubierto corresponde perfectamente a la época que fija la inscripción antes copiada. Lo aparecido es de la transición propia de casi todos los monumentos bernardos españoles; acaso aquí con un *acento* gótico marcado, sobre todo en lo poco que resta decorado. Pero sin que dejen de vislumbrarse ciertos arcaísmos románicos o semirománicos

en basas, molduras, etc. O mejor que semirománicos, cistercienses, pues ello es del estilo de la orden.

Me parece todo un tanto más avanzado que lo de Palazuelos y acaso también que lo de Valbuena de Duero, el primero consagrado—el altar por lo menos—en 1226, y el segundo, aunque fundado a fines del xii, construido probablemente dentro del xiii ya, en gran parte. Y cito estos monasterios bernardos, por hallarse, como el de la Espina, más antiguo también, en esta tierra de Valladolid.

Pero, salva la hermandad de carácter que imponía la orden, no tiene con ellos el de Matallana gran semejanza. Fuera de esta comarca hay que buscar analogías con nuestro templo.

Y analogías bien notables, por cierto, creo hallarlas en un insigne monumento navarro: la iglesia del monasterio de la Oliva. Su planta es idéntica a la del nuestro, si el ábside de éste resulta semicircular. Si no, cabría compararlo, en cierto modo, siempre en planta, con las iglesias de Santas Creus y Santa María de Meira, que tienen el ábside central plano, y asimismo la de Santa María de Huerta, todos cistercienses.

Pero las cito solamente a título de indicación. Creo que el templo de Matallana fué como el de la Oliva, salvo la puerta que éste tiene en el imafrente.

Fundóse la iglesia navarra en 1164 y se terminó en 1198. Es, pues, anterior a la de Matallana. Hago notar la precedencia de aquélla sobre ésta, aunque en monumentos de la orden del Cister poco valor tiene, dado el rigor con que se repiten los tipos consagrados. Pero, en este caso, la gran semejanza de ambos templos hace pensar en probables imitaciones. La grandiosidad del templo de la Oliva había de impresionar a los monjes de monasterios hermanos, moviéndoles—sobre todo si eran de casas ricas como Matallana— a procurarse un tan hermoso lugar de oración como era y es la iglesia navarra. Y no debe olvidarse que nuestro monumento fué edificado por dos reinas.

Regia debió ser su magnificencia; ya lo dice su amplísima planta, de proporciones semejantes a las del templo de la Oliva. Mide éste unos 60 metros del arco total a los pies; 36 de longitud en el crucero y 24 de anchura total de naves, todo aproximadamente.

Si la planta, la disposición de la cabecera, lo que resta de muros, los pilares y columnas, las impostas, las molduras, todo lo de Matallana corresponde al estilo del Cister y a una transi-

ción bastante acentuada en lo ojival, las cubiertas, racional y lógicamente supuestas, así como sus nervaduras, son también propias tanto de la orden como de la época de la construcción. Y además en armonía con lo coetáneo de la comarca o con lo poco anterior.

Es aventurado juzgar la decoración por lo poco que subsiste. Los restos hallados, con hojarasca de cardo y otras representaciones vegetales son de labra fina, menuda y un tanto dura, plenamente gótica.

Si al templo, tal como lo acusa su planta, y con las cubiertas indicadas, se le unía un ábside central, alto, iluminado, daría un conjunto de gran belleza, como lo es la iglesia de la Oliva.

Del monasterio de Matallana no queda nada más que estas ruinas descritas y comentadas. Es cosa extraordinaria que haya desaparecido tan absolutamente la vastísima edificación, seguramente enorme. Tenía la casa, además de las numerosas dependencias propias de un convento bernardo, dos claustros modernos—s. xvi y xviii—de grandes proporciones. No hay rastro de ello. Se reconocen, sí, como de lo antiguo, sillares empleados en el caserío actual de la finca, y un arco apuntado, simple, baquetonado, con impostas, colocado en la puerta de la capillita de hoy, procede de un ingreso o lucillo de la fábrica del xiii.

LOS SEPULCROS

Entre los escombros de la iglesia han aparecido, unos ahora, otro antes, seis sepulcros más o menos completos, y dos destrozados.

Vienen a aumentar el interesantísimo grupo de los castellano-leoneses, análogos y, si no tan profusos como sus hermanos de otros lugares aledaños, tienen positiva importancia.

Todos los enterramientos son de urna aislada rectangular, para descansar sobre leones; con las paredes del sarcófago exornadas por relieves de heráldica o de figuras; tapa tumbal en unos, o sea a dos vertientes, y en otros con estatua acostada.

Junto al oratorio del caserío, bajo un cobertizo, se halla el sepulcro que apareció hace tiempo. Es como he dicho: un sarcófago rectangular que se halla, en sus caras verticales, decorado con una arquería formada por arquillos ojivos sobremon-

tados por otro simulado, de igual traza, éste con crespas y cogollo en el vértice; entre ambos, en el tímpano, un rosetoncillo trebolado, y en las enjutas torrecillas relevadas; cobija cada arco a un angrelado de tres lóbulos, y se asienta sobre columnas cortas, de basa ática, con garras, y capitel vegetal. Bajo cada arquillo, como colgado, un escudo de campo liso y cargado con seis piezas cuadrilobuladas. En un testero el *Agnus* sobremontado por cruz y flanqueado por dos ángeles turiferarios volando; al otro testero, vástagos con flores. La tapa, a doble vertiente, está dividida en espacios regulares, en el sentido de la inclinación. Hacen las separaciones zonas con vástagos serpenteantes, y tallos de hojas y flores simétricas. En cada espacio de la cubierta, repetido, el mismo blasón de las arcaturas.

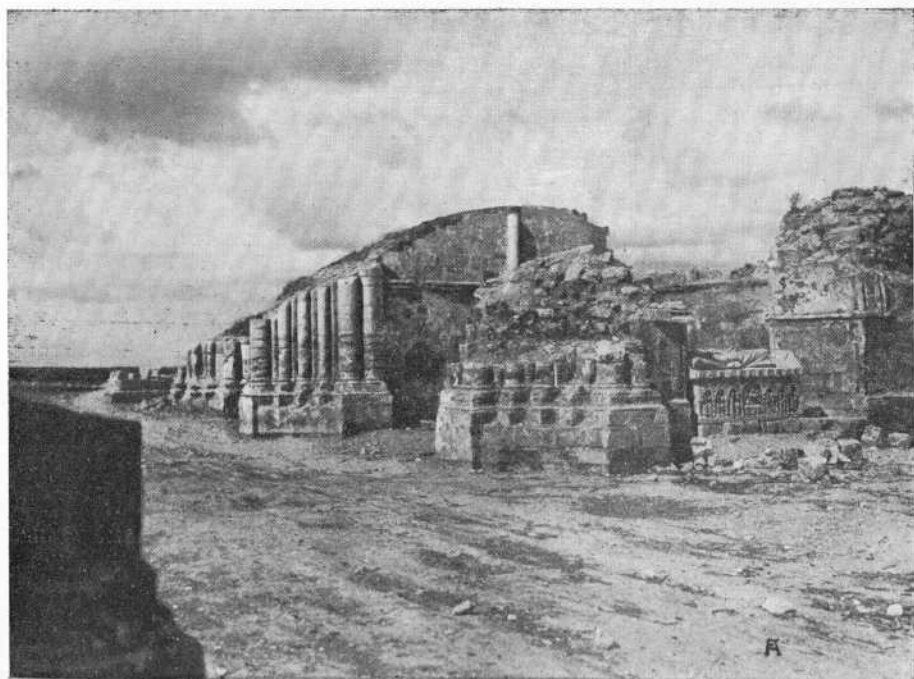
Ya en la iglesia, en el tramo del presbiterio, hay otras cuatro sepulturas, dos bajo el arco que comunicaba a la capilla mayor con la del Evangelio y otras dos enfrente. Las primeras, no mal conservadas, han sido removidas, pues no descansan en los leones que las aislaban, sino directamente sobre el suelo, y se hallan colocadas una junto a la otra como, sin duda, no estuvieron primitivamente.

Son los sarcófagos casi iguales. Tiene uno en el contorno, como siempre, la arquería. Pero el arco central, del frente, es rebajado; los demás ojivos, de doble guarnición, con frondas la alta, rosa en el tímpano y castilletes en las enjutas, como ya vimos. Mas aquí, las arcaturas carecen de angrelado.

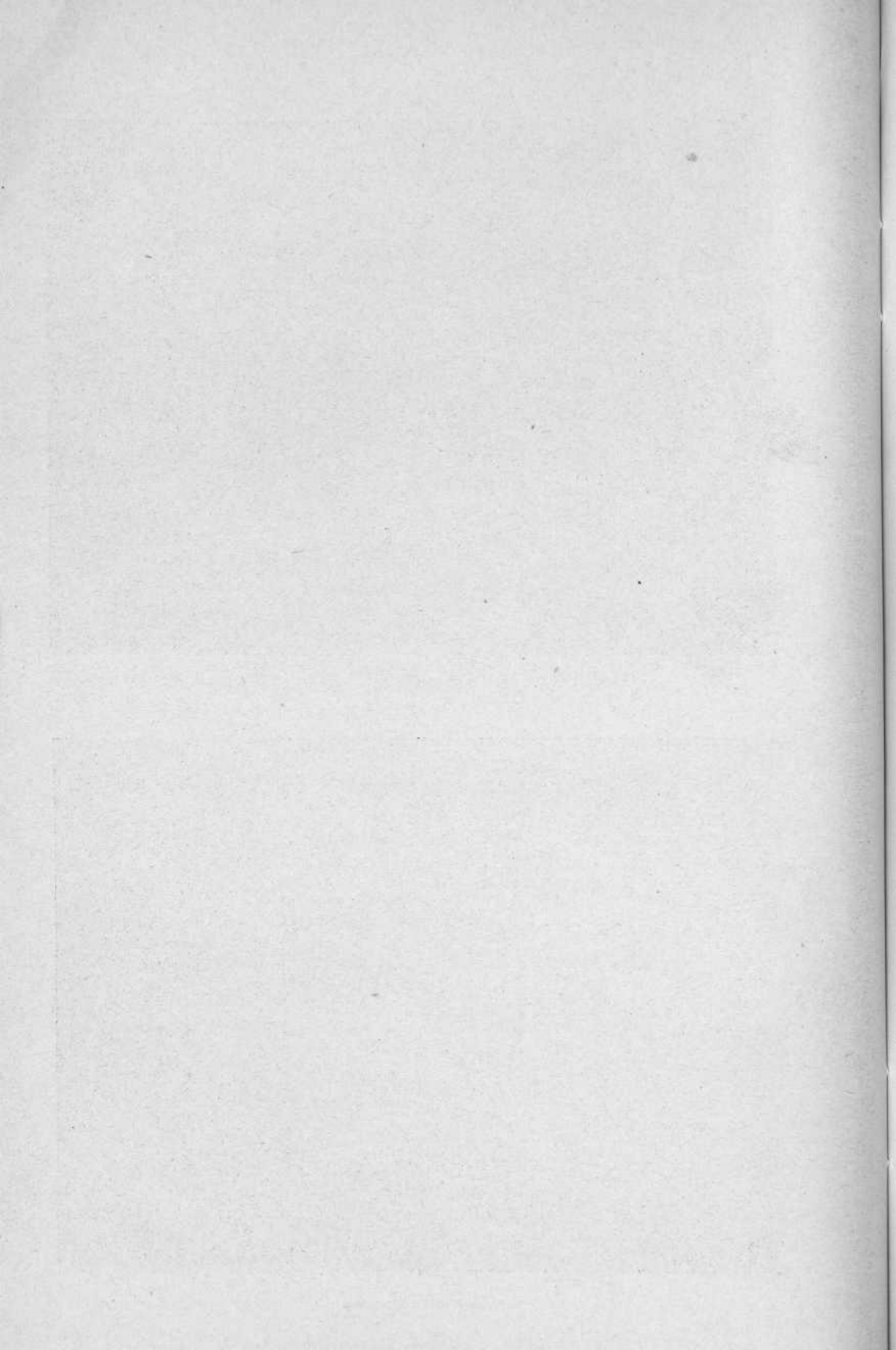
Ese arco central voltea sobre la escena, repetida en el grupo de sepulcros a que aludí, de la absolución al difunto. En el centro, la urna de piedra, contrafigura de la grande, sobre tres leones; el sepulcrito tiene en el frente dos escudos lisos flanqueando a un castillo, las armas del muerto; a la cabecera, en bastante relieve, como todas las figuras, un obispo con capa pluvial, mitra y báculo, da la bendición a la tumba; tras ésta, dos asistentes, con cruz uno y con el caldero del agua bendita el otro, más tres familiares del muerto llorando y mesándose los cabellos; a los pies del sarcófago, un obrero deja caer la pesada tapa que lo cierra, con ayuda de una palanca. Las arcaturas laterales cobijan, cada una, a tres personas, salvo las inmediatas al centro que tienen dos figuras bajo el arquillo: a la derecha la esposa del difunto y un caballero, ambos llorando; la esposa se cubre con manto y se toca con una especie de *hennín*; el caballero lleva capa, es barbudo; bajo el arco inmediato, tres damas; en el que sigue, tres caballeros; ellas

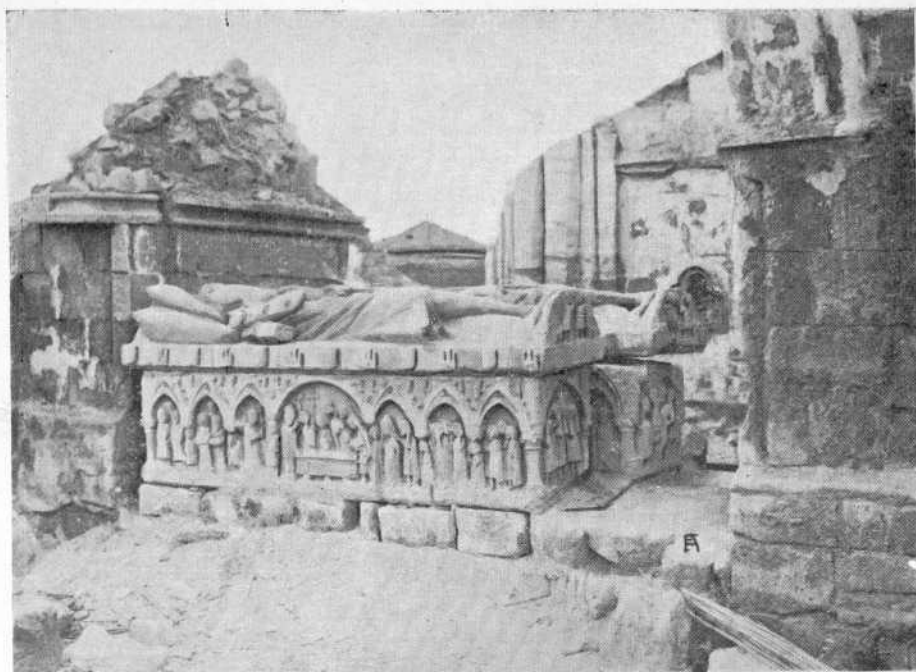


Nave central.

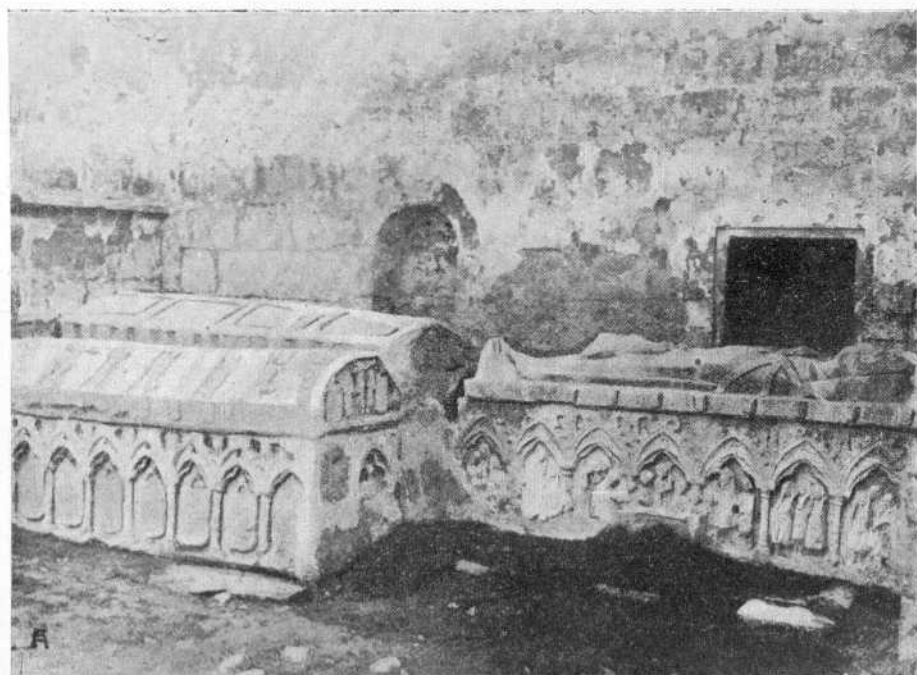


Brazo Norte del crucero.

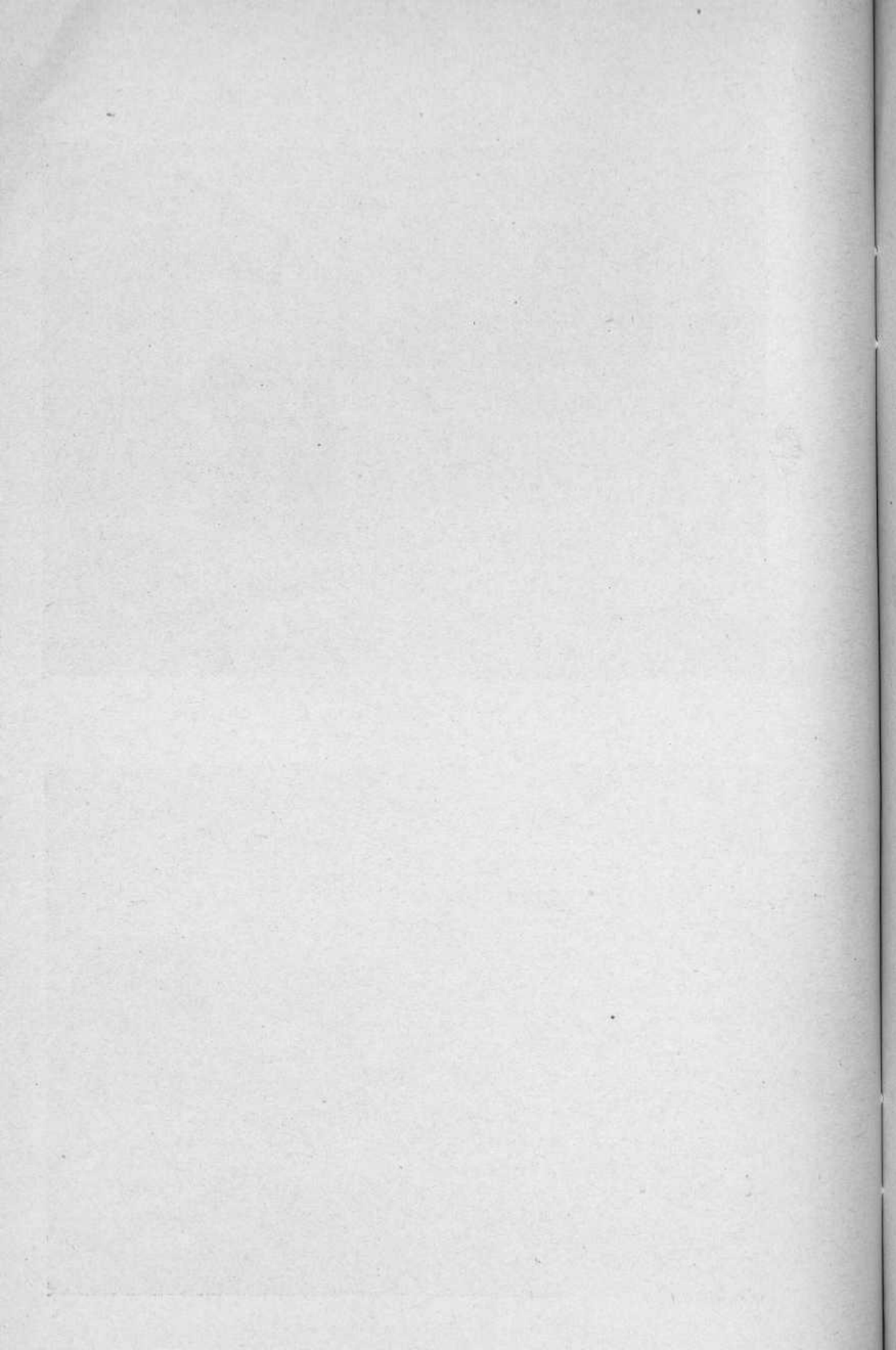




Sepulchros del presbiterio.



Sepulchros agrupados en la nave de la epístola.



destocadas y con manto; ellos con capa. En las arquerías de la izquierda, junto al grupo central, el abad del monasterio, con capa y báculo de su prelación, y otro fraile; bajo los arcos que continúan, monjes en grupos de tres, unos con las manos en las mangas, otros con ellas bajo el escapulario.

En vez de columnas, separando los arcos, hay llorantes y monjes; los arcos acaban, sobre las cabezas, en pellón colgante, exornado. En los ángulos, columnas gruesas de basa ática, de garras, y capitel de hojas con bolas.

Testeros: a la cabecera, los familiares del difunto depositando el cadáver dentro del ataúd, todos llorando; encima, tras la cabeza de la estatua, dos ángeles volantes llevando, arrodillada en el sudario y desnuda, el alma del sepultado, la conocida escena. Al testero de los pies, en la urna, cuatro llorantes, varones al parecer, con túnicas cortas, mesándose el cabello; arriba, en la tapa, tras los pies del bulto, dos pajes (¿monteros?) tocando las trompas de caza; junto a ellos, dos perros.

Sobre la tapa, estatua yacente; la cabeza, bastante hundida, sobre dos almohadones, desgastada la piedra, sin detalles ya, y lo mismo la cara de la figura, que tuvo barba; a ambos lados cuélganle melenas rizadas; todo es preciso casi adivinarlo, por hallarse la piedra descompuesta. Viste la estatua túnica corta, calzas y manto: traje como de corte o capítulo, nada de armadura; las piernas cruzadas. El manto es largo; lo recoge la figura con la mano derecha hacia las rodillas, y con la izquierda agarra el cabo libre de una cinta que pasa por un ojal abierto en el borde izquierdo del manto y que luego se divide en otras tres cintas con fleco, reposando sobre el hombro del mismo lado. Calza espuelas la estatua.

El sepulcro inmediato es análogo, salvo que, en el testero bajo, el relieve representa el caballo del muerto, ensillado, embridado y con paramentos, conducido por pajes llorando; también varían algunas figuritas de las arcaturas, en este sarcófago; los caballeros son muy barbudos. Los blasones son idénticos a los del anterior.

Conservan ambos sepulcros restos de policromía, imitando en los bordes de las almohadas ciertas labores que en otros ejemplares están relevados.

A los pies de la nave de la Epístola hay, como amontonados, otros tres sepulcros, uno de ellos parecido al primero que describí: arquillos iguales a aquéllos, con castilletes en las enjutas y que cobijan escudos colgados de cintas como broque-

les, con seis roeles sobre campo liso; las columnitas son de basas áticas con garras sobre plinto estriado horizontalmente; fustes cortos y capiteles de hojas con bolas bajo las puntas. Al festero visible, un Calvario, de cruz baja, muy destrozado, entre dos blasones lisos y dos flores de lis a los extremos. La tapa es de tres *paños*; en el alto, horizontal, zona de vástagos serpeantes, y otras en los inclinados separando compartimientos ocupados por blasones de roeles, como en la arcatura. En el borde de la tapa, escuditos lisos.

Tras éste hay otro sarcófago casi oculto, de tapa a dos vertientes, pero sin decoración.

Y el restante del grupo es análogo a los del presbiterio ya descritos; las arcaturas son iguales, pero con angrelados trebolados, y todas ojivas, incluso la del centro del frente. Aquí, en la escena principal, la absolución, figura el abad en lugar del obispo; lleva báculo y le acompañan dos asistentes; el obispo está en el arquillo inmediato, a la derecha del que mira, con capa pluvial sujeta por broche, báculo y mitra; el asistente que está junto al obispo tiene también capa pluvial. Y siguen, en grupos de tres, bajo las arquerías inmediatas, caballeros y servidores llorando y arrancándose el pelo; visten túnicas, sin manto, y son imberbes. A la izquierda, la esposa del difunto y las damas, también tres bajo cada arco. La separación se hace aquí por columnas de tipo algo más fino que las vistas; sólo hay cariátides en el arco central; parecen monjes. La estatua se halla destrozada, pero es idéntica a las de los sepulcros del presbiterio, en actitud y vestidura. Al borde de la cubierta, blasones lisos.

Los relieves de la urna parecen de otra mano que la que tallara los de las otras. Todo desgastado y embotado.

Como dije, en el presbiterio, a la Epístola, quedan restos de otros dos enterramientos. Están convertidos en fragmentos: las estatuas mutiladas, en varios pedazos, en el suelo. Pero bien se aprecia que eran sepulcros iguales a los fronteros bien conservados. De una de las estatuas, rotas, quedan trozos grandes; era igual a las otras, en colocación, indumentaria y jabra. Los bultos yacentes parecen todos de la misma mano, o de mano bien poco distinta.

El interés de estos enterramientos se halla en su concurrencia a aumentar el grupo, copioso y notable, que se ha ido formando, de obras análogas, todas en nuestra comarca castellano-leonesa.

No creo que, para buscar el precedente español de estos sepulcros, haya de recurrirse al de doña Blanca de Navarra († 1158), conservado en la cripta del monasterio de Nájera. Pudiera tener interés, como antecedente, la serie de llorantes que decora el frente del sarcófago.

Entre los del claustro de Santas Creus, muchos arcaicos, hay uno del siglo XII, con columnas típicas en las arquerías, y escudos con roeles.

Más cerca se halla, por la época, el magnífico enterramiento, sobre leones, de doña Berenguela (mediados del siglo XIII), conservado en las Huelgas de Burgos. Créesele obra de un español discípulo de alguno de los maestros franceses que trabajaba en la catedral.

Ni el de Santas Creus, ni el de Burgos, pienso yo que tienen relación con el grupo que nos interesa. Tienen, naturalmente, cierta relación de parentesco todos los de tipo análogo, por ello, por obedecer a semejantes influencias y por proceder, acaso, de una fuente común.

De buscar prelación dentro del grupo castellano-leonés mencionado, podría pensarse, entre los ejemplares conocidos, en uno de los sepulcros de Palazuelos el Viejo ⁽¹⁾, para el primer lugar. Es el sarcófago que se halla en el presbiterio, a la Epístola. Créolo de mediados del siglo XIII, y ya tiene todo el tipo de los que le siguieron. Carece de estatua yacente. En la tapa, tumbal, hay vástagos ondulantes de carácter románico, de excelente dibujo y buena labra, blasón y cruz.

En la urna, arquerías de medio punto, apoyos semirománicos y figuritas muy expresivas finamente talladas. Conserva restos de leyenda en el borde de la tapa. Otro sepulcro, también de Palazuelos, algo más avanzado, pero del XIII, presenta cierta variante en la estatua yacente, que tiene la cabeza bajo un arco trebolado y torreado; lo creo algo anterior a los otros cinco, de Palazuelos igualmente, ya todos de la misma época y contemporáneos de los de Matallana.

Hay que unir a todos, los de Villalcázar de Sirga ⁽²⁾; los de Aguilar de Campóo ⁽³⁾, uno de ellos, el de Munio Díaz de Castañeda, fechado en 1293 y firmado por Antón Pérez de

(1) Junto a Aguilarejo (Valladolid).

(2) Alguno fechado, el de Pedro Díaz de Castañeda, en 1301.

(3) Eran siete. Dos se hallan en el Museo arqueológico de Madrid. El de Munio, continúa en Santa María la Real de Aguilar.

Carrión; otros desaparecidos, entre ellos el de Carrión, firmado por «don Pedro el pintor», y el de las Bernardas, de Benavides, con la signatura de Roy Martínez Bureba, 1294; y otros más, como uno del museo de León...

Bien se ve que el grupo es ya importantísimo, y que se reparte por lugares de León, Palencia y Valladolid.

Todos, salvo quizá los dos primeros de Palazuelos, son de fines del siglo XIII⁽¹⁾ o de principios del XIV, de tipo francés y con ciertos arcaísmos (como los muestran los templos donde se hallan), pero de arquitectura y escultura gótica, en general; bien tosca ésta, casi siempre. El más antiguo del grupo—ese es mi parecer—, el del presbiterio de Palazuelos, tiene escultura más cuidada y fina.

Lo vegetal, vástagos y ramos ondulantes, flores y hojas de las tapas que no tienen estatua, es de carácter románico, arcaico, naturalmente.

La comitiva del duelo, la absolución, se hallan ya en tumbas francesas del siglo XII, y en España se hace común durante el XIII, unas veces tras el bulto yacente, en el muro de un lucillo, y otras en torno al sarcófago, como en el grupo que comento.

Y cercanamente francés es también el motivo del alma llevada al cielo por ángeles volando y teniendo el sudario, sobre el que se arrodilla desnuda. Se piensa que haya sido importada en España esa representación por ciertos relicarios esmaltados, de Limoges. Se halla, a comienzos del XIII, en el soberbio sepulcro de la Magdalena de Zamora.

De los de Matallana y sus análogos, cabe comentar algunos particulares, como la circunstancia de que siempre figuran en el entierro un obispo y el abad de la casa, aquél con asistentes y éste con sus monjes, unas veces revestido de capa pluvial—Palazuelos—y otras con sólo el hábito, pero siempre en autoridad, empuñando el báculo. También es notable el grupo que forman los pajes y escuderos, doloridos, llevando el caballo de guerra del señor; suele ser constante esta escena, y siempre en los testeros. Interesantísimo, el obrero—más pequeño que monjes y señores—que deja caer la tapa del sepulcro, ayudándose de una palanca. En uno de los sepulcros de Palazuelos, son dos los que realizan esta operación.

Las escenas de los testeros suelen variar. En unos sepulcros

(1) Incluso, acaso, los de los Infantes don Felipe y doña Leonor en Villalirga,

se ve la colocación del cuerpo dentro de la tumba y arriba la ascensión del alma; en otros el Calvario, Sobre éste, en Palazuelos, y tras la cabeza de la estatua, se representa la coronación de la Virgen. Y así en algún enterramiento de Aguilar de Campóo y en otro de Villasirga.

En los de Matallana se hace notar el grupo de los monteros con trompas y perros, al reverso de los pies de las estatuas.

Varía también el número de figuras que hay bajo cada arco. En Palazuelos, a veces, dos; a veces, tres. En Matallana varían también; en Villasirga, los grupos son de cuatro figuras.

Los castillos y torres que aparecen en las enjutas de las arquerías, son también de abolengo francés, del XII y del XIII, cosa muy común en la escultura de la Isla de Francia. Tiene esa decoración el baldaquino del sepulcro de la Magdalena, de Zamora, y todos los del grupo de que hablo. En Palazuelos, como dije, una estatua yacente guarece la cabeza bajo un arco trebolado con esa decoración torreada; ello es muy semejante a un relieve del transepto Norte de la catedral de Reims.

Es muy interesante la actitud de las estatuas yacentes en estos sepulcros comarcanos. Casi todas—habrá alguna excepción, pero será rarísima—cruzan las piernas.

Dice Bertaux ⁽¹⁾ a propósito de esto: «es una convención particularmente absurda para una estatua yacente, que aquí debe explicarse por la larga persistencia de las convenciones del arte tolosano, que aún aceptaba el maestro del pórtico de Compostela»...

No puede persuadir la observación del gran arqueólogo francés.

Aparte de que el pórtico de la Gloria es de la segunda mitad del siglo XII y los sepulcros comentados pertenecen a fines del XIII o principios del XIV, y que la persistencia sería en este caso bien extraordinaria, creo no tienen las esculturas tolosano-gallegas con los tumbales leoneses ninguna relación.

Estatuas varoniles yacentes en sepulcros ingleses, contemporáneos de estos españoles, tienen, como estos caballeros, las piernas cruzadas. En Inglaterra son numerosos los ejemplos, como lo son aquí. Citaré la tumba supuesta de Roberto, Duque de Normandía, en Gloucester: la pierna derecha de la

(1) «Hist. de l'Art» de Michel t. II. pág. 292.

estatua descansa sobre la izquierda, como en los bultos de nuestros sepulcros (1).

Siempre son nobles, caballeros, y altos caballeros por cierto, los representados así; y que fué común tal representación pruébalo el que llegó a tener interpretación popular; se creyó que esa actitud era privilegio de los *cruzados* en una orden militar, algó como un símbolo del cruzamiento. Pero Enlart (2), que anota esto, explica esa postura; dice: «...se sabe, por el contrario, que el cruzamiento de las piernas es una actitud señorial. Los personajes investidos de autoridad... cruzan las piernas en la iconografía de la Edad Media». Y añade que todavía en el siglo xvii tratados de urbanidad hay que recomiendan a los niños y a los inferiores no cometan la impertinencia de adoptar esa postura reservada a las personas de calidad.

Estos caballeros de nuestros sepulcros cogen con la mano izquierda el *fiador* del manto, manto que me parece de orden militar. En Matallana, como en Aguilar de Campóo, ese accesorio es aplastado como cinta o correa que después de pasar por el ojal de la capa se parte en otros tres colgantes; en Palazuelos es de cordón, que cuelga, luego de afianzar el manto, en dos cordones con borlas.

En todos los casos, el fiador sujeta sólo el borde izquierdo del manto, y el cabo suelto es lo que coge la mano izquierda, sobre el pecho.

Otros cabalteros, en Aguilar y Villasirga, tienen halcón en la mano.

Los escuditos que decoran los bordes de las tapas, son en Matallana—sepulcros de figuras—de campo liso, alternados con castilletes. El blasón—campo de oro liso—es de los Meneses. Iguales armas hay en las tumbas de Palazuelos. Ya se sabe que los Meneses fueron también fundadores de este monasterio. Los roeles y las piezas cuadrifolias de Matallana no sé a quién puedan pertenecer.

No me atrevo a opinar sobre la policromía que se rastrea en los sepulcros de Matallana, pero me parece cosa posterior y bárbara.

Carecen de inscripción estós enterramientos. En Palazuelos las tienen, el que creo más antiguo y otro de la época de los de Matallana.

(1) En la iglesia del Temple, en Londres, se repite insistentemente esa colocación de las estatuas yacentes de templarios.

(2) Obra cit. T. II, págs. 209 y 210.

Si fuera a esbozarse una cronología de éstos, podía suponerse como más antiguos los dos que tienen tapa blasonada, sin estatua y que carecen de figuras en la urna, por los vástagos vegetales, por las columnas, por la forma de la tapa, todo ello arcaico; seguirían luego los restantes del presbiterio y ocuparía el lugar más moderno el de figuras de la nave de la Epístola.

Pero creo que no cabe hacer estas distinciones. Tengo a todos los sepulcros de Matallana por contemporáneos, con la natural diferencia de años entre unas y otras obras. Pero todas de fines del XIII y principios del XIV.

Sospecho que unos mismos artistas labraron los sepulcros de Palazuelos el Viejo y los de Matallana, salvo uno de aquel convento, el que creo de mediados del XIII y acaso otro del mismo lugar, cuya estatua yacente se diferencia de todas las restantes.

Que los mismos escultores labrasen los sepulcros de los Meneses en ambos monasterios, lo hallo natural, pues se trataba de una sola familia de caballeros. No obstante, se nota—creo yo—más fineza en la labra de los Palazuelos, mejor *mano* y más riqueza y profusión en el exorno. Contribuye algo—no en todo—a esta inferioridad en lo de Matallana la calidad de la piedra y el efecto producido en ella por la humedad y los agentes atmosféricos. Está en mucha parte gastada la superficie de las tallas. Pero de todas suertes, lo de Palazuelos, algo por lo menos, me parece más rico y mejor, y no sólo las arquerías y las figuras de ellas, sino también las estatuas yacentes.

Puede pensarse que todos los sepulcros son obras de taller; su absoluta semejanza, su persistencia en toda clase de escenas y detalles, la constante repetición de disposición y de actitudes ayuda a sospecharlo.

Y creo yo no sería aventurado atribuir la paternidad de los mejores enterramientos de Palazuelos y de Matallana a Antón Pérez de Carrión, ó, al menos, la dirección de los trabajos.

De esa escuela son todos, sin duda alguna.

El grupo, pues, es importantísimo

Originado, en mediados del siglo XIII, dura hasta principios del XIV; creo que de más acá del primer cuarto de ese siglo, no se han hallado en la comarca ejemplares análogos. Parece que no continuó el arte de los tres maestros mencionados. Claro está que me refiero a sepulcros que guarden con los del grupo una semejanza tan estrecha como éstos acusan entre sí.

De todos modos, es tema que se presta a más estudio y da lugar a investigaciones interesantes.

Podría formarse una monografía minuciosa analizando los ejemplares todos, comarcanos, para llegar a conclusiones precisas (1).

* * *

Aquí acaban estas notas, pero forzoso será que tengan un apéndice el día en que nuevos descubrimientos—sobre todo el del ábside central—justifiquen alguna página más sobre el gran monumento de Matallana.

FRANCISCO ANTÓN

Valladolid, Junio, 1918.

UN CÓDICE ANTERIOR AL SIGLO VIII

HOMILIÆ SANCTI GREGORII

CÓDICE EN LETRA UNCIAL

DE LA CATEDRAL DE BARCELONA

(Conclusión)

Se ha dicho anteriormente, que el cuerpo del código está en letra uncial. De esta clase de escritura tenemos monumentos desde fines del siglo III o principios del IV. Dicha letra sufre un resurgimiento en la época carolingia y cede por fin ante la letra minúscula, mas el tránsito de una forma a la otra no se realizó bruscamente, sino que nos encontramos en presencia de manuscritos con letra uncial, visigoda, merovingia, etc., muchas veces mezcladas y pertenecientes a unos mismos tiempos.

En el período carolingio, apreciamos claramente un resurgimiento de la letra uncial recobrando su primitiva elegancia clásica, pues anteriormente se había bastardeado con formas menos puras, y se usa ella sola en los manuscritos de lujo, por ser precisamente una clase de letra cuyo trazado se prestaba poco a la economía de tiempo.

Además, como forma arcaica y bella, la letra uncial se con-

(1) Ya en máquina este número, publica en *La Esfera* del 1.º de Junio, el señor Sentenach, un interesantísimo trabajo titulado: «Escofiones y Caramiellos», y en él se ocupa de esta prenda indumentaria que ostentan algunas damas españolas en la iconografía de los siglos XIII y XIV.

Y como en uno de los sepulcros de Matallana aparece una señora tocada con ese accesorio, he creído necesario consignar aquí la aparición del trabajo del señor Sentenach, que estudia y rehabilita el nombre castellano del tocado que se llama escofión.

servó a menudo con carácter decorativo, en el encabezamiento de los libros y capítulos, hasta época más adelantada.

Los varios tipos de letra que se usaron, especialmente en los siglos VII y VIII, aparecen unidos muchas veces en un mismo códice, y junto a ellos existen otras formas menos correctas, o más cursivas, empleadas en las notas marginales, interlineados y correcciones.

Desde luego, en nuestro códice se echa de ver, que la letra uncial en él usada ostenta un carácter caligráfico que no tiene en muchos de los códices usuales del mismo tipo de letra. Además, en los títulos, se usa letra mayúscula, recuerdo, en su mayor parte, de la capital romana, que contribuye al efecto decorativo.

Al parecer, este manuscrito no está destinado al uso diario y corriente, pues la elegancia y corrección de su escritura, el gran tamaño de los caracteres y su original decoración, demuestran lo contrario.

El amanuense, al escribirlo, se propuso hacer un hermoso trabajo caligráfico, desentendiéndose del factor tiempo, sacrificando, a la elegancia de la letra, la conveniencia de la celeridad; y como confirmación de ello, se aprecia en los últimos folios del códice, especialmente desde el 318, un cambio en la escritura, que atenuada su primitiva corrección aparece más pequeña y apretada, lo cual nos indica que sólo desde entonces se preocupó de ganar tiempo y ahorrar pergamino. Faltan, además, letras capitales allí donde debiera haberlas (folios 318 y 320), y se sustituye la mayúscula titular por mayúscula inicial (folios 320 y 324), y en algunos casos por una uncial simplemente (folios 272 y 273).

En el trazado, aparte de la menor corrección a que se ha hecho referencia, presenta dos variedades bien distintas por la finura y delicadeza del trazado y por su ornamentación, una de ellas, con sus trazos principales más finos y correctos que la otra, es probable que sea debida a distinta mano o ejecutada por diferente instrumento escriturario que la otra, pero no hay diferencia entre las dos en cuanto a la forma de la letra, como puede verse si se compara el folio 28 con el 273.

Hay en el tipo uncial algunos rasgos característicos, cuya variación en las distintas épocas proporciona una base para determinar la fecha de los manuscritos no datados. Las letras más sujetas a estos cambios gráficos son: *a*, *g*, *m*, *t*, *x*, *y*.

En nuestro códice, la *a* presenta un tipo avanzado, que se

caracteriza por la inflexión curva de los perfiles que forman la panza.

La *g*, cuyo ápice superior se abre generalmente en flor, se une por su parte inferior con el trazo suyo peculiar que le distingue de la *c*, prolongándose verticalmente, por debajo de la caja del renglón, para terminar encorvado graciosamente hacia su izquierda.

El primer arco de la *m* está frecuentemente cerrado. El trazo central es recto, y algunas, muy pocas veces, el segundo arco, en vez de apoyarse en dicho trazo, forma un perfil que desciende verticalmente, paralelo y muy próximo al principal.

A diferencia de otros numerosos manuscritos, en que el travesaño de la *t* presenta su ápice izquierdo sencillo o terminado en punto, y el derecho con una pequeña curvatura, la *t* en las «Homiliæ Sancti Gregorii» tiene el tilde horizontal terminado en dos cuernecillos, y en algunos casos se aprecian ejemplos de transición representados por su cuernecillo o punto del ápice izquierdo y remate de flor en el derecho.

La *x*, cuyo trazo grueso es ligeramente curvo en sus extremos, presenta el ápice inferior del perfil encorvado hacia dentro, por debajo de la caja del renglón y terminado generalmente en flor, mientras que el superior puede rematar en flor, punto, o en una ligera curvatura.

La *y* presenta la particularidad de que no deja de tener nunca un punto entre los brazos de la horquilla, que se prolonga verticalmente en un solo perfil, para terminar ligeramente encorvado hacia la izquierda.

Además de estas particularidades, debemos fijarnos en otras, que no por menos importantes dejan de ser curiosas.

La línea curva de la *b* se une al extremo superior del trazo grueso mediante un tilde horizontal (tipo avanzado), según Silvestre; en otros casos, recordando forma más antigua, arranca directamente del principal y sin quebrar la línea, adopta desde su origen la forma curva que determina la panza superior; sin cerrar la superficie, y desciende para formar la panza inferior, más grande que aquélla, al juntarse con el trazo principal.

La *c* tiene regularmente terminado en flor su ápice superior, y el inferior casi siempre termina en perfil.

La *d* está formada por un trazo curvo, generalmente cerrado, con uno de sus extremos libre, o bien por dos líneas curvas unidas, una de las cuales termina por en

cima de la panza, con tendencia a aproximarse al cuerpo de la letra.

Los dos perfiles horizontales de la *f* son iguales, paralelos y ambos terminados en flor, y de ellos el inferior está siempre situado justamente en la segunda línea de la pauta.

La panza de las letras *p* y *q* ocupan todo el espacio comprendido entre las líneas de la caja del renglón; y sólo excepcionalmente dejan de cerrar superficie.

La panza de la *r* es proporcionada con el resto de la letra.

La *n* presenta sin variar el tipo corriente uncial, salvo alguna vez, que su ápice primero presenta una ligera curvatura hacia la izquierda por debajo de la línea inferior de la pauta.

El perfil horizontal de la *l* termina en un cuernecillo, y el ápice superior de la *s*, casi siempre en flor.

El ápice superior de la *z* se continúa en trazo por encima de la pauta, y el inferior termina en perfil curvo.

Las letras *h*, *i*, *u*, *o*, *s*, no presentan ninguna especialidad, lo mismo que la *k*, cuyo uso es muy escaso.

La decoración, si bien es muy modesta por sus temas, pues se reduce al adorno de los ápices y a cortar los trazos principales en bisel o por medio de un perfil horizontal, indica un avance dentro del primitivo tipo uncial, sencillo y severo.

En cuanto las mayúsculas, pocas son las que por su forma difieren de la uncial, y aun aquéllas dependen en muchos casos de la distinta procedencia de la letra. El tipo usual, presenta manifiesta afinidad con el tipo uncial, aunque algunas letras acusan su origen inmediato de la capital.

La *o* muestra las dos procedencias. La *u*, que ordinariamente procede del tipo uncial, en un solo y único caso recuerda su origen capital.

La *M* tiene formas gráficas que denotan las dos procedencias, especialmente en el folio 294 recto, en donde aparecen juntas. Hay un tipo de *M*, constituido por un doble trazo central a modo de columnita, sobre el cual se apean los dos trazos curvos. Este ejemplar, del folio 236, único en el códice, presenta la particularidad de estar coloreado con ocre amarillo y tener decoración trenzada.

La ornamentación de las mayúsculas, es muy variada y caprichosa y, debido a ello, hay letras que presentan aspectos gráficos distintos. La decoración se basa siempre en las distintas combinaciones que resultan del desarrollo de los perfiles, y en el uso de los mismos elementos que hemos visto emplea-

dos en la uncial corriente. La *Q*, ofrece un tipo curioso, debido al desarrollo en espiral de uno o de los dos perfiles terminales. La *G*, nos da una serie de variantes muy notables. La *O* tiene a menudo una línea serpeante en el centro de la panza, La *D* tiene en la panza una hojita acorazonada, pendiente de uno de sus trazos.

En donde llega a su mayor grado el desenvolvimiento del trazo decorativo es en la letra *G*, en los folios 171 y 324, que son muy notables.

La mayúscula titular presenta forma regular y constante, formada por dos líneas, que determinan el trazo recto, y por una sola en el perfil, encontrándose en este tipo letras procedentes del alfabeto uncial, y también del capital cuadrado.

El elemento variable lo constituye la decoración que, sobre ser notable, no se caracteriza por aquellos retorcimientos de líneas que encontramos muy a menudo en manuscritos de la misma época o próxima a la de las «Homiliæ Sancti Gregorii».

Son muy pocas las letras que aparecen con dos formas. Sólo la *Q*, la *A* y la *E*, pues las demás, si bien ofrecen aspectos gráficos distintos, es debido a la variedad de la decoración y no a otra causa.

La *A* es la que más variantes ofrece, en cuanto a los trazos esenciales; la *N* en un solo caso presenta serpeante su trazo central.

En lo que se refiere a la ornamentación de las letras, es entre las dos líneas que forman el trazo grueso, en donde propiamente se desenvuelve y que muy sencilla, en unos casos, va desarrollándose paulatinamente, según un plan preconcebido, que acredita las buenas condiciones para el dibujo decorativo de quien hizo este trabajo.

El caso más sencillo consiste en dejar sin adornar el espacio comprendido entre las líneas del trazo grueso. Avanzando un poco más, intercala entre ellas una nueva línea, en el mismo sentido que aquéllas, formando de esta manera dos espacios, separados entre sí por la línea intercalada (folio 81). Adórnase luego el espacio intermedio con pequeñas comas (folio 102), con circulitos (folios 52, 69, 120, 130, 131), y con hojas acorazonadas (folio 101).

Hasta aquí la combinación decorativa se realiza mediante un solo color; pero, en otros casos, alterna el color natural del pergamino con el ocre y el negro. La primera combinación de esta clase, la da el uso de letras de color negro, alternando de

palabra a palabra con otras de color blanco (folio 208), letras en negro con circulitos blancos intercalados (folio 209); línea serpeante que divide el campo en dos partes, según su longitud, una negra y otra blanca (folio 28), y combinación de negro y blanco en una misma letra, separados ambos colores por medio de líneas transversales (folio 160).

El procedimiento más avanzado lo caracteriza el uso del trenzado en la decoración. Como en los casos anteriores, alternan los colores, pero en diferente forma, se usa trenzado alternando color blanco y negro (folios 22 y 119), ocre y blanco (folios 145, 192 y 228), ocre y negro (folio 9), y por último, todos estos colores combinados (folio 27).

Visto ya todo lo referente al tipo de letra del texto de las «Homiliæ Sancti Gregorii», es preciso tener en cuenta el carácter gráfico de las correcciones y notas interlineadas y marginales.

Las correcciones son muy escasas, y se resuelven siempre tachando lo equivocado e interlineando la rectificación. A lo sumo, se reduce siempre a una o a dos palabras, pues la mayor parte de las veces sólo son letras que por olvido del amanuense faltan en el texto. El tipo de letra es minúsculo en la mayoría de las correcciones, y dado el aspecto brillante de la tinta, parece ser que dichas notas están hechas en el mismo escriptorium que el texto y en un tiempo inmediatamente próximo.

No se puede aventurar lo mismo con respecto a ciertas notas marginales, encaminadas a suplir faltas del texto que sólo han podido comprobarse merced al cotejo con otro manuscrito. En junto son tres: una de ellas (folio 54) va escrita en letra curial; las otras dos (folios 37 y 58), por el tipo de la *e* y de la *s*, presentan analogía con la letra visigoda española, pero en cambio la *g*, de procedencia semiuncial, y el enlace de la *t* con las vocales, manifiesta una influencia italiana.

Así como los más antiguos manuscritos en letra uncial son escasos en abreviaturas, en nuestro códice son bastante abundantes, sirviéndose para ello de todos los sistemas conocidos de abreviar. La *e caudata*, representando el diptongo *æ* que se usó ya en el siglo vi, según puede verse en los «Comentarios de San Jerónimo a los libros del Eclesiastés» de la Bib. de la Universidad de Wurtzburg, aparece en las «Homiliæ Sancti Gregorii», aunque no se emplea tanto como el enlace de la *a* con la *e* por medio de un trazo común. Las abreviaturas que más merecen atención son las formas de plural por sigla, mediante

duplicación de la primera letra de la palabra. Las abreviaciones en esta forma no son muy antiguas.

Los escasos restos que, a través de las invasiones medievales, han llegado hasta nosotros, atestiguan que los romanos conocieron y practicaron el arte de decorar sus libros con pinturas y dibujos. Después, el trastorno ocasionado cuando los bárbaros consolidaron su dominación en los países latinos, produjo casi por completo la desaparición de todo elemento artístico en los manuscritos, pero, muy pronto, bajo el influjo de la tradición clásica, no perdida por completo, aunque sí relajada considerablemente, vemos surgir un nuevo arte sobre los restos del antiguo; la miniatura renace y se desenvuelve y lo mismo la caligrafía, merced al desarrollo que alcanza la letra capital.

El origen del nuevo arte se marca bajo la dinastía merovingia de Francia, en el siglo vi de nuestra era. En un principio el tipo de escritura es uno mismo siempre, y la letra inicial apenas se distingue de las otras; poco a poco aquélla sobresale de la línea, aumentando en tamaño, y aunque no lleva decoración alguna, varía de color, generalmente rojo, para distinguirla de las demás letras de la palabra.

Cuando esta costumbre de decorar con algún rasgo de adorno o de darla color se hace de una manera constante y regular al principio de los capítulos o divisiones principales de un libro, entonces nace la letra capital.

Ya hemos tenido ocasión de apreciarlo así en las mayúsculas titulares de las «Homiliæ Sancti Gregorii». Las letras capitales adoptan una línea doble, para indicar el trazo principal, empezándose desde entonces, y por lógica consecuencia, a decorar el espacio comprendido entre dichas líneas mediante series variadísimas de puntos, hojas, trenzados, etc.

La coloración roja al principio, y menos frecuentemente verde, se hace ya en combinación con el ocre y el negro, como antecedente al uso de los demás colores, del oro y de la plata.

Alternando luego los elementos puramente geométricos con los vegetales y con los animales, llega un tiempo en que el impulso ejercido por la corte de Carlomagno marca verdaderamente un punto de partida para el verdadero desarrollo de la miniatura medieval.

Los elementos que entran en la composición decorativa de las letras capitales de las «Homiliæ Sancti Gregorii» son geométricos, vegetales y animales. Los colores son; el rojo en

solos dos casos, el negro y el ocre, todos combinados sabiamente formando un conjunto armónico y agradable.

Las letras adornadas son todas las capitales referentes a las homilias, treinta y siete actualmente, sin contar las que no se conservan por rotura o falta de hojas, y todas ellas presentan una ornamentación, en la cual, aunque se usen idénticos elementos, no hay repetición por la forma en que están dispuestos.

La decoración animal, aparte de su unión con elementos vegetales y geométricos, nunca se combina sino con elementos de su misma especie, repitiéndose una o más veces para formar el conjunto decorativo.

El pavo real y el pez son los únicos temas de esta clase en las «Homiliæ Sancti Gregorii» que, ya completos, ya fragmentariamente, forman los trazos principales o accesorios de las letras *A*, *C*, *H*, *Q*, *S* y *T*. En las demás letras, especialmente en la *I*, cesan, para dar lugar a la decoración geométrica en sus numerosas variaciones.

Estos motivos zoomorfos, es posible que ofrezcan un significado místico, pues dichos animales, el pavo real y el pez, son símbolos usados desde los primeros tiempos del Cristianismo, perpetuados por tradición y que convienen al carácter religioso del manuscrito a que nos referimos.

Formando el apéndice de la *Q* aparece el pavo real en el folio 131 verso. La *Q*, en este caso, está formada por dos cintas que limitan un espacio circular, decorado alternativamente con circulitos y líneas en zig-zag. Los colores empleados son el negro y un ligero tinte de ocre. En el centro del círculo hay otro pequeño que encierra el centro geométrico de la figura y el pavo real está suspendido por las patas y por el pico, del que pende a su vez una hoja acorazonada.

Ejemplar hermoso constituye el pavo real que casi por completo forma la ornamentación de otra *H* en el folio 209 recto, pues abarca en toda su longitud el trazo principal, y ayudan a formar el conjunto decorativo cuatro hojas acorazonadas, una de las cuales pende del pico, completando el conjunto circulitos y otros elementos curvilíneos, todo ello en ocre y negro.

Hay una *S* muy notable en el folio 229 verso. Los dos pavos reales, inscritos en círculos, están bastante estilizados y, en vez de unirse para formar la letra, sus colas se prolongan según la circunferencia que les sirve de pauta, determinando un

espacio que se decora con elementos curvilíneos y trenzado. Este espacio está cortado a su vez por dos arcos de círculo, de tal manera que el todo forma una cruz. Hojas acorazonadas penden también del pico del pavo real.

En otros casos dos pavos reales forman el cuerpo de la letra (folio 87 recto) y un tercero forma el apéndice. Aquéllos están adosados a un cable y afrontados entre sí, y de su pico penden también hojas de corazón. El pavo real que forma el trazo secundario, tiene libres las patas, uniéndose a la *Q* por el pico. Una variante de este tipo determina la *Q* del folio 193 verso, en la cual los elementos están dispuestos de idéntica manera, pero sin el cable decorativo, y en vez de dos hojas acorazonadas sólo hay una que por medio de dos líneas de puntos une ambas cabezas.

Hasta aquí hemos visto que los temas decorativos determinan la parte característica de la letra; pero, a medida que estos motivos se multiplican en una misma composición, quedan relegados a un lugar secundario para convertirse en un simple elemento de relleno.

En la *I* del folio 24 recto, tres pavos reales, separados entre sí por entrelazados, forman la decoración llenando el espacio de entre las líneas que determinan la letra. Lo mismo acontece con la *A* del folio 161 verso, pues cuatro pavos reales están dispuestos en series entre líneas horizontales, formando compartimientos que constituyen el trazo grueso de la letra y otro, junto con elementos geométricos rectos y curvilíneos, forma el transversal.

El pavo real aun aparece más repetido en una *L* del folio 28 recto, pues seis de ellos dispuestos en sentido vertical, determinan el trazo mayor de la letra, así como otra forma su trazo horizontal. El propio motivo de pavo real se aprecia también en alguna signatura.

La perfección del dibujo es variable, y aumentando cuanto mayor es el tamaño del motivo tratado. En letras tales como la *Q*, *H* y *S*, en las que los temas del reino animal constituyen un elemento propiamente sustantivo, éste se desenvuelve con cierta corrección, pero cuando el tamaño tiene que reducirse, cuando dicho elemento se multiplica, el trabajo deja bastante que desear.

Los rasgos generales ofrecen bastante parecido, por lo común, con el objeto que se trata de representar; pero, descendiendo a los detalles, notamos, no sólo ausencia de

realismo, sino una marcada tendencia a la estilización. Las plumas se representan mediante pequeños círculos, y las alas, unas veces mediante líneas curvas (folios 87 y 209) y otras por una combinación de hojas acorazonadas y postas.

Como se ha podido observar, el tema decorativo que acabamos de describir no se usa nunca fragmentariamente y, si bien la estilización da a veces un carácter más geométrico que orgánico, no llega nunca a constituirse un conjunto mediante selección de miembros del mismo.

No se puede decir lo mismo del otro elemento zoomorfo, pues el pez en una sola ocasión le vemos representado íntegro. En el folio 102 recto forma el trazo inferior de la *L*, y aunque su realismo es bastante manifiesto, hay algunos detalles primitivos y característicos; la misma manera rudimentaria de apreciar ciertos caracteres, como las escamas, acusadas por circulitos, es exactamente igual al sistema que vimos anteriormente usado para indicar las plumas en los pavos reales. El trazo principal está decorado con labor de entrelazado, se usa el negro y el ocre como color.

Es el único ejemplar donde apacece en su integridad, pues las otras letras en que se emplea como motivo ornamental, se usan sólo partes del mismo, y aun estilizadas de tal manera que más parece elemento geométrico que natural.

En la letra *C* (folios 70 recto, 147 recto, 272 recto) puede apreciarse perfectamente cuanto se acaba de decir, lo mismo que en la *D* (folio 120 recto), en la *A* (folio 161 verso) y la *T* (folio 243 recto). El motivo es el mismo; cabezas de pez, más o menos caprichosamente dispuestas y cuyo realismo deja mucho que desear, en combinación con elementos vegetales y geométricos.

La decoración vegetal es poca y escasamente variada. Se reduce muchas veces a servir de complemento a otra decoración principal, como se ha visto más arriba. En los casos en que por sí sola forma una composición decorativa, es muy sencilla: unas veces se reduce a hojas de corazón afrontadas (folio 228 verso); hojas de corazón prolongadas, que a su vez llevan otra dentro (folio 27 recto); tallo serpeante sin hojas (folio 145 verso); tallo serpeante con hojas de corazón y flores (folio 243 verso). Sus colores son ocre y negro, mas se presenta como excepción el folio 27 recto, en que se sustituye el negro por el rojo.

El elemento geométrico es variado en el desarrollo, y abun-

dante en motivos. Los elementos más sencillos están constituidos por rectas, curvas, circulitos, espirales, zig-zag, triángulos, rombos, dientes de sierra, grecas, postas, líneas ondulantes. De la unión de ellos se forman elementos compuestos de los que los más importantes son el cable (folio 120 recto), trenzado (folio 9 verso) y entrelazado (folios 1 recto, 22 verso, 52 verso...). El entrelazado especialmente adquiere un gran desarrollo de formas y riqueza de variantes.

Los colores ocre y negro, alternando con el color del pergamino, contribuyen a dar más realce a la decoración. La única letra que dentro de esta serie está en rojo es una *I* en el folio 22 verso.

Como síntesis respecto de la decoración de letras capitales, puede decirse que se caracteriza por el uso de los colores ocre y negro con carácter general, empleo excepcional del rojo y carencia absoluta de otro color y de oro y plata. En cuanto a los temas decorativos, empleo de temas tomados del reino animal, pavo real y pez; motivos vegetales, como hojas acorazonadas, tallos y flores estilizadas, y gran desarrollo de los elementos geométricos, simples y compuestos, especialmente el trenzado, temas muchos de ellos de tradición clásica.

IV

ESTUDIO COMPARATIVO

No conocemos un solo documento, no tenemos el más leve indicio acerca del origen y subsiguientes transmisiones de las «Homiliae Sancti Gregorii». Los inventarios de las bibliotecas de nuestra patria en la Edad Media, no suministran dato alguno, y, especializando, tampoco en el archivo de la catedral de Barcelona se halla ningún vestigio que nos permita formar una base relativa de juicio.

No existiendo, pues, ninguno de los medios que de una manera más ó menos directa pudieran darnos indicaciones para hacer la probable identificación del manuscrito, tenemos que limitarnos al estudio de los caracteres del mismo, comparados con otros de fecha cierta, y atenernos a los criterios que para semejantes casos da la crítica diplomática.

Estando el código escrito en letra uncial, ello basta «a prio-

ri» para colocarlo en un determinado lapso de tiempo, que empezando en los siglos III y IV (República de Cicerón y Evangelionario de Verceil) alcanza a principios del siglo IX (Libro de horas de Carlos el Calvo). Después, si bien continúa la letra uncial, es poco el uso que de ella se hace, mientras van ganando terreno los otros tipos de letra más cursiva, quedando la letra uncial como de puro adorno y empleada generalmente en los títulos de los libros (Biblia de Alcuino).

Ahora bien, dentro del margen general que hemos asignado al manuscrito, es muy diversa la opinión de los que han tenido ocasión de examinarlo. El P. Fanna, según se ha indicado, cree que es anterior al siglo VIII; el P. Ehrle, de la Bib. Vaticana, inclinase a pensar que sea de principios del VIII o quizá de fines del VII; el P. Fita, según se dice en el documento transcrito más arriba, créelo anterior al VIII. Hemos tenido ocasión de ver las notas inéditas de Rodolfo Beer y su opinión es que pertenece al VIII. El P. Villanueva, fijándose en que después del título de la homilía XXXIV y en medio de la línea hay escrita la palabra *vivas*, sin que al parecer tenga relación alguna con el epígrafe, llega a sospechar que sea el nombre de un obispo de Barcelona que vivió en el siglo X, y que por encargo de él se escribiese el libro.

Las «Homiliae Sancti Gregorii» presentan un notable parecido en sus caracteres con dos manuscritos del siglo VII, el codex Amistinus, de la Bib. Laurentina de Florencia y con las Homilias de los Santos Padres, número 3.835 de la Bib. Vaticana. Ello se observa fijándonos en la letra, y prescindiendo de que esté más o menos adornada. Además, lo mismo en un códice que en otro se manifiestan los adornos de hojas acorazonadas, puntos, cuernecillos y ápices abiertos en flor, según es corriente en el nuestro, y las líneas generales de las letras, salvo una mayor o menor perfección debida a la habilidad del escriba, son las mismas, en todos. Caracteres análogos ofrecen otras Homilias de los Santos Padres (códice número 3.836 de la Bib. Vaticana) y Sacramentarium (Vaticana lat. 317), Homilias San Gregorio (Eiusiddensis 157) y Evangelionario (Augusto dunensis 4) todos del siglo VIII. Más allá del siglo VII no es posible buscar base de comparación, pues los caracteres que se reputan esenciales no convienen con los de nuestro códice.

Si nos fijamos en los manuscritos más antiguos, desde el siglo V, notaremos la falta de perfiles y trazos de adorno, que van apareciendo sucesivamente después. Las letras *I*, *h*, y en

general todos los trazos largos terminan sencillamente, se cortan a bisel o por medio de un perfil a partir del siglo vi, y en algunos casos, como en las Homilias de los SS. PP., de la Biblioteca Vaticana (número 3.835), los palos largos van adelgazando hasta terminar en un tenue perfil; cuanto más avanzado es el tipo, mayor adorno lleva en sus líneas.

Las iniciales se distinguen no ya sólo por el tamaño y color, sino por su adorno, como puede verse en manuscritos de los siglos vi y vii. Las Homilias de los SS. PP. del Vaticano (código número 3.835), presentan iniciales muy parecidas a las nuestras. Las capitales se adornan elegantemente, y ya en lo merovingio encontramos una C muy parecida a las de nuestro código.

Como signo avanzado, presenta nuestro código una regularidad muy grande y una notable constancia en decorar las letras capitales; están adornadas las que hemos considerado como titulares, y la forma característica de la *a*, *h*, *l*, *m* y *t*, y además el cerramiento de la panza en la *p* y *q*. En cambio, las «Homiliæ Sancti Gregorii» no presenta la necesaria separación entre las palabras ni regularidad en el empleo de los signos ortográficos, caracteres que aunque indican una época más antigua, podemos aquí atribuirlos a descuido del amanuense.

Precisando más, la numeración de los cuadernos en medio del margen inferior de la hoja, coloca al manuscrito dentro del siglo viii, y a ello mismo inclina el carácter de transición de dos letras: la *t*, que unas veces aparece con el tipo francamente moderno y en otras con el propio del vii, y la *n*, que aún no presenta semejanza con la *H* capital, según es frecuente en los últimos tiempos del siglo viii. Además, el carácter de letra de las notas, especialmente las marginales, alguna de ellas en letra carolina, induce a pensar que el código «Homiliæ Sancti Gregorii» se escribió en el sur de la Galia, en una época de transición caligráfica, quizá en Cataluña, a mediados, y más verosímilmente a fines del siglo vii.

RAMÓN GIL Y MIQUEL.

EL OBISPO DE ORENSE, EN LA REGENCIA DE 1810

(PLANTEAMIENTO DE LOS PROBLEMAS FUNDAMENTALES DE LA VIDA
CONSTITUCIONAL DE ESPAÑA)

Nuestro entrañable amigo y compañero Eugenio López-Aydillo, acaba de publicar un interesantísimo libro con el título que encabeza estas líneas, y que está alcanzando un éxito resonante.

No queremos anticiparnos al juicio de la crítica respecto a la obra de quien nos es tan allegado; como homenaje a nuestro compañero y como muestra del alcance de su obra, que presenta maravillosamente el cuadro de la vida española en aquel dramático y trascendental período de 1810 a 1814, ofrecemos a nuestros lectores la admirable introducción con que se abren sus páginas:

«INTRODUCCIÓN.—El espíritu español, que hace crisis—crisis memorable y trascendental—en el instante supremo de la invasión francesa de 1808, precisaba encarnar en un hombre representativo que se debatiese heroicamente, como el último campeón de un sistema en ruinas, contra la avalancha de las nuevas doctrinas que llegaron a España anticipándose al vuelo triunfal de las águilas napoleónicas. Pensar en una claudicación o en una deserción de los españoles devotos a los principios antiguos, es olvidar la psicología de esta raza nuestra, fidelísima a las voces hondas y sugestionadoras de la tradición. Resistencia y resistencia heroica, abnegada, terca resistencia española tenía que producirse; ya que el arbitrio de cerrar las fronteras a las nuevas ideas—infantil concepto de la idea que olvida es luz, perfume, vibración que se hurta a la torpe vigilancia del fisco—, no diera el apetecido resultado y las hogueras de la triste Inquisición eran no más que humaredas sin brasa, forzoso era aceptar la batalla y que los fieles soldados de la milicia tradicional se agrupasen en torno de un campeón. He aquí cómo, al propio tiempo que los clarines de guerra y el estrépito de los combates estremecían de horror y de ansiedad al solar hispano, se producían otras luchas de menos exterior fragosidad, pero más hondas, más de la entraña, de la raíz, de la esencia de la época y de la raza, tanto que sus derivaciones agitaron y conmovieron las normas políticas de todo el siglo que de tan trágico modo comenzaba; y aun pudiera decirse que el siglo siguiente ha recogido esta herencia, siquiera la lucha se haya templado trocándose en inquietudes e interrogaciones fecundas.

La lucha militar, la empresa épica del soldado español de principios del siglo XIX, los nombres sonoros de cien plazas rescatadas, de mil

combates y héroes colmados de honor, han obscurecido, si no ocultado, esta otra lucha de los espíritus, de la cual no parece llegar a nosotros más que la odiosa estela de represiones crueles, como si las extintas hogueras de otro tiempo se encendiesen otra vez al soplo horrídeo de los fanatismos desbordados.

Y hacemos mal en no rescatar del olvido aquella oscura, pero gigantesca lucha espiritual, paralela con la lucha de las armas en la España de principios del siglo xix; como que hijo de aquella lucha es nuestro pensamiento actual, y de su substancia se ha nutrido y vivido todo un siglo.

Decíamos que esta lucha del pensamiento y de la idea de dos siglos, a la sazón en ocaso y aurora, respectivamente, precisaba encarnar en un hombre representativo. ¿Quién fué este hombre?

Pudo y debió serlo el rey. ¡El rey! Pobre y desgraciado monarca que se agita como un fantasma grotesco y trágico de uno de aquellos agua-fuertes divertidos y escalofriantes que el gran pintor contemporáneo suyo componía recogéndolos del ambiente de la trágica España de entonces. ¿Fué entonces un gran general? Tampoco. Los grandes generales españoles de la Independencia desaparecen ante el saber estratégico de un extranjero—Lord Wellington—y la ruda audacia de los guerrilleros analfabetos. Tampoco fué un gran general. La intelectualidad laica, por ser laica e intelectual, o era afrancesada—apóstrofe que es tiempo que troquemos en loanza—, o, si no lo era, despreciaba a los Borbones y a su siglo. ¿Qué resta de la estirpe mental de España?: el clero. Y, en efecto, fué un obispo, un obispo de recia fibra española, un obispo que acaso añorase los días en que capitaneaban mesnadas los pastores de almas, y que no desdeñaría ceñir la cota de malla bajo los morados hábitos prelaciales; un obispo muy siglo xviii, escolástico de intrincadas y oscuras razones, orgulloso de sus virtudes y sintiendo toda la grandeza de su Silla, como un alto solio epiritual que la diese preeminencia y potestad sobre todas las jerarquías de la tierra; y este obispo, del temple de alma de los conquistadores del siglo xvi, sus paisanos y abuelos, a quien la pompa bizantina de sus vestiduras solemnes no había hecho perder la castiza viril energía, levantándose sobre las ruinas y los podridos restos del siglo que se derrumbaba, encarnó, sin quererlo, fatalmente, el espíritu que hacía crisis de tan extraordinario modo.

Este obispo, que lleva un nombre castizo y fuerte—Don Pedro de Quevedo y Quintano, obispo de Orense—, como Prelado y como Regente de España en aquellos brumosos días de la isla de León y de Cádiz, aparece como la expresión más clara y definida de la opinión española contraria a lo que había de significar el espíritu de la revolución de principios que entrañan las Cortes y la Constitución del año doce. No nos aventuramos a afirmar que al obispo se deba el retraso del triunfo del espíritu de las Cortes; pero es indudable que en aquellos memorables días en que el miedo tenía en suprema conster-

nación a los vencidos por las nuevas ideas, en que los hombres de la vieja escuela ofrecían un vergonzoso espectáculo de claudicaciones y miedos, el único carácter que se destaca en una rebeldía de indiscutible entereza; volviendo por el prestigio y el respeto de los principios tradicionales, es el obispo de Orense, cuyo gesto de desafío fué como una bandera que concertó la resistencia, dificultó el triunfo de las novedades que le escandalizaban y promovió aquel luctuoso paréntesis de la reacción fernandina del 14 al 20, que parecía prolongarse eternamente esterilizando la siembra magnífica de aquellas Cortes llamadas extraordinarias con más razón que pudiera presumirse entonces.

No se ha estudiado bien esto; peor aún: se ha estudiado equivocadamente. La pasión o la superficialidad de los historiadores no han querido ver en esta rebeldía el hondo palpitante de una opinión nacional que no halló otro órgano más expresivo, no se han parado a observar, desorientados por aquella repugnante degradación del rey cautivo en Valencey, que en España restaba una muchedumbre de hombres fieles, no sólo a la persona del monarca, sino a los principios que aseguraban su trono y sus prerrogativas de amo absoluto, por la gracia de Dios, de toda la nación y sus dominios; y que esta muchedumbre, que a poco rugía de entusiasmo llevando en triunfo al amado cautivo rescatado, en aquellos días de pavor y de claudicación tuvo una figura —un corazón y un cerebro— que encarnó su pensamiento; y que todo lo que luego se produjo, el estampido de *los persas*, el terremoto de la reacción, no fué obra de los bufos personajes de la camarilla real, ni producto abominable de la inconstancia y de la ingratitud de un desdichado rey sin corazón, sino que tuvo un largo proceso anterior, cuyo secreto hay que descubrir bajo las ampulosas representaciones con que el obispo de Orense fué señalando las explosiones de sus gallardas y sonadas rebeldías.

Así estudiaremos el momento y el hombre; sin pararnos en prolijos y menudos detalles de su biografía, anotaremos aquellos momentos culminantes de su vida en que de un modo claro y preciso van acusándose los rasgos de aquel carácter que luego aparecen en todo su vigor y plenitud, en el momento culminante de la rebeldía.

Las cuestiones críticas que hemos de resolver con el auxilio de la documentación recogida, nos servirán para afianzar el desarrollo de los episodios interesantes de aquella lucha de un siglo contra otro siglo. Aspiramos a no abrumar nuestro relato con el agobiante texto de los documentos, sino a darle en lo posible todo el movimiento novelesco con que se nos ofrecen los sucesos objeto de nuestro estudio.

Advertimos el conflicto que la invasión francesa provoca en la conciencia nacional. Vemos, no dos, como hasta ahora se dijo, sino tres grandes núcleos de la opinión española: uno, el constituido por los que sin obstáculo aceptaron la soberanía de José Napoleón y que antes habían aceptado las ideas de la revolución francesa, y a quienes

el pueblo apostrofó con el bochornoso mote de afrancesados, que valía tanto como renegados, antipatriotas, vendidos; otro grupo —nueva casta de afrancesados—. fieles a la soberanía nominal de Fernando VII y adictos a las ideas de la revolución; y un tercer grupo de hombres, con los cuales estaba potencialmente la masa general del pueblo, que abominaba de los hombres y de las ideas de Francia, leales a su rey absoluto y devotos de los principios tradicionales. Pudiéramos añadir aún una muchedumbre escéptica, propicia a obedecer al vencedor, dentro de la cual no faltaban aquellos que no tenían reparos en especular arteramente a merced de las circunstancias.

La lucha que entre estos tres grupos se suscita es de las más emocionantes y heroicas; lucha memorable y trascendental en que se ventila el porvenir de un pueblo y el futuro destino de una raza. De un lado, la épica lucha de las batallas; de otro, la airada lucha de las ideas que chocan y se contradicen. Los detalles de esta lucha se nos ofrecen con un vigor dramático extraordinario, y eso es lo que anhelamos destacar sobre el fondo de las discusiones doctrinales que marcan su pauta: cuestión de la soberanía nacional y todas sus derivaciones fundamentales.

Es extraño que no se haya meditado seriamente acerca de lo que debió importar en tales momentos, dentro del campo de los leales a Fernando VII, el planteamiento de tan hondos problemas como la supresión de señoríos y mayorazgos, la doctrina constitucional y las reivindicaciones laicales, que removían esencialmente los principios económicos, políticos y religiosos de España. Sólo una miopía excepcional o una obcecación patriótica —que ha desdibujado los trazos de la historia de la Independencia— puede obstinarse en enterrar, toda aquella grandiosa ebullición de intereses y de principios bajo los inexpresivos dictados de patriotas y afrancesados; no. Hay algo más, y en esto está la grandeza del momento; lo menos grande —no digo lo menos glorioso— es haber rechazado a un enemigo vencido más eficazmente fuera de España que en nuestro suelo.

En nuestro relato hay un momento culminante; unas horas de emoción grandísima, cuyo interés sería imperdonable ocultar con la prosa de los documentos: es la noche del 24 de Septiembre de 1810, en cuyas horas de ansiedad se van, minuto tras minuto, dibujando las perspectivas del porvenir. En estas horas de progresivo interés, en las memorables escenas de aquella noche surge plenamente el conflicto y aparece, con la rebeldía de un obispo, el palpar de la muchedumbre olvidada por los románticos y sublimes novadores, que no acertaban a comprender, perdidos en la grandeza de su quimera, que no había llegado aún el momento oportuno para que su obra fuese algo más que un sueño. Todo lo que después viene, veremos que no es más que la lógica consecuencia de tales antecedentes, no exclusivo producto de la conciencia enferma de un triste rey sin corazón.

EUGENIO LÓPEZ-AYDILLO

MISCELÁNEA

Algo más acerca del supuesto sello de Alfonso VI.

En el cuaderno de esta REVISTA, correspondiente al pasado mes de Mayo, con elogios demasiado benévolos (que agradecemos) para nuestros modestos trabajos y estudios sobre Sigilografía, se transcribe la opinión que nos permitimos comunicar al ilustrado archivero-bibliotecario don Saturnino Rivera Manescau a propósito de su interesante artículo sobre ese supuesto sello de Alfonso VI.

Al escribir nuestra carta, con fecha 21 del mes de Abril, no teníamos a la vista la reproducción del fragmento de sello, que acompaña a aquel artículo, que sólo recordábamos por haberlo visto y observado rápidamente en la Biblioteca de Cataluña; pero luego, recibido el ejemplar de la REVISTA, merced a la amabilidad del señor Rivera Manescau, y una vez examinado más detenidamente, cotejándolo con el facsímile que poseemos del sello de gran módulo, de Alfonso X, que se conserva en los Archivos Nacionales, de París, tuvimos que rectificar nuestra opinión, por haber advertido que si bien muy semejantes, no existía igualdad absoluta entre uno y otro, por cuanto el fragmento del Archivo de León resulta algo más arcaico, en la representación del castillo que trae en el cuello el caballo, y también en la posición de éste, detalles, cuasi únicos, que permiten apreciar la escasez del fragmento

Recordando que en los mismos Archivos de París existe un sello cereo del santo Rey Fernando III, pendiente de un documento en pergamino, fechado en Valladolid a 25 de Marzo de 1237, y que por la descripción que de él se hace en la monumental obra de Douët d'Arc, *Collection de Sceaux* (vol. III, pág. 445, núm. de orden 11.245) resulta muy semejante al de su hijo y sucesor Alfonso X, aun cuando no le hemos visto, creímos, y así se lo comunicamos con fecha 6 de Mayo al señor Rivera Manescau, que el fragmento en cuestión o correspondería a otro tipo de sello que tal vez hubiese usado Alfonso X o más bien a uno de Fernando III, con lo cual resultaría más que confirmada la opinión, que consideramos acertadísima, de dicho señor y que le acredita de experto sigilógrafo, de que a ese fragmento *no puede considerársele anterior al reinado de Fernando III.*

En estudios de Sigilografía hay que andar muy precavido, por cuanto no se han publicado en España, todavía, trabajos completos, ni mucho menos, sobre esta ciencia auxiliar de la historia, que está, entre nosotros, en gran parte, por explorar. Así, pues, la equivocación del P. García Villada, se explica dada esa falta de obras de consulta de que aquí adolecemos, y téngase en cuenta que aun en el extranjero, donde se ha progresado mucho en ese sector importantísimo del vasto

campo de la Arqueología, y se han publicado buen número de obras y ve daderos *córpus* sigilográficos, podríamos citar algunos errores, y no pequeños, que aparecen de vez en cuando en esas obras, por otra parte muy útiles y de reconocida importancia.

Nosotros mismos, a pesar de los muchos años que llevamos consagrados a ese estudio, hemos sufrido errores, y son repetidos los casos en que hemos tenido que consignar en forma dubitativa la procedencia y naturaleza de algún ejemplar sigilográfico. Recordamos, por ejemplo, que al publicar el primer volumen de nuestra Sigilografía catalana, consignamos como de la reina doña Constanza de Sicilia, esposa de don Pedro III de Aragón, un sello desprendido de su correspondiente pergamino, con lo cual era más difícil precisar su fecha y su naturaleza, careciendo, cuasi por completo, de leyenda, y que en el archivo donde se custodia la hemos visto, en el transcurso de más de treinta años, clasificado en esta forma, y luego ha resultado que parece corresponder a otra doña Constanza, hija de don Pedro IV, infanta de Aragón, casada con el rey de Sicilia; y por consiguiente, en vez de incluirle en la serie de las reinas de la dinastía aragonesa, debíamos haberle publicado en la de las infantas de Aragón, aun cuando fuere reina de Sicilia.

En resumen, y por lo que se refiere al supuesto sello de Alfonso VI, consignaremos aquí, que a nuestro entender no ha terminado todavía el período de prueba, bien que ésta se halla ya muy adelantada merced a la pericia del señor Rivera Manescau.

Ahora bien, ¿corresponde ese fragmento de sello a uno cereo de Fernando III? ¿o es de alguno de los sellos de su hijo Alfonso X o de sus inmediatos sucesores? Hoy por hoy, y con los escasos elementos de prueba de que aquí disponemos, nos inclinamos a creer que corresponde a alguno de los sellos cereos de Fernando III.

Por otra parte, opinamos que la cuestión podría, tal vez, resolverse fácilmente, viendo si en la Colección Sigilográfica del Archivo Histórico Nacional existe algún ejemplar de sello cereo del rey don Fernando III o siquiera un facsímile del original que se conserva en los Archivos de París, y cotejándolos con el fragmento del Archivo de León.

—FERNANDO DE SAGARRA

Publicamos las antecedentes líneas que el culto sigilógrafo catalán señor Sagarra tiene la bondad de remitirnos, en que, a vuelta de inmerecidos elogios, aporta datos que pueden servir para el total esclarecimiento de la paternidad del sello atribuido a Alfonso VI.

El camino que señala el señor Sagarra, ya lo habíamos recorrido, y tal es el objeto de nuestra investigación.

Hace notar el señor Sagarra la existencia de un sello de Fernando III descrito por Dauët d'Arc diciendo que acaso sea éste con el que pueda identificarse el fragmento de que nos ocupamos.

Podemos afirmar que no; de este sello n.º 11.245 existe una reproducción en el Archivo Histórico Nacional (V. 6, n.º 28) en el que si el anverso pudiera confundirse con aquél, el reverso, en cambio, tiene, aunque lleva cuartelados los castillos y leones, una esencial diferencia; en el fragmento pendiente del documento de León puede apreciarse, a pesar de lo deteriorado, las dos patas delanteras del león que indican su posición en rampa, en cambio los leones del sello descrito por Douët d'Arc y reproducido en el Archivo Histórico, son pasantes, si bien tienen una de las patas levantada en extremo.

Por lo que respecta a la existencia en el Archivo Histórico, de sellos que pudieran decirnos a qué época perteneciera este existen dos fragmentos pendientes de documentos, de Fernando III (V. 6, n.º 2 y 16) los cuales pertenecen a sellos semejantes al descrito por Douët d'Arc.

No hemos llevado nuestras investigaciones más allá; hemos creído bastara el rechazar su atribución a Alfonso VI, y creemos que la existencia del cuartelado biasón pone de manifiesto tal cosa.

Sin embargo, está en nuestra idea, debido más que a nada al interés mostrado por el señor Sagarra, seguir las investigaciones, aunque creemos pertenece y pudiera identificarse con un sello de Fernando III, posterior al descrito por Douët d'Arc o de Alfonso X anterior al encontrado por el señor Escudero de la Peña en el Archivo del Cabildo toledano y conservado en el Archivo Histórico Nacional.—S. R. M.

* * *

Varios pasajes de Baltasar Gracián.

Dos pasajes en las obras de Baltasar Gracián se refieren a «La Celestina». En uno de ellos se produce así el severo escritor de *política* y moralista, por boca de uno de sus interlocutores: «De La Celestina y otros tales, aunque ingeniosos, comparó sus hojas a las del perejil para poder pasar sin asco la carnal grosería». (*Criticón*, Crisi IV de la 2.ª parte).

Otro de los pasajes, el que ahora nos interesa, se encuentra en «Agudeza y Arte de Ingenio»: (Discurso LVI) «Algunos de los españoles los han favorecido [los artificios alegóricos], como el trágico Maestre D. Álvaro en sus «Carrozas de las Heroidas», y el encubierto aragonés en su ingeniosísima tragicomedia de Calixto y Melibea».

Nótese, de paso, el sentido amplísimo que Gracián, maestro de la alegoría de género, da al concepto de artificio alegórico, considerando como una muestra casi ejemplar de aquella la traza y el desarrollo novelístico de «La Celestina». Nótese asimismo que en ambos pasajes califica «La Celestina» de ingeniosa, calificativo que en su terminología está íntimamente asociado al de artificio y aun al de artificio alegórico.

Esto aparte, lo más interesante del segundo pasaje de los transcritos es la alusión que hace al autor de «La Celestina», en la forma reti-

cente de *encubierto aragonés*. Parece que esta sospecha o creencia de Gracián, pudo provenir de una confusión sugerida a su mente, o más bien alentada por su patriotismo regional, que le lleva, como se puede observar a cada paso en sus obras, a un ensalzamiento sistemático de los escritores aragoneses y a una crítica negativa general de la literatura española, que diríamos hoy, personificada en los autores con que traficaba la atención literaria de su tiempo.

En 1513, fecha algo anterior a la de una de las ediciones de «La Celestina», que por ventura se creería la más antigua, publicó el escritor aragonés D. Pedro Manuel de Urrea su «Cancionero», en el cual aparece una refundición versificada del acto primero de la obra de Fernando de Rojas, y fué éste el primer caso de arreglo y versificación de aquella materia, imitado después por otros rimadores.

Pudo muy bien Baltasar Gracián, movido de aquel impulso ya presumido y de cierta confusión, haber querido referirse en el «encubierto aragonés» a D. Pedro Manuel de Urrea.

La frase «encubierto» [autor] recuerda ciertas frases del prólogo de «La Celestina» y «encubierto aragonés» recuerda otras, que señalando al pseudónimo Avellaneda, diseminó Cervantes en prólogos y capítulos de sus últimas publicaciones. Pudiera ser la frase de Gracián reminiscencia de aquellas.

En la crítica, casi siempre negativa, que hace Gracián de los escritores sus contemporáneos y de los de su siglo en general, se señala respecto de Cervantes, al cual, y a su héroe, alude, aunque sin citarle, varias veces en sus obras, e inconfundiblemente en estos dos pasajes que transcribo:

«Nace la hazañería de una desvanecida poquedad y de una abatida inclinación; que no todos los ridículos andantes salieron de la Mancha, antes entraron en la del descrédito. Parecen increíbles tales hombres, pero los hay de verdad, y tanto, que tropezamos con ellos, y les oímos cada día sus ridículas proezas, aunque más las quisiéramos huir...» (Discreto: Contra la hazañería).

Más importancia que éste, cuyo contenido se reduce a acusar un reflejo en la realidad del tipo quijotesco, visto con el criterio de la época, tiene éste otro trecho, por encerrar un propósito literarista:

«Replicaron algunos que, para pasar el tiempo, se les diese facultad de leer las obras de algunos otros autores que habían escrito contra estos primeros [los libros de caballerías], burlándose de su quimérico trabajo, y respondió la Cordura: que de ningún modo, porque era dar del lodo en el cieno, y había sido querer sacar del mundo una necesidad con otra mayor. En lugar de tanto libro inundo—¡Dios se lo perdone al inventor de la estampa!—, ripio de tiendas y ocupación de legos, les entregaron algunos Sénecas, Plutarcos...»

Sería ir demasiado lejos el querer relacionar los dictérios de Cervantes contra un aragonés y aun ciertas alusiones y sesgo especial de la traza novelística del Quijote (p. ej., dislocación del itinerario de Don

Quijote para salvar a Zaragoza) con los motivos preferenciales que informaban la crítica literaria de Gracián. Carecería tal intento de todo valor científico, ni tiene esta nota otra finalidad que la consignación de varios pasajes graciosos, alusivos a «La Celestina» y al «Quijote».

—F. MALDONADO.

LA BIBLIOTECA DE SANTA CRUZ Y ARCHIVO UNIVERSITARIO

VISITA DE INSPECCIÓN

Recientemente estuvo entre nosotros, girando visita oficial, el ilustrísimo señor don José Gómez Centurión, inspector del Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, y conocidísimo por los importantes estudios históricos de que es autor y que han labrado la sólida reputación de que goza.

El señor Gómez Centurión, en una detenida visita de las Bibliotecas Universitaria y de Santa Cruz, y del Archivo de la Universidad, ha podido apreciar la formidable labor realizada por el personal que sirve aquellos establecimientos desde que su jefe, el señor Alcocer, se encargó de la dirección de los mismos.

Nada más expresivo de la impresión experimentada por el señor Gómez Centurión, que los siguientes párrafos de su informe acerca de la visita a las Bibliotecas:

«Añadió (el señor inspector) que la labor emprendida con tanto éxito, la considera adelantada gracias a la competencia y laboriosidad del personal adscrito a la misma, modelo de amor al trabajo y de disciplina, cuyo resultado puede apreciarse fácilmente, a la simple vista, y que si ahora es causa de mil plácemes por parte del señor Rector y del Claustro Universitario, dentro de un año constituirá uno de los mayores triunfos del Cuerpo Facultativo que fomentará su prestigio y su utilidad para el estudio de las ciencias y de la cultura general».

Respecto al Archivo de la Universidad, dice:

«El señor inspector, altamente satisfecho de la gestión del jefe del Archivo, señor don Mariano Alcocer, no sólo le felicita, sino que queda sorprendido ante el esfuerzo hecho en el corto período de seis meses: que de todo ello daré cuenta a la superioridad a los fines que proceda y para que en el expediente personal del interesado se hagan constar las notas de celo, laboriosidad y competencia.»

Nada añadiremos, sino una entusiasta felicitación a nuestros compañeros por el triunfo alcanzado en esta prueba de su laboriosidad y talento.

El señor Gómez Centurión salió de igual modo gratamente impresionado de los Archivos de la Chancillería y Hacienda, tributando elogios merecidísimos a los señores Basanta, Mendizábal y Mañueco encargados de los mismos.

LIBROS

GARCÍA VILLADA, ZACARIAS, S. I.—CRÓNICA DE ALFONSO III.—EDICIÓN PREPARADA POR... MADRID, 1918, 149 PÁG (PUBLICACIÓN DE LA JUNTA PARA AMPLIACIÓN DE ESTUDIOS E INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS. —CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS).

La valiosa colección que forman ya las numerosas obras que han salido de las diversas secciones del Centro de Estudios Históricos, se ha enriquecido últimamente con la edición crítica de la «Crónica de Alfonso III.»

La indicación de la procedencia de esta edición, basta ya para que sepamos que corresponde plenamente al tipo científico de las ediciones críticas modernas, y de las cuales el Centro nos ha dado interesantes muestras, rectificando así los rancios procedimientos utilizados por los antiguos eruditos y que hasta que se produjo la actuación del Centro, eran en España completamente desconocidos.

Va siendo hora de que se rinda al Centro de Estudios Históricos la merecida justicia. Los que critican un poco apasionadamente las funciones de la Junta para Ampliación de Estudios, olvidan la enorme labor realizada en los contados años de su existencia por el Centro de Estudios Históricos. Recuérdese sino el estado deplorabilísimo de nuestra producción histórica antes del funcionamiento del Centro, y véase lo que lleva ya realizado. Esto en cuanto a las publicaciones, pues nadie ignora cómo el Centro ha contribuido a la formación de estudiosos, iniciándolos sagazmente en la técnica de la investigación moderna de la Historia, y como de las diversas secciones del Centro han salido y salen anualmente grupos de jóvenes que sobre el bagaje científico allí adquirido, llevan en sí un fervoroso entusiasmo y una gran devoción por la reivindicación histórica de España; porque en el Centro, al lado de una orientación científica que constituye allí un ambiente dilecto y europeo, culmina un íntimo y entrañable fervor hacia España.

La edición de la «Crónica de Alfonso III», preparada por un maestro ya consagrado en estos estudios, acredita perfectamente esta doble orientación científica y españolista, puesto que rescata de entre las impurezas que la inficionaban, con una firme seguridad de método y de crítica, una fuente histórica española de la mayor importancia.

Comienza la edición estudiando la personalidad del autor de la Crónica, analizando el valor de las distintas atribuciones supuestas por los eruditos y criticándolas sagazmente a la vista de otras fuentes. De la discusión crítica a este respecto no puede deducirse una afirmación categórica; en cierto modo queda en problema si el Rey fué en realidad el autor de la Crónica: «Quizá sólo dió el impulso [el Rey]; pero fuera que lo redactara por sí mismo o por otra persona, a él hay que atribuirse mientras no se aduzcan razones más fuertes en contrario».

Sigue luego un estudio acerca de la redacción primitiva de la Crónica, describiendo en primer término los manuscritos que de ella

existen, discutiendo a continuación el valor de sus diversas ediciones.

El valor histórico de la Crónica se pondera sobria pero certeramente, y como antecedente para la fijación definitiva del texto, se estudia el latín en que aparece escrita.

A continuación se publican los textos de la primitiva y segunda redacción (ésta con un estudio previo acerca de las diferencias que ofrece respecto a aquélla), y de la tercera redacción interpolada, con la indicación de variantes y las oportunas notas críticas.

Tiempo era de que comenzásemos a tener ediciones de este género, científicamente preparadas, de nuestras fuentes medievales, en lo que constituimos una lamentable excepción en el movimiento histórico europeo.—E. L. A.

* * *

GÓMEZ CENTURIÓN, JOSÉ.—RELACIONES BIOGRÁFICAS INÉDITAS DE SANTA TERESA DE JESÚS TERCERA EDICIÓN—MADRID, FORTANET 1917.

Incompleta y llena de nebulosidades hallábase la vida de la Santa Doctora abulense; el P. Ribera, Yepes y Fray Luis de León, sus principales biógrafos, nos daban en sus obras noticias si bien intiere santísimas, las más de las veces autorizadas sólo por la buena fe de los biógrafos y adquiridas en la incierta fuente de la relación piadosa, faltaban datos documentales indubitados, sometidos al escrupuloso juicio del historiador moderno, y esta ha sido la labor del señor Gómez Centurión.

La paciente investigación de más de 200 legajos pertenecientes a los Archivos de las comunidades de Carmelitas, han hecho reunir al señor Gómez Centurión, datos concretísimos, inéditos los más de ellos, en donde con la claridad meridiana que da el documento, se pone de manifiesto todas las incidencias de la Mística Doctora.

Iniciada esta obra por el malogrado sabio Director de la Real Academia de la Historia, Padre Fita, ha sido llevada a término feliz por el señor Gómez Centurión, y apenas dada a luz, va a ser traducida por historiadores teresianos extranjeros.—S. R. M.

VIDA UNIVERSITARIA

FACULTAD DE HISTORIA

EXCURSIONES ARQUEOLÓGICAS

Un grupo de profesores de la Facultad de Historia acompañados de alumnos distinguidos del último curso, realizaron en el pasado mes de Mayo dos interesantes excursiones arqueológicas.

La primera se dirigió a Matallana, con objeto de visitar y estudiar los restos recientemente descubiertos de la antigua iglesia conventual y entre los que se encuentran varias manifestaciones artísticas de positivo valor. Esta excursión, aun teniendo por objetivo principal la

visita a Matallana, se completó con el estudio de los castillos interesantes de Fuensaldaña y Villalba de los Alcores.

Actuó de *ciceroni* en esta excursión, el cultísimo arqueólogo y profesor auxiliar de la Facultad, don Francisco Antón, quien estudia en otro lugar de este número todo lo que se refiere a las ruinas de Matallana.

La segunda excursión se encaminó a la histórica ciudad de Medina del Campo, visitando detenidamente el famoso castillo de la Mota, y las más salientes reliquias artísticas y arqueológicas que se conservan en aquel hidalgo solar.

El resultado científico y pedagógico de ambas excursiones, fué, como ensayo, admirable, satisfaciendo enteramente a los profesores que las realizaron; y hasta tal punto se advirtieron las ventajas de esta clase de enseñanzas y estudios, que el Decano, señor Torre Ruiz, que presidió ambas expediciones, expresó su deseo de trazar para el curso próximo, un programa completo de excursiones, solicitando al efecto, a fin de que en ellas puedan tomar parte todos los alumnos a quienes correspondan estos estudios, el conveniente auxilio del Ministerio de Instrucción Pública.

Felicitemos a la Facultad por este acuerdo, que señalará una vez más las nuevas orientaciones de la enseñanza de la Historia, en que felizmente se viene inspirando desde que inauguró sus tareas.

FIN DE CURSO

Con los exámenes de Junio, han dado fin las tareas del curso de la Facultad de Historia.

No obstante ser este el primer año de su existencia, han podido apreciarse los resultados alcanzados por la labor de un profesorado entusiasta, decidido a realizar una obra seria y científica. Las esperanzas que se habían concebido en cuanto al éxito de este primer curso, se cumplieron con exceso, y lo que es más de estimar, el triunfo logrado hace fundadamente esperar que el curso próximo sea fecundo en aciertos y éxitos.

Los exámenes demostraron desde luego, la superioridad de la enseñanza oficial sobre la privada, aun cuando estos términos burocráticos no corresponden a los estudios de nuestra Facultad, pues son muchos los alumnos de la matrícula no oficial que asistieron al curso oficial y a las prácticas del Seminario.

En nuestro próximo número publicaremos el primer cuaderno de trabajo preparado por los alumnos del curso de investigación, y que contendrá un avance de la labor verificada en el *Seminario de investigaciones* bajo la dirección del Profesor López-Aydillo, acerca del tema «Los metodólogos españoles».

Felicitemos muy cordialmente a la Facultad de Historia por el éxito logrado, y esperamos muy fundadamente que en sucesivas pruebas se confirme el crédito que los ejercicios de fin de curso le han otorgado, por su obra seria y verdaderamente científica y pedagógica.

BIBLIOGRAFÍA

HISTORIA DE ESPAÑA

Colecciones de fuentes.—Repertorios bibliográficos

- 427 FOUILCHÉ-DELBOSC, R.—Sobre J. M. Sánchez: *Bibliografía aragonesa del siglo XVI*.—RH*i.*, 1917, XLI. 245-265.
- 428 GIL Y MIQUEL, RAMÓN.—*Un códice anterior al siglo VIII. — Homiliæ Sancti Gregorii. — Códice en letra uncial de la Catedral de Barcelona*.—RHV, 1918, núm. 5, 155-160 Vid. número 332.
- 429 MENÉNDEZ PIDAL, R.—*El Códice de San Pedro de Cardeña*.—BAH., 1918, LXXII; 188-193.
- 430 *Monumenta Historica Societatis Jesu.*—Annus 25, Fasciculus 291 y 293. Martio.—Majo, 1918.—*Monumenta Ignatiana, Serie quarta escripta de Santo Ignatio de Loyola, Tomus II, Fascicula III.*
- 431 ZARCO CUEVAS, P. FR. J.—*Documentos para la historia del monasterio de San Lorenzo el Real del Escorial.*—Tomo II — Testamento y codicilos de Felipe II. Carta de fundación de San Lorenzo el Real. Adiciones a la carta de fundación. Privilegio de exención de la villa del Escorial.—Madrid. Imp. Helénica, 1917, 4.º, 210 págs. — 3 ptas

Preshistoria-Iberismo

- 432 BOSCH GIMPERA, P.—*La cultura ibérica.*—Conferencia.—QE. 1917-1918 I. 135-145, 172-177.
- 433 CABRÉ AGUILÓ, JUAN.—*Arte rupestre gallego y portugués* (Eira dos mouros y Cachao da Rapa). Lisboa, 1916. [Memorias publicadas pela Sociedade Portuguesa de Ciências Naturais.]

- 434 CALVO, IGNACIO Y CABRÉ, JUAN.—*Excavaciones en la Cueva y Collado de los Jardines* (Santa Elena, Jaén).—Memoria de los trabajos realizados en 1916.—Madrid, 1917.

Época colonial

- 435 GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, PABLO, O. S. B.—*El Ascetismo de Prisciliano*.—R. E., 1917, XLI; 11-17; 112-124.
436 LÓPEZ-AYDILLO, EUGENIO.—*Prisciliano y el priscilianismo*.—II, Prisciliano—RHV, núm. 5, 1918, 145-152.—Vid. núm. 342.

Edad Media

- 437 ALCOCER, FR. RAFAEL.—*Relaciones económicas entre los reyes de España y Cluni*.—RHV, 1918, núm. 5, 161-168.
438 E. L. A.—Sobre Ballesteros y Beretta, Antonio.—Discurso de ingreso en la Academia de la Historia. [Sobre las pretensiones del rey Don Alfonso X al Imperio de Alemania.]—RHV, 1918, núm. 5, 173-174.
439 LÓPEZ, A.—*La literatura crítico-histórica y el trovador Juan Rodríguez de la Cámara o del Padrón*.—Conferencia.—Santiago, Tip. de «El Eco Franciscano». 1918, 8.º, 62 págs.
440 MENÉNDEZ PIDAL, R.—*Autógrafos inéditos del Cid y de Jimena en dos diplomas de 1098 y 1101*.—RFE, 1918, V, 1-20.
441 OVIEDO Y ARCE, E.—*El genuino «Martín Codax» juglar gallego del siglo XIII, según un apócrifo trescentista de su «Cancionero»*.—Coruña, Roel, 4.º, 110 págs. Extr. de BRA. Gallega, números 109-111.
442 SÁINZ, MANUEL.—*La cuna de la Reconquista española*.—RF, 1918.—T. 51; 141-149.

Árabes y judíos

- 443 LOPES, DAVID.—*Cousas árabe-portuguesas*.—Algunas etimologías.—Coimbra, 1917.

Edad Moderna

- 444 ALONSO CORTÉS, NARCISO.—*Romances sobre el traslado de la corte de Felipe III*.—BSCEX, 1918, núm. 184, 74-80.
445 AMARO, A.—*Dos cartas de Fr. Íñigo de Mendoza a los Reyes Católicos*.—AIA, 1917, VII, 459-465.
446 BECKER, JERÓNIMO.—*El proceso de Don Rodrigo Calderón*.—BAH.—LXXII, 406-415.

- 447 GARCÍA VILLADA, Z.—*Valoraciones históricas subversivas y anticientíficas*. [Refutación del juicio de Gabriel Alomar acerca de Cisneros.]-RF. 1918, T. 51; 160-166.
- 448 HARE, CH.—*A great Emperor, Charles V, 1519-1558*.—New-York, Scribner [1917].
- 449 PÉREZ DE GÚZMAN Y GALLO, JUAN.—*Proceso del Marqués de Siete Iglesias, D. Rodrigo Calderón*.—BAH., 1918, LXXII; 194-200.
- 450 RODRÍGUEZ MARÍN, FRANCISCO.—*Nuevos datos para las biografías de algunos escritores españoles de los siglos XVI y XVII*. [Miguel Colodrero Villalobos, Fernando de Almirón y Zayas, Jerónimo de Carranza, Pedro Soto de Rojas, Martín Alonso del Pozo, Juan de Fonseca y Figueroa, Diego Pérez de Mesa, Juan de Mal-lara.]-BAE. 1918, V, 192-213.
- 451 TIEDRA, JOSÉ DE.—*Lope de Vega y el drama español de su tiempo*.—ED. 1918, núm. 64; 75-85.

Independencia y siglo XIX

- 452 BAROJA, P.—*El cura Santa Cruz y su partida*.—Madrid, Caro Roggio, 1918, 8.º, 32 págs., 0,25 ptas.
- 453 LÓPEZ-AYDILLO, EUGENIO.—*El Obispo de Orense en la Regencia del año 1810*. (Planteamiento de los problemas fundamentales de la vida constitucional de España.)—Madrid, 1918. [Publicación de la Junta para Ampliación de Estudios e investigaciones científicas.—Centro de Estudios Históricos]. 341 páginas, 6 pesetas.
- 454 MACÍAS, MARCELO.—*El Obispo Quevedo y su tiempo*.—(Discurso.)—BCPOrense 1918, núm. 119; 412-416.

Instituciones

- 455 BELTRÁN DE HEREDIA, V.—*Cisneros, fundador de la Universidad de Alcalá*.—CT. 1917, XVI, 346-360.
- 456 BLÁZQUEZ, ANTONIO.—*Cronicón de la Marina militar de España*.—BAH., 1918, LXXII; 184-188.
- 457 CALMETTE, J.—*Contribution à l'histoire du commerce franco-catalan sous Charles VII*.—AM. 1915, núms. 105 y 106, 74-81. [Siete «cartas comunas» del Archivo Municipal de Barcelona.]
- 458 CARRACIDO, J. R.—*Estudios histórico-críticos de la ciencia española*. Segunda edición aumentada.—Madrid, Imp. de «Alrededor del Mundo», 1917, 4.º 422 págs., 4 pesetas.

- 459 FORONDA, MARQUÉS DE.—*Las Ordenanzas de Ávila* (Continuación).—BAH., 1918, LXXII, 225-254.
- 460 SALVAT RIERA, JAIME.—*Derecho de familia en Mallorca.—Legislación mallorquina.*—BSAL. 1918, Mayo, 68-74.
- 461 VILLANUEVA, LORENZO TADEO.—*Memoria sobre la orden de caballería de la banda de Castilla.*—BAH. 1918, LXXII, 456-465; 552-574.

Historia local.—Biografía

- 462 ARCO, RICARDO DEL.—*La «Historia Eclesiástica de la ciudad de Zaragoza» del Maestro Diego de Espés.*—BAH. 1918, LXXII, 503-522.
- 463 ARCO, RICARDO DEL.—*Antiguas Casas Solariegas de la Ciudad de Huesca.*—Madrid, 1918, Rivadeneyra; 35 págs.
- 464 BECERRO DE BENGOA, R.—*Descripciones de Álava.*—Libro inédito escrito en 1810.—AVit. 1917, núm. 49, 3-7; núm. 50, 3-14; núm. 51, 8-13; 1918, núm. 52, 13-16; núm. 53, 12-15.
- 465 FABO, P.—*Un sabio del siglo XIX.*—[El P. Joaquín de la Jara.]—CD. 1918, CXII, 202-210.
- 466 F[ERNÁNDEZ] ALONSO, BENITO.—*D. Pedro de Quevedo y Quintano. (Notas biográficas).*—BCPOrense, 1918, núm. 119; 393-400.
- 467 FERNÁNDEZ DE MADRID, ALONSO.—*Copilacion o catálogo de los obispos que, por escrituras antiguas, hallamos haber precedido en la Iglesia de Palencia, con algunas concurrencias notables que en tiempo de cada uno acaecieron.*—Copilóle... Arcediano de Alcor y Canónigo en la misma Iglesia y dirigióle a los muy magníficos y muy reverendos señores el Deán y Cabildo de ella. Año de 1550. Reinando el emperador Carlos V de Alemania y I de España.—BSOEx. 1918, núm. 184, 81-87.
- 468 GARCÍA, JUAN.—*Pérez Bayer y Salamanca.*—Datos para su biobibliografía.—Salamanca, Criado, 1918; Ptas. 3.
- 469 GARCÍA BÓIZA, ANTONIO.—*Nuevos datos sobre Torres Villarroel. La fortuna de D. Diego Torres, Primicerio de la Universidad de Salamanca.*—Salamanca, 1918.
- 470 MORENO DE GUERRA, JUAN.—*Nobiliario de Vasco da Ponte. De algunos linajes de Galicia, que lo escribió en tiempos del Emperador Carlos V.*—Madrid 1917.
- 471 PONS FÁBREGAS, BENET.—*La carta de Franquesa del Rei En Jaume I constituínt el Regne de Mallorca.*—Estudi crític Presentat al Primer Congrés d'Historia de la Corona d'Aragó.—Palma, L'Esperança, 1917.

- 472 VERGARA, GABRIEL M.^a—*Cosas notables de algunas localidades españolas según los cantares y frases populares.*—Madrid, año 1918

Arqueología y Arte

- 473 ARCO, ÁNGEL DEL.—*Nueva lápida romana en Tarragona.*—BAH. 1918, LXXII, 391-394.
- 474 ARCO, ÁNGEL DEL.—*Lápida hebraico-cristiana de Tarragona.*—BAH, 1918, LXXII, 495-500.
- 475 ARTIÑANO, P. M. DE.—*Cerámica hispano-morisca.*—Conferencia.—BSEEX. 1917, XXV, 155-168.
- 476 ARTIÑANO, PEDRO MG. DE.—*Catálogo de la exposición de Tejidos españoles anteriores a la introducción del Jacquard*—Madrid, 1917.
- 477 ESCOBAR Y BARBERÁN, FRANCISCO.—*La villa de Totana. Su miliario augusteo. Estrecha relación que guarda con el de Lorca.*—BAH. 1918, LXXII, 395-405.
- 478 FITA, FIDEL Y MATOS, FEDERICO.—*Nuevas inscripciones romanas de Itálica y Hellin.*—BAH, 1918, LXXII; 177-182.
- 479 GESTOSO Y PÉREZ, J.—*Biografía del pintor sevillano Juan de Valdes Leal, ilustrada con 150 fotograbados de sus obras.*—Sevilla, J. P. Gironés, 1916, 4.º, 242 pág., 15 ptas.
- 480 JIMÉNEZ DE CISNEROS, HERVÁS.—*Otro informe inédito del Reverendo P. Fidel Fita.* [Acerca de una inscripción bizantina que se conserva en el Museo de la Sociedad Económica de Amigos del País, de Cartagena].—BAH. 1918, LXXII, 585-591.
- 481 LAMPÉREZ Y ROMEA.—*La catedral vieja de Lérida.*—BAH. 1918, LXXII, 473-480.
- 482 LÓPEZ, ANTONIO.—*Catálogo de monedas hispano-cristianas y de medallas conmemorativas en oro.*—70 págs., 28 láms.
- 483 MONIZ, JOSÉ ANTONIO.—*Paliografía musical.*—ABAP. vol. II, n.º 9, 199-205.
- 484 NAVAS, CONDE DE LAS.—*De «re ligatoria».* Noticias de la colección Lameyer.—AEsp. 1917, III, 497-510.
- 485 REVILLA, JUAN AGAPITO.—*La obra de los maestros de la escultura vallisoletana.* II. Juan de Juni.—BSCEX, 1918, núm. 184, 88-94. (Vid. núm. 275).
- 486 SAGARRA, FERRÁN DE.—*Sigilografía Catalana.* Inventari, descripció i estudi dels segelles de Catalunya. Obra premiada en el concurs Martorell de 1912 i publicada per l'Excellentíssim Ajuntament de Barcelona, per acord de 13 d'Agost de 1914.

- 487 SÁNCHEZ CANTÓN, F. J.—*Maestro Jorge Inglés, pintor y miniaturista del marqués de Santillana*.—BSEEx. 1917, XXV, 99-105.
- 488 [SEGARRA, FERNANDO DE].—*Acerca del supuesto sello leonés de Alfonso VI*.—RHV. 1918, núm. 5, 170-171.

HISTORIA DE AMÉRICA

Descubrimiento, conquista, colonización, independencia

- 489 ALTOLAGUILERRE, ÁNGEL DE.—*Los argumentos aducidos para demostrar que Don Cristóbal Colón nació en Galicia*. [Refutación de la tesis pontevedresa de La Riega].—BAH. 1918, LXXII, 522-551.
- 490 ALTOLAGUIRRE Y DUVALE, ANGEL DE.—*La patria de D. Cristóbal Colón, según las actas notariales de Italia*.—BAH., 1918, LXXII; 200-224.
- 491 BARBERENA, S. I.—*Dos palabras acerca de uno de los hechos que se han alegado para establecer que Colón era español*.—RBC. 1917, XII, 196-201.
- 492 BOLÍVAR, SIMÓN.—*Papeles de Bolívar*. Publicados por V. Lecuna.—Caracas, Lib. del Comercio, 1917, 4.º, XII, 476 páginas y retratos.
- 493 CHRISTENSEN, J.—*Los itinerarios del oidor Juan de Matienzo*.—RUNC. 1917, III, 268-312.
- 494 GAGINI, C.—*Aborígenes de Costa Rica*.—San José de Costa Rica, Imp. y Lib. de Trejos Hermanos, 1917, 8.º, 200 págs.
- 495 HISPANO, C.—*Bolívar*.—Bogotá, Juan Casís, 1917, 4.º, 42 págs.
- 496 LATORRE, G.—*La cartografía colonial americana*.—Cartas geográficas más antiguas referentes al Nuevo Mundo contenidas en el Archivo general de Indias, de Sevilla.—Sevilla, Tip. de «La Guía Oficial», 1916, 4.º, 79 págs. y 4 láms., 3 ptas.
- 497 MANJARRÉS, R. DE.—*En el mar del Sur*.—Expediciones españolas del siglo XVIII.—Sevilla, Tip. de «La Guía Oficial», 1916, 4.º.
- 498 OTS CAPDEQUI, JOSÉ M.ª—*Bosquejo histórico de los derechos de la mujer en la legislación de Indias*.—RGLJ, 1918, t. 132, 162-182. Vid. núm. 211.
- 499 PALAU VERA, J.—*Vida de Cristóbal Colón*.—Barcelona, Seix y Barral, 1917, 8.º, 166 págs., 2 ptas.
- 500 PÁSTOR, CÉSAR ALFONSO.—*Barros precolombianos del Ecuador*.—BAH. 1918, LXXII, 484-495.
- 501 REYNOSO, DIEGO DE.—*Vocabulario de la lengua mame compuesto por el padre predicador Fray.....* impreso por Francisco

- Robledo en 1644 y reimpresso con una breve noticia acerca de los mames y de su lengua por Alberto María Carreño.—México, Secretaría de Fomento, 1916.
- 502 SÁNCHEZ, P. DANIEL.—*Un gran apóstol de las Américas Septentrional y Central. El V. P. Fr. Antonio Margil de Jesús, Franciscano.*—Guatemala, C. A. tipografía San Antonio, 1917.
- 503 URTEAGA, HORACIO H.; Y ROMERO, CARLOS A.—*Colección de libros y documentos referentes a la Historia del Perú.*
Tomo I.—«Relación de las fábulas y ritos de los Incas», por Cristóbal de Molina.
Tomo II.—«Relación de la conquista del Perú y hechos del Inca Manco II», por D. Diego de Castro Tito Cussi.
Tomo III.—«Informaciones acerca de la Religión y Gobierno de los Incas», por el Licenciado Polo de Ondergado (1571), seguidas de las Instrucciones.
Tomo IV.—(2.ª parte del anterior.)
Tomo V.—«Las relaciones de la conquista del Perú», por Francisco de Jerez y Pedro Sancho.
Lima, 1916-1917.
- 504 VIGNAUD, H.—*Americ Vespuce, 1451-1512.*—Sa bibliographie. Sa vie. Ses voyages. Ses découvertes. L'attribution de son nom á l'Amérique. Ses relations authentiques et contestées.—París, E. Leroux, 1917, 4.º, IX, 423 págs. (Recueil de voyages et de documents pour servir á l'histoire de la Géographie depuis le XIII^e jusqu' á la fin du XVI^e siècle. Tomo XXIII)

METODOLOGÍA Y ENSEÑANZA DE LA HISTORIA

- 505 *La enseñanza de la Historia.—El plan de Estudios.* RHV, 1918, núm 5, 169-170.
- 506 GONZÁLEZ BLANCO, A[NDRÉS].—*Ensayo sobre un crítico español del siglo XVIII.*—[D. Juan Pablo Forner] NT. 1917, IV, 157-170.
- 507 MONTEIR , M. DE M.—*Do ensino da geografia nos liceus portugueses.*—Barcelos, s. a , (1917?). Tip. do «Centro de Novidades», Barcelos.
- 508 TONQUÉDEZ R. P. J. DE, S J.—*Introduction a l'étude du merveilleux et du miracle.*—París, Beauchesne, 117, Rue de Rennes, 1916, Ptas 6.

PORTUGAL

(Noticias bibliográficas portuguesas interesantes para los estudios históricos españoles).

- 509 COSTA CABRAL, F. A. DA. — *Lições de Historia de Portugal* (6.ª classe dos liceus).—BIPP, 1916-1917, n.º 6 a 12, 557-582.
- 510 FERRAO, ANTONIO — *Os arquivos da Historia de Portugal no Estrangeiro*.—II. Inventario sumario de alguns manuscritos relativos a Historia de Portugal existentes no arquivo de Simancas.—ABAP, Vol. II, n.º 9; 171-181.
- 511 FONSECA, FAUSTINO DA. — Historia dos descobrimentos portugueses — *A Carta de D. Alfonso IV ao papa Clemente VI*. — Importancia do recuo da época das descobertas.—ABAP, Vol. II, n.º 7, 57-68. [Con un facsímile de los documentos contenidos en el Libro n.º 138, fls. 148 y 149, del Archivo Secreto del Vaticano, registros de las cortes de Alfonso XI de Castilla y de Alfonso IV de Portugal al papa Clemente VI respecto al descubrimiento y donación de las islas Afortunadas].
- 512 TOVAR, PEDRO DE.—*Manuscritos portugueses existentes no Museu Britânico*.—ABA², Vol. III, n.º 10 y 11, 26.

Segundo Congreso de Historia de la corona de Aragón,
en Huesca.

En los días 25, 26, 27 y 28 de Mayo del año próximo, se celebrará en la ciudad de Huesca el segundo Congreso de Historia de la Corona de Aragón, cumpliéndose el acuerdo tomado en el primero que se celebró en Barcelona.

Las tareas del Congreso se ceñirán al siglo XII y a los primeros años del XIII (hasta el reinado de don Jaime I *el Conquistador*), en lo referente a los Estados de la antigua Corona de Aragón. Divídese en dos secciones: *Historia y Arqueología*; y los congresistas podrán pertenecer indistintamente a cualquiera de las dos, o a entrambas.

La cuota de inscripción es de 10 pesetas. Hay también cuota de adjuntos y corporativa.

Forman la Junta permanente los señores don Ricardo del Arco, don Augusto Vidal, don José Gaspar y don Miguel Sánchez de Castro. Preside la Comisión organizadora el alcalde de Huesca.

El Congreso está patrocinado por el excelentísimo Ayuntamiento y la excelentísima Diputación de Huesca.

Reina gran entusiasmo por concurrir a las importantes tareas de este Congreso, cuyos frutos habrán de ser de indudable importancia para la Historia nacional y en particular de la Corona de Aragón, a juzgar por los trabajos cuyo envío se ha anunciado.

Para reglamentos y demás detalles, dirigirse al señor secretario general del Congreso, don Ricardo del Arco, bibliotecario provincial.

ABREVIATURAS CONTENIDAS EN LA BIBLIOGRAFÍA

DEL PRESENTE NÚMERO

- AAV.—Archivo de Arte Valenciano.
 AEsp.—Arte Español, Madrid.
 AGB.—Annales de Geographie et Bibliographie, París.
 AHR.—The American Historical Review, New York.
 AIA.—Archivo Ibero Americano, Madrid.
 Alh.—Alhambra, Granada.
 BABLB.—Boletín de la Real Academia de Buenas Letras, de Barcelona.
 BAE.—Boletín de la Real Academia Española.
 BAH.—Boletín de la Real Academia de la Historia.
 BAñHab.—Boletín del Archivo Nacional, Habana.
 BBC.—Butlletí de la Biblioteca de Catalunya, Barcelona.
 BBMG.—Boletín de la Biblioteca Municipal de Guayaquil, Ecuador.
 BCPOrense.—Boletín de la Comisión Provincial de monumentos Históricos y Artísticos, de Orense.
 BCPNavarra.—Boletín de la Comisión Provincial de monumentos de Navarra, Pamplona.
 BEsp.—Bibliografía Española, Madrid.
 BHi.—Bulletin Hispanique.
 BIRS.—Boletín del Instituto de Reformas Sociales.
 BRAG.—Boletín de la Real Academia Gallega, La Coruña.
 BSAL.—Bolletí de la Societat Arqueològica Luliana, Mallorca.
 BSCastExc.—Boletín de la Sociedad Castellana de Excursiones, Valladolid.
 BSEEx.—Boletín de la Sociedad Española de Excursiones.
 BTer.—Basilica Teresiana, Salamanca.
 CD.—La Ciudad de Dios, Madrid.
 CHA.—Cultura Hispano-Americana, Madrid.
 Co.—Coleccionismo, Madrid.
 CrAIBL.—Compte rendu des seances de l'Academie des Inscriptions et Belles-Lettres, París.
 CuC.—Cuba Contemporánea, Habana.
 CT.—Ciencia Tomista, Madrid.
 DLS.—Don Lope de Sosa, Jaén.
 EE.—Euskal-Erria, San Sebastián.
 ED.—Estudios de Deusto, Bilbao.
 E y A.—España y América, Madrid.
 FL.—Filosofía y Letras, Madrid.
 He.—Hermes, Bilbao.
 HTM.—The History Teacher's Magazine, Philadelphia.
 Ib.—Ibérica, Tortosa.
 Ide.—Idearium, Bilbao.
 IMz.—Il Morzocco.
 L.—La Lectura, Madrid.
 Let.—Letras, Habana.
 Mus.—Museum, Barcelona.
 NT.—Nuestro Tiempo, Madrid.
 OB.—Orthodoxon Biblion, Barcelona.
 RABM.—Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, Madrid.
 RArch.—Revue Archeologique, París.
 RCa.—Revista Castellana, Valladolid.
 RCAral.—Revista del Collegio Araldico, Roma.
 RCEHGranada.—Revista del Centro de Estudios Históricos de Granada.
 RCHA.—Revista Crítica Hispano-Americana, Madrid.
 RCHL.—Revue Critique d'Histoire et de Littérature, París.
 RCo.—Revista Contemporánea, Cartagena.
 RCrist.—Revista Cristiana, Madrid.
 REAn.—Revue des Etudes Anciennes, Bordeaux—París.
 RFE.—Revista de Filología Española, Madrid.
 RFil.—Revista de Filosofía, Buenos Aires.
 RGe.—Revista General, Madrid.
 RGLJ.—Revista General de Legislación y Jurisprudencia, Madrid.
 RHGE.—Revista de Historia y de Genealogía Española, Madrid.
 RHi.—Revue Hispanique, París.
 RHRFr.—Revue Historique de la Révolution Française, París.
 RHV.—Revista Histórica, Valladolid.
 RQ.—Revista Quincenal, Barcelona.
 RSI.—Revista Storica Italiana, Torino.
 RUBA.—Revista de la Universidad de Buenos Aires.
 R y F.—Razón y Fe, Madrid.
 UIAm.—Unión Ibero Americana

